

2014

DOCUMENTOS
DE ESTUDIO

EL PROGRAMA NUCLEAR
IRANÍ Y LOS DESAFÍOS
POLÍTICOS GEOESTRATÉGICOS:
TRES ENFOQUES

ESTIVEN GONZÁLEZ JIMÉNEZ
ANTONIO BARRIOS OVIEDO
SERGIO I. MOYA MENA



Escuela de Relaciones
Internacionales
Universidad Nacional, Heredia

45

NUEVA ÉPOCA

SERIE

2014

DOCUMENTOS
DE ESTUDIO

EL PROGRAMA
NUCLEAR IRANÍ Y LOS
DESAFÍOS POLÍTICOS
GEOESTRATÉGICOS: TRES
ENFOQUES

ESTIVEN GONZÁLEZ JIMÉNEZ
ANTONIO BARRIOS OVIEDO
SERGIO I. MOYA MENA



UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA

El programa nuclear iraní y los desafíos políticos y geoestratégicos: tres enfoques

Primera edición: 2014

Impreso en el Programa de Publicaciones de la UNA, consta de un tiraje de 200 ejemplares.

Escuela de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional

Apartado 86-3000, Heredia, Costa Rica

Teléfono: (506) 2562-4162

**Unidad de Gestión Editorial
de la Escuela de
Relaciones Internacionales
de la Universidad Nacional
de Costa Rica**

Consejo Editorial:

M. Sc. Max Sáurez Ulloa

M. Sc. Carlos Humberto Cascante
Segura

M. Sc. Sergio Iván Moya

M. Sc. Fernando Araya Rivas

Lic. Gabriela Pino Chacón

Dr. Jorge Cáceres Prendas

Dr. Juan Carlos Bermúdez Mora

Impreso en el Programa de
Publicaciones de la Universidad
Nacional de Costa Rica

© 2014

Reservados todos los derechos

Impreso en Heredia, Costa Rica

Antonio Barrios Oviedo

Es académico e investigador. Especialista en conflictos internacionales. Labora en la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional. Entre sus últimas publicaciones están: "La intifada tunecina encendió el Mundo Árabe", Revista de Relaciones Internacionales (volumen 79-80/81-82 del 2011) y "Los riesgos geopolíticos de una guerra contra Irán", Relaciones Internacionales, volumen 83-84, 2012.

Estiven González

Es estudiante de licenciatura en la Escuela de Relaciones Internacionales de la UNA.

Sergio I. Moya Mena

Coordinador del Centro de Estudios de Medio Oriente y África del Norte, CEMOAN y profesor e investigador de las Escuelas de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional y Ciencias Políticas de la Universidad de Costa Rica. Ha llevado a cabo labores de investigación en Líbano, Turquía, Irán, Siria, Jordania y Egipto. Otros artículos del autor sobre Irán son: "Elección entre leales: Facciones políticas y lucha por la presidencia en la República Islámica de Irán", Reportes del CEMOAN No. 7, febrero 2013; "Iran and Latin America: vital interests and soft power strategy", Reportes del CEMOAN, No. 4, Septiembre, 2012 y "La política exterior del presidente Mahmud Ahmadinejad hacia América Latina (2005-2010)", Revista Centroamericana de Ciencias Sociales. Vol. VII No. 1, julio 2010.

333.792.40955

B276p

Barrios Oviedo, Antonio; González Jiménez, Estiven; Moya Mena, Sergio I.. El programa nuclear iraní y los desafíos políticos y geoestratégicos: tres enfoques –1. Ed.- Heredia, CR: Unidad de Gestión Editorial de la Escuela de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Costa Rica, 2014.

162 p.; 8,5 x 5,5 pulg.

ISBN: 978-9968-558-29-7

1.- Estrategia nuclear 2.- Irán 3.- Medio Oriente 4.- Geopolítica.



CONTENIDO

Presentación	9
Prólogo	11
I.- Física nuclear, bombas atómicas y el programa nuclear iraní <i>Estiven González Jiménez.</i>	15
II.- Los desafíos de seguridad regional ante un conflicto contra Irán <i>Antonio Barrios Oviedo</i>	53
III.- ¿Un Irán con armas nucleares? Escenarios hipotéticos y amenazas reales a la paz y la seguridad internacional <i>Sergio I. Moya Mena</i>	99
Reflexiones finales	161



PRESENTACIÓN

A lo largo de sus cuatro décadas de labor, la Escuela de Relaciones Internacionales se ha caracterizado por contribuir al debate y la discusión sobre los temas más relevantes de la actualidad nacional e internacional. Con tal fin, surgieron en 1989 la serie Documentos de Estudio, que, posteriormente, en 1991, pasaron a denominarse Documentos de Estudio Nueva Época. Estos cuadernos orientados primordial, pero no exclusivamente, al uso de nuestros estudiantes, pretenden reflexionar sobre materias propias de los programas de estudio que se imparten en las carreras de bachillerato y licenciatura en Relaciones Internacionales, así como en Comercio y Negocios Internacionales.

A continuación se presenta el documento número 45, titulado “El programa nuclear iraní y los desafíos políticos y geoestratégicos: tres enfoques”, cuyos autores son los profesores Antonio Barrios Oviedo y Sergio Iván Moya; junto con el estudiante avanzado Estiven González Jiménez. Esta obra aborda el problema del programa nuclear iraní, el cual constituye uno de los debates fundamentales para la estabilidad del Medio Oriente. Este cuaderno será útil para los cursos de Introducción al Derecho Internacional, Paz y Seguridad Internacional y Negociaciones Internacionales del programa de Bachillerato y Licenciatura en Relaciones Internacionales.

Desde la Escuela de Relaciones Internacionales seguiremos apoyando el esfuerzo académico de nuestros investigadores, con el propósito de dotar al país de los componentes necesarios para el debate constructivo de los grandes temas de actualidad internacional.

Campus Omar Dengo
1 de marzo de 2013

Carlos Humberto Cascante Segura
Subdirector



PRÓLOGO

● Utilizaría Irán la energía nuclear con fines militares? ¿Tiene la capacidad y los recursos para desarrollarla? ¿Qué implicaciones regionales y globales tendría la posesión de dicho armamento por parte de Irán? Estas interrogantes no pertenecen exclusivamente a los círculos académicos sino que cualquiera fácilmente podría formularlas desde la lectura de periódicos o por el seguimiento de noticieros televisivos. Afortunadamente para los interesados, el presente libro ofrece respuestas fundamentadas a dichas preguntas introductorias.

Desde su gestación en *Los Álamos* hasta el desastre en la planta japonesa de Fukushima, la tecnología basada en energía nuclear representa una de las más claras paradojas de la humanidad: el apogeo del conocimiento científico y la capacidad de autodestrucción de la vida terrestre. No es banal, por lo tanto, que estudiosos y analistas se dediquen a abordar el asunto desde distintos puntos de vista. El público en general, los intelectuales e incluso la industria cinematográfica se han consternado (y en este último caso, lucrado) por el enorme riesgo que conlleva la posesión de armas nucleares. La amenaza clara y constante alcanza frecuentemente puntos significativos de discusión (por ejemplo, durante la crisis de los misiles en Cuba) que llaman la atención hacia el tema; uno de los más recientes es sin duda el referido a Irán, su interés por desarrollar energía nuclear y las posibilidades de orientarla hacia el terreno armamentístico.

Aunque el tema nuclear en cualquier país podría genera polémica, la posición geopolítica de Irán acentúa el debate. Ubicado en una región rica en petróleo, actualmente entre los frentes de combates estadounidenses de Iraq y Afganistán, cercana al perenne conflicto palestino-israelí y vecina de potencias tradicionales como Rusia y emergentes como China e India, Irán es una muestra de que la geografía sí importa. Pero más que el resultado determinístico de su posición en el globo, las relaciones con otros países y su propia historia marcan su trascendencia.

La tensión entre Estados Unidos e Irán, producto de coyunturas políticas y militares altamente conflictivas, alcanza una retórica mitológica (claramente *bajo premisas teológicas de ambas partes*) donde el primero es llamado el “Gran Satán” mientras el segundo pertenece al “Eje del Mal”. Por otro lado, más que simplemente reaccionar ante las políticas estadounidenses, Irán muestra aspiraciones propias hacia convertirse en una potencia regional. En un mundo donde la hegemonía estadounidense es cuestionada en el mejor de los casos (*cuando no es que se augura su declive definitivo*) y en el que Europa busca desesperadamente salvar sus propias instituciones, numerosas naciones ambicionan con convertirse en líderes de sus áreas, entre ellas la república iraní. Ante dicho objetivo, la obtención de energía atómica sin dudas constituiría una valiosa ventaja.

Sin embargo, como se verá en el presente libro, los costos – *en un sentido amplio* – no son irrisorios. Desde el punto de vista técnico e ingenieril, la producción de energía nuclear representa un verdadero desafío debido a los requerimientos materiales e intelectuales. En términos políticos, se deben contabilizar las sanciones y presiones por parte de múltiples actores internacionales: Estados pero también organismos e instituciones transnacionales.

Aunque se asume que la mayor oposición proviene desde el exterior, es necesario también considerar aspectos domésticos. El régimen político iraní presente particularidades dignas de abordar más allá prejuicios tópicos del discurso occidental. Se caracteriza por combinar instituciones democráticas (presidente y parlamentarios electos universalmente) con teocráticas, donde el campo de acción de su jefe de gobierno está delimitado

por la ley religiosa, el legado del Ayatollah Khomeini y el veto potencial del actual líder supremo Khamenei. Además, la multiplicidad de facciones, partidos y figuras políticas genera incertidumbre respecto a las respuestas internas ante las decisiones en materia nuclear. Tampoco se puede ignorar el papel que podría jugar un sector crítico de la ciudadanía –*como se observa en otros países cercanos (como Egipto) y lejanos (Brasil, España, Grecia)*– ante las acciones de las élites políticas.

Todo esto apunta a que las respuestas a las preguntas germinales no son fáciles de dilucidar. Sin embargo, este libro tiene la virtud de proporcionar no solo información amplia al respecto sino también de argumentaciones razonadas ante el dilema esbozado. Un primer ensayo titulado Física nuclear, bombas atómicas y el programa nuclear iraní y escrito por Estiven González busca iniciar al lector no especializado en temas de física y química nuclear y los requerimientos materiales y tecnológicos que enfrentaría Irán para desarrollar su programa (*por ejemplo, es de particular importancia el enriquecimiento del uranio*). La segunda parte, Los desafíos de seguridad regional ante un conflicto bélico contra Irán de Antonio Barrios Oviedo, analiza los posibles escenarios de un Irán nuclear en el contexto de seguridad de la región. Finalmente, el ensayo de Sergio I. Moya Mena ¿Un Irán con armas nucleares? Escenarios hipotéticos y amenazas reales a la paz y seguridad internacional discute las repercusiones de un hipotético Irán nuclear, tomando como base los factores históricos, la racionalidad de los líderes y la influencia de la religión y la cultura.

Desde sus distintas aristas, los tres autores comparten el duro reto de plantear futuros escenarios, pero lo hacen bajo una lógica predictiva sensata y cauta, tomando en consideración la información disponible y sopesando las posibilidades de los distintos cursos de acción por parte de los actores involucrados.

Ante el mapamundi contemporáneo, donde las distancias se acortan, las decisiones estatales no se limitan a sus fronteras naturales y las conexiones internacionales se profundizan – *la llamada interdependencia compleja de Keohane y Nye* –, los fenómenos tradicionalmente nacionales cada vez tienen mayor incidencia en el resto del globo. Ello justifica plenamente el estudio de países

como Irán en su posición regional y su interés por obtener ese Grial de los últimos siglos llamado energía nuclear. Ante la paranoia incitada por potencias con intereses estratégicos, el estudio riguroso de la temática que plantea este libro constituye la senda pertinente para abordar uno de los temas más importantes de la actualidad.

Adrián Pignataro

Investigador

Observatorio de la Política Internacional (UNA-UCR)



I.- FÍSICA NUCLEAR, BOMBAS ATÓMICAS Y EL PROGRAMA NUCLEAR IRANÍ

Estiven González

La proliferación de los programas nucleares para la generación eléctrica, el incidente de la central de Fukushima en Japón en marzo de 2011, la amenaza nuclear de Corea del Norte y la discusión sobre el objetivo final del programa nuclear iraní; han puesto los temas nucleares en la agenda de la política internacional de los últimos años. Esto obliga a un análisis exhaustivo de estas temáticas con el fin de encontrar las soluciones que más convengan a la estabilidad del sistema internacional. Sin embargo, muchas veces no existe el conocimiento técnico sobre la cuestión nuclear, lo cual dificulta el análisis de estos temas para los estudiantes o analistas de las relaciones internacionales. El primer objetivo de este capítulo es introducir al lector en los principios de la física nuclear, la tecnología, los materiales y los procedimientos necesarios aplicados en el desarrollo de bombas nucleares, o en programas civiles para la generación eléctrica. Se hace énfasis en aspectos claves para la discusión de estos temas, como los procesos del ciclo nuclear (*que desarrollan tanto países con intensiones civiles o militares*), los desafíos tecnológicos o las medidas de salvaguardia del Organismo Internacional de la Energía Atómica (OIEA).

Se pretende con esta introducción, una comprensión de los procedimientos básicos en la materia y con esto, la posibilidad de

desarrollar valoraciones con cierto grado de conocimiento técnico al analizar temas de la agenda nuclear internacional, como los descritos al inicio de este documento. No obstante, se hará énfasis en los elementos técnicos e introductorios más relevantes sobre la discusión del programa nuclear iraní.

El programa nuclear de la República Islámica de Irán ha sido un tema central en la política internacional de los últimos tiempos. Desafortunadamente, la información ha sido tergiversada por las partes involucradas en la discusión de este tema, lo que dificulta el acceso a un análisis objetivo de la situación nuclear iraní. Un conocimiento básico del funcionamiento de la tecnología nuclear posibilita a los analistas acceder a criterios más cercanos a la realidad de este, y otros programas. Precisamente, con la introducción que proporciona este documento, se pretende que puedan elaborar lecturas de la realidad nuclear internacional con mayor precisión.

Este capítulo hace un breve repaso de los orígenes del programa nuclear iraní, sus instalaciones, y las controversias con los regímenes internacionales sobre las inspecciones en el sitio. Se pretende que con la introducción a los procedimientos básicos en materia nuclear, de la primera parte, además de la breve reseña histórica y técnica sobre el programa nuclear iraní, el lector desarrolle criterios que le permitan analizar la situación diplomática y de seguridad internacional que se discute en Irán, el análisis de la política nuclear iraní y sus posibilidades de utilizar las instalaciones nucleares para uso civil en la construcción de armamento.

1. Introducción a la física nuclear

El estudio de la física tiene como objeto de análisis la comprensión del átomo, la partícula fundamental que da origen al universo conocido. Es la base estructural de todo lo que existe y tiene la capacidad de liberar suficiente energía como para destruir ciudades o bien abastecerlas de electricidad por largos periodos de tiempo; depende del objetivo final de la energía que liberan.

Los estudios sobre la composición, el comportamiento del átomo y la radioactividad iniciaron a finales del siglo XIX y principios del XX, por físicos como Ernest Rutherford, Antonie Henri Becquerel, Neils Bohr y otros. Pero es con la Segunda Guerra Mundial (IIGM), cuando la comunidad científica internacional empieza a considerar la posibilidad de utilizar estos adelantos para usos militares. Muchos científicos estaban convencidos que los alemanes tenían, o estaban en proceso de desarrollar la capacidad para emplear los últimos adelantos en física nuclear en la construcción de armamentos. Esos avances científicos permitirían utilizar la liberalización de la energía de los átomos para ser utilizada como arma.

La posibilidad técnica fue descrita por el físico Albert Einstein en una carta al presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt en 1939. Einstein le explicó al presidente que, considerando el trabajo de los físicos Leo Szilard y Enrico Fermi, era posible establecer una reacción nuclear en cadena a partir de una gran masa de uranio, que generaría una gran cantidad de energía (Cirincione, 2012), básicamente, a través de la fisión de los átomos de ese mineral, o fisión nuclear como se denominará de ahora en adelante.

Ese descubrimiento científico que permitirían la construcción de bombas atómicas, tenía como soporte la teoría de la relatividad del propio Albert Einstein, y su conocida fórmula: $E = m \times c^2$. El postulado establece que una masa (m) se puede convertir en una enorme cantidad de energía (E), donde c es la velocidad de la luz. Debido a que la velocidad de la luz es un número grande (186,00 kilómetros por segundo) y por lo tanto al cuadrado es enorme, una pequeña cantidad de materia puede ser convertido en una enorme cantidad de energía (Siracusa, 2008).

Con este descubrimiento, Einstein proponía que la masa y la energía eran teóricamente lo mismo. Pero fue Lise Meitner quien descubrió que al sumar los átomos resultantes de la ruptura de un átomo de uranio, se obtenía un número menor que del original. Con esto se concluía que la masa perdida se habría convertido en energía; literalmente “habían encontrado la forma de convertir masa en energía y [que] una pequeñísima cantidad de

masa era capaz de producir inconmensurable energía” Comunidad de Madrid, 2007; 91). Es conclusión, mediante una fisión en cadena de una masa de uranio, era posible construir una bomba con una capacidad destructiva como nunca antes.

La fisión nuclear

El proceso de liberación de energía utilizado en las bombas, así como en reactores nucleares, es resultado de la fisión (*o el fraccionamiento*) de los átomos. Ocurre como resultado de la repulsión electrostática creada por el gran número de protones cargados positivamente contenidos en un núcleo pesado, como en el caso del uranio. No obstante, para que esa energía sea considerable, y aprovechable como arma, se requiere una reacción en cadena o “efecto dominó”, que multiplique la liberación de energía mediante la fisión de los otros átomos de la misma masa en fracciones de segundo.

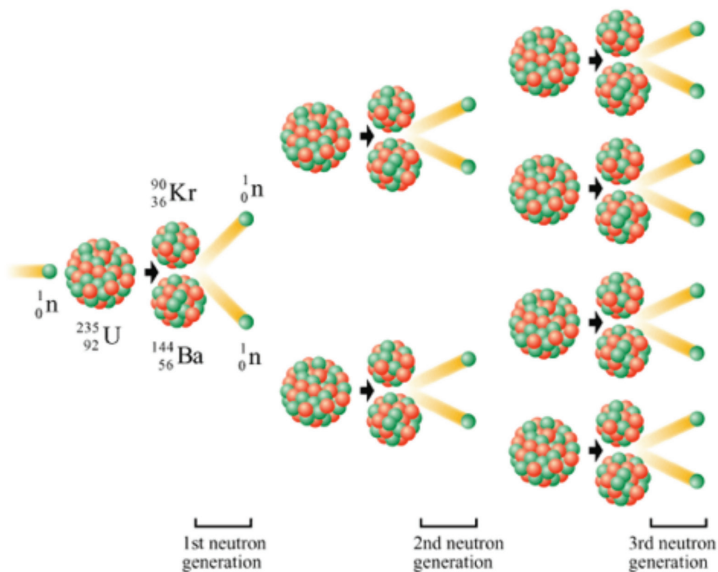
Precisamente el uranio y el plutonio son los elementos con las propiedades físicas que permiten esa reacción en cadena. Sus pesados núcleos atómicos se dividen en dos núcleos más ligeros cuando son impactados por un neutrón libre, lo que genera energía y libera también dos o más neutrones (Bunn, 2006; 134). Esos neutrones libres colisionan otros átomos de uranio, produciendo el mismo fenómeno que en la primera reacción. Es decir, un «efecto dominó» en fracciones de segundo que libera la energía equivalente a más de mil toneladas de explosivos de trinitrotolueno, mejor conocido como TNT.

Sin embargo, el uranio en estado natural (U-92), con 92 protones y neutrones, no posee las características atómicas para sostener una reacción en cadena. Para esto, se requiere de un isótopo de uranio que sí posee esa capacidad. Los isótopos son elementos químicos que poseen el mismo número de protones y distinto número de neutrones, aunque no todos los isótopos tienen las características para sostener una reacción nuclear en cadena y liberar energía. Cabe mencionar que:

entre los cientos de radionucleidos presentes en la naturaleza y los miles producibles por la tecnología, sólo unos pocos son capaces de sostener esa cadena de explosión nuclear (uranio-233 y U-235), al igual que todos los isótopos de plutonio (el más importante de plutonio 239, o 239-Pu, Pu 240-, 241-Pu y Pu-242) (1) (Bunn, 2006; 134).

En el caso de los isótopos de uranio o plutonio, al aumentar el número de neutrones, aumenta la posibilidad de sostener una reacción en cadena, producto de la liberación de neutrones que impacten en otros átomos.

Figura 1.
Diagrama de la fisión nuclear en cadena



Fuente: imagen tomada de http://www.hk-phy.org/energy/power/nuclear_phy/images/u_fission.gif

En el caso del uranio en estado natural (U92), “tan sólo 0.7% es U 235, el 99.3% [restante] es U92” (Naciones Unidas, 1991; 12). Esto hace del uranio 235, que se utiliza en bombas atómicas y reactores nucleares, un material muy complejo de producir, pues se requieren grandes cantidades de materia prima para obtener el material suficiente para autoabastecer un programa nuclear, sin importar su fin, ya sea civil o militar.

Las primeras bombas atómicas

Posterior a la nota de Einstein, británicos y estadounidenses conformaron grupos de trabajo para el estudio del uranio y sus propiedades de fisión nuclear para la fabricación de bombas. Finalmente, en agosto de 1942 se inició el *Proyecto Manhattan*, que tenía como finalidad la construcción de los artefactos nucleares que podrían ser utilizados en la II Guerra Mundial.

El proyecto diseñó dos tipos de dispositivos. Un arma tipo cañón de 16 kilotones (*la potencia de un arma nuclear se mide en kilotones, es decir, la fuerza equivalente a 1.000 toneladas de TNT. Así, una bomba de 2 kilotones tiene la fuerza equivalente a 2.000 toneladas de explosivos TNT*) denominada “little-boy”, que utilizaba uranio como combustible; la cual se detonó en agosto de 1945 sobre la ciudad de Hiroshima. El segundo tipo, también creado en el *Proyecto Manhattan*, fue de tipo implosión. La bomba de prueba se llamó “fat-man”, utilizaba plutonio como combustible, tenía una capacidad de 25 kilotones y fue detonada sobre Nagasaki en ese mismo año.

Evolución de otras bombas

Posterior a la II Guerra Mundial, la investigación en la materia continuó mejorando los artefactos para hacerlos más eficientes, confiables y letales, por lo que se incorporaron una serie de compuestos adicionales a los diseños básicos. Una de las innovaciones consistió en adicionar gas de deuterio y tritio (*ambos isótopos de hidrógeno*) a lo interno de núcleo del dispositivo de fisión. Con esto se pretende que al iniciarse la reacción en cadena, el gas

a lo interno se comprima y se fusione; lo que además de liberar energía, también libera neutrones de alta energía para fisiónar el material circundante (*uranio o plutonio*) con mayor eficiencia.

Existen también otro tipo dispositivos, conocidos como armas de radiación mejorada, las cuales, por sus técnicas de diseño, poseen una salida en la que los neutrones y los rayos x están hechos para constituir una parte sustancial de la energía total liberada. La diferencia entre este tipo y las demás, es que reducen el porcentaje de energía correspondiente a la explosión, pues la concentran en radiación nuclear. Por ejemplo, una bomba de radiación mejorada de tres kilotones, produce una explosión similar a una bomba convencional de un kilotón, pero la radiación residual similar a una de diez kilotones.

Efectos explosión

Son los efectos de la energía liberada por la explosión nuclear lo que permite su utilización como arma de destrucción masiva. Entre los procesos que ocurren durante la fisión atómica se encuentran: la explosión, el pulso térmico, los neutrones, rayos gamma, radiación, impulsos electromagnéticos e ionización de la atmósfera superior (Pike, 1998). Un 50% de la energía liberada corresponde a la explosión, un 35% a la radiación térmica, un 5% a la radiación ionizante inicial (*que consiste principalmente de neutrones y rayos gamma emitidos durante el primer minuto después de la detonación*), y el 10% restante en forma de radiación nuclear residual. Este último porcentaje es el componente más dañino. Una alta exposición a la radiación puede provocar la muerte en pocos días, o la exposición baja por largos periodos de tiempo que provocan efectos sobre la salud como el cáncer o las afectaciones congénitas. La radiación nuclear residual se propaga como lluvia radioactiva o por corrientes de aire, pues el calor generado por la explosión de la bomba evapora los líquidos circundantes, y cuando éstos se condensan, recogen los componentes radioactivos residuales de la fisión atómica y los devuelven en forma de lluvia.

Física nuclear: usos pacíficos y militares

Desde la propuesta de Einstein al presidente Roosevelt en 1939, la energía nuclear ha formado parte de la política internacional. Inicialmente por su componente militar, pero luego por los avances científicos que hicieron posible la tecnología necesaria para aprovechar el potencial nuclear como fuente de generación eléctrica y otros usos en medicina o agricultura.

Como menciona José Siracusa “la energía atómica es la fuente de poder tanto para reactores nucleares como bombas atómicas” (2008; 2), esto, debido a la capacidad del átomo para fusionarse como fisionarse. La liberalización de energía mediante fisión puede controlarse de forma que se prolongue en el tiempo y permita aprovechar su calor, como ocurren en los reactores nucleares. O por el contrario, puede hacerse explotar en fracciones de segundo y utilizar la energía liberada como arma de destrucción masiva.

Efectivamente de acuerdo con Frank Barnaby (2005), la aplicación pacífica más controversial de la energía nuclear continúa siendo el uso generalizado de los reactores nucleares para generar electricidad. El autor menciona que “un país con un programa de energía nuclear, inevitablemente adquirirá los conocimientos técnicos y experiencia, [además que] acumula el material fisible necesario para producir armas nucleares” (2005; 2).

De acuerdo con información del Nuclear Energy Institute (2013), a febrero de 2013, al menos 30 países en todo el mundo (*entre ellos Francia, Bélgica, Armenia, Suiza y Suecia y otros*) estaban operando 437 reactores nucleares para la generación de electricidad; y estaban en construcción 71 nuevas centrales nucleares en 14 países. Estas centrales generaron un 12,3% de la producción de la electricidad mundial en 2011. En total, 13 países se basaron en la energía nuclear para suministrar al menos una cuarta parte de su electricidad total. Lo que hace de la tecnología nuclear, una disyuntiva política para muchos países alrededor de orbe.

Sin embargo, no hay que olvidar que esta tecnología no se utiliza únicamente con fines bélicos o para la generación eléctri-

ca. Se aprovecha también en el sector salud para la producción de radioisótopos de usos medicinales, así como en aplicaciones ambientales que estudian el impacto de las emisiones de radiactividad en el medio marino, o empleando técnicas para estudiar el efecto del cambio climático en los corales, o en el tratamiento de insectos estériles para combatir la tripanosomiasis. Todos son proyectos orientados, y patrocinados muchas veces, por el Organismo Internacional de la Energía Atómica, en la promoción de los fines pacíficos de la energía nuclear, lo que agrega una variable más a la discusión de estos temas en la agenda internacional. Porque existen múltiples beneficios que se pueden obtener mediante la proliferación de estos programas, siempre que no sean con fines bélicos.

Justamente la creación del OIEA, responde a la necesidad de controlar los programas civiles para la generación eléctrica, de manera que las instalaciones no se utilicen para el enriquecimiento de uranio o plutonio con fines bélicos. Además, se promueven los usos pacíficos de la energía nuclear. No obstante, en la actualidad se discute la pertinencia de los mecanismos de control que utiliza el organismo, en virtud de la incertidumbre que ha generado el programa nuclear iraní, así como la imposibilidad de frenar la producción de armas nucleares en Corea del Norte.

II. *Física nuclear aplicada en la construcción de bombas atómicas*

Como se abordó en el apartado anterior, los adelantos en la física que permiten la liberación de energía a partir de la fisión de los átomos, se aplicaron desde la década de los años cuarenta para la construcción de armas de destrucción masiva. Se trata de un proceso complejo, que amerita un alto grado de conocimientos técnicos en la materia, además es indispensable una gran cantidad de material en estado natural, equipo tecnológico avanzado para la fabricación del combustible, adelantos en componentes electrónicos y otros para la construcción de un arma moderna.

A continuación se detallan los procedimientos básicos para la construcción de una bomba nuclear, indispensables de conocer cuando se analizan las posibilidades de los Estados utilicen sus programas civiles con fines no pacíficos. Esta información también clarifica las probabilidades o los retos que tienen los grupos insurgentes o terroristas en la fabricación de bombas atómicas. Aunque se encontrarán algunas referencias o ejemplos relacionados con el programa nuclear iraní, objetivo central de este documento.

Materiales

La construcción de bombas nucleares requiere tres componentes básicos: (1) el material fisible o combustible, cuya explosión libera la energía y la radiación, (2) el contenedor del material y los componentes electrónicos que hacen posible su detonación; (3) y un misil que haga del contenedor una bomba de largo alcance. Un análisis sobre la posibilidad de construir armas, como en el caso de Irán, requiere detallar primero si existen las facilidades, los materiales o el conocimiento en cada una de estas áreas: material fisible, componentes electrónicos y capacidades balísticas.

El factor básico y trascendental es el material fisible. El uranio es uno de los elementos con la composición química para liberar grandes cantidades de energía mediante la fisión de sus átomos. Se trata de un mineral que se encuentra disperso en pequeñas fracciones alrededor del mundo, aunque las grandes concentraciones de material se ubican en muy pocos países. De acuerdo con información de OECD NEA & IAEA, Uranium 2011: Resources, Production and Demand, Australia posee el 31% (1.661.000 toneladas) de las reservas totales de uranio del mundo. Le sigue en la lista Kazakstán con el 12% (629 toneladas), Rusia con el 9% (487,2 toneladas), Canadá con 9% (468,7 toneladas), Nigeria con 8% (421 toneladas), y luego países como Sudáfrica, Brasil y Namibia que posee cerca de un 5% de las reservas totales cada uno. Estados Unidos con 4% (207,4 toneladas), China con 3% (166,1 toneladas) y otros con el 9%; para

un total de 5,327,200 toneladas de uranio. Esto hace que los yacimientos del material forman parte de la geopolítica de los recursos naturales escasos, que probablemente ya sean o lleguen a convertirse en focos de conflicto en un futuro cercano.

Sobre el uso de uranio como combustible, es necesario aclarar que el material no se emplea en estado natural para la construcción de bombas, porque como se mencionó, la fisión requiere de isótopos de uranio 235. Para obtener ese material es necesario un proceso de enriquecimiento que convierte el uranio en estado natural (U92) en el material fisible a utilizar en las bombas atómicas (U235); es decir, con la suficiente cantidad de neutrones para sostener una reacción en cadena. A ese proceso de obtener material fisible se le conoce como ciclo nuclear y es crucial en la fabricación del uranio, tanto para usos civiles como militares, porque ambos procesos necesitan de enriquecimiento del uranio; con la diferencia en el grado de enriquecimiento del uranio, como se ampliará más adelante.

El ciclo nuclear

Como se ha señalado, el material fisible es la clave de los programas nucleares. Comprender los procesos de fabricación es indispensable para determinar el uso civil o militar de los emprendimientos nucleares en los países, pues la fabricación de combustible para reactores de generación eléctrica, o para bombas atómicas, utiliza los mismos procedimientos, con variaciones en el nivel de enriquecimiento. Es esta una de las razones del porqué el análisis del programa nuclear iraní considera vital clarificar la situación de ese país en los procesos de fabricación de uranio y plutonio; porque solo así se puede definir con mayor claridad las posibilidades del régimen para construir o no armamento nuclear.

I. Extracción

La primera etapa en la fabricación de uranio es la extracción del mineral, que se encuentra en una concentración de entre

dos y cuatro partes por millón en la corteza terrestre. En comparación con otros procesos de extracción, la minería de uranio no difiere mucho de otros procesos, salvo por la calidad del mineral que se busca. Aunque la localización de uranio es relativamente más fácil que otros minerales en virtud de la radiación que emite, por lo que su identificación puede hacerse con equipo especial desde el aire.

Existen al menos cinco tipos de yacimientos de uranio de acuerdo con su clasificación geológica. Los yacimientos o acumulaciones en contactos o discordancias, entre los que se ubican las minas más grandes del mundo en Canadá. Los de tipo arenisca, con granos de tamaño medio y de origen continental o marino, encontrados más frecuentemente cerca del Mar Caspio. Los yacimientos de brechas donde el uranio se encuentra inmerso entre otros metales como cobre u oro. Los conglomerados de cantos de cuarzo sedimentados y los filones o brechas mineralizadas.

Para el caso del uranio, se emplean técnicas especiales de minería como la supresión de polvo, y en casos extremos las técnicas de manipulación a distancia, que se utilizan para limitar la exposición de los trabajadores a la radiación y asegurar la seguridad del medio ambiente, así como el público en general. De modo que la extracción de uranio, especialmente en programas nucleares ocultos, tienen su dificultad técnica para ser realmente ocultos, porque requieren de enormes sistemas de ventilación para evitar la concentración de contaminantes residuales como el radón o materiales pesados como vanadio, cobalto y otros.

II. Concentración y gasificación

Una vez obtenido el mineral en estado natural, se introduce en molinos para extraer el uranio en forma de óxido (U_3O_8). Debido a su color, este material se llama “pastel amarillo”. Después de la producción, esa torta amarilla es refinada y purificada (Barnaby, 2005; 4). Sin embargo, el proceso de enriquecimiento apenas está por iniciar.

III. Enriquecimiento

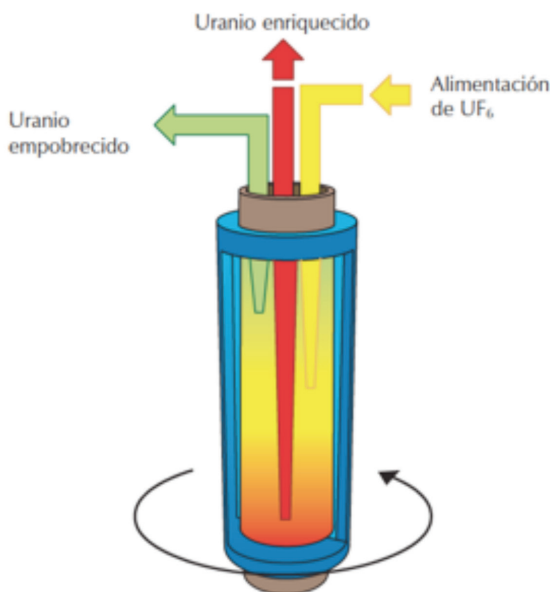
El proceso de enriquecimiento busca obtener el U235, que como se hizo referencia, es apenas un 0,7% del uranio en estado natural. Existen tres técnicas conocidas para este fin: la difusión gaseosa, la centrifugación y la separación con rayo láser. La primera requiere de grandes cantidades de energía, por lo que casi no se utiliza, y la tercera aún no está disponible a nivel industrial. Esto hace del centrifugado el método más utilizado en programas civiles. Como menciona Bernaby, “todos los países declarados poseedores de armas nucleares poseen grandes plantas centrifugadoras de gas” (2005; 7).

Para enriquecer uranio mediante esta técnica es necesario que el óxido de uranio concentrado (U3O8) sea convertido a gas, específicamente en hexafluoruro de uranio (UF6). Este proceso ocurre en una planta de conversión. Posteriormente el gas es procesado en centrifugadoras. La separación de isótopos por centrifugado fue propuesta en 1919 por los físicos Francis Aston y Frederick Lindemann; empero, fue hasta 1934 en la Universidad de Virginia donde se reportó por primera vez una separación exitosa.

La separación de isótopos mediante centrifugado es posible ya que la fuerza centrífuga es capaz de separar isótopos químicamente idénticos por la variación en el peso (Houston et al, 2008; 40). Este proceso ocurre como se observa en la figura 2.

Es mediante este proceso que se obtiene el U235, tan necesario para la fabricación de material fisible utilizado en reactores nucleares y bombas atómicas. No obstante, una sola centrífuga no se puede utilizarse para alcanzar el nivel de enriquecimiento necesario, por lo que es necesario emplear varias centrífugas conectadas, o en cascada, como se le denomina técnicamente al proceso.

Figura 2.
Esquema del enriquecimiento por centrifugado



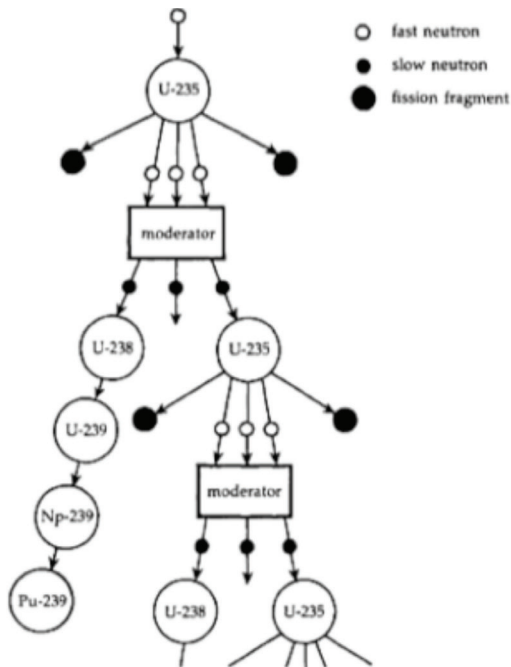
Fuente: El Uranio: el recorrido de los minerales. Comunidad de Madrid (2007; 99)

La generación de plutonio

Aunque las primeras bombas utilizaron uranio como combustible, “la mayoría de las armas nucleares desarrollado en el mundo hoy en día utilizan plutonio 239 (*producido por irradiación de neutrones de uranio 238*), en vez de uranio 235, como material fisionable (Naciones Unidas, 1991; 12). Por su facilidad para fracturarse en el proceso de fisión, además que su duración es de aproximadamente 24 mil años, lo que hace las bombas atómicas más confiables. Aunque esto hace más fácil de detectar el material por su alto nivel radioactivo, a la vez que se requiere de uranio para su fabricación, porque el plutonio 239 se genera en un reactor nuclear.

Este material es producido porque el U238 (*producto de la fisión del U-235*) absorbe neutrones en un reactor que lo convierte en Pu239 (Bunn, 2006; 135). Desde el punto de vista técnico es necesario clarificar que el plutonio es más radioactivo que el uranio, no obstante es más complejo de producir y más fácil de identificar por las inspecciones de los organismos reguladores. Esa reacción se puede observar en la figura 3, en donde se nota como la fisión del U235 genera posteriormente captura de neutrones por el uranio 238 que conduce a la producción de plutonio (Pu-239).

Figura 3.
Diagrama de la producción de plutonio a partir de uranio



¿Cuánto material se requiere?

Un elemento muy importante en el análisis de los programas nucleares y las intenciones para construir armas nucleares es

la cantidad de material necesario o mínimo para la construcción de una bomba. A eso se le conoce como masa crítica y se define como la “masa mínima de material fisible que puede mantener una reacción nuclear en cadena” (Federation of American Scientist, 1998; 2). Aunque dependen del tipo de arma, la intensidad, la forma, el tipo de material y la eficacia del material circundante, para el caso de armas de geometría esférica, las masas críticas (o mínimas) son:

Tabla 1
Masas críticas necesarias para sostener una reacción en cadena y utilizarse como bomba nuclear

	Uranio 235	Plutonio 239
Bare sphere:	56 kg	11 kg
Thick Tamper:	15 kg	5 kg

Fuente: Nuclear Weapon Design. Federation of American Scientist, 1998.

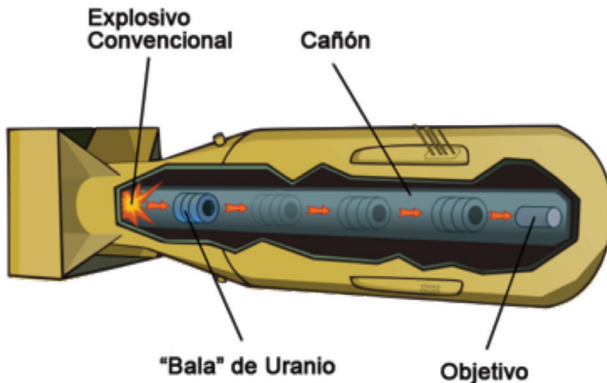
Sin embargo, de acuerdo un informe del International Institute for Strategic Studies (2006), es posible considerar, que en virtud de los avances tecnológicos de las últimas décadas, se pueden construir bombas atómicas con un poco menos de material. De acuerdo a esta referencia, serían necesarios entre cinco y ocho kilogramos de plutonio para la construcción de una bomba de capacidad media. Aunque no debe perderse de vista, la cantidad de material en estado natural o uranio enriquecido que debe operar en un reactor por mucho tiempo para la generación del material necesario, por más poco que sea, que pueda ser utilizado en una bomba atómica.

Diseños básicos de bombas atómicas

Existen varios diseños para la construcción de las bombas. El dispositivo de cañón (o gun en inglés) se utiliza un explosivo de alta potencia para lanzar una pieza de material fisionable de

un extremo del tubo hacia otra pieza del material en el extremo opuesto del tubo.

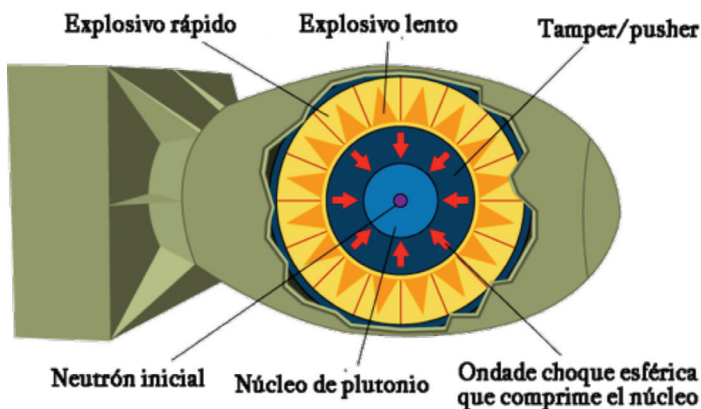
Figura 4.
Diagrama de un arma nuclear tipo cañón



Fuente: imagen con fines ilustrativos tomada de en.wikipedia.org

El otro tipo de arma nuclear es de tipo implosión. En este diseño se pretende crear un dispositivo de alta potencia, en donde el material fisionable se comprime por una onda de choque creada por la explosión de químicos de alta potencia. En el caso de los dispositivos de implosión, los químicos explosivos se detonan mediante temporizadores electrónicamente controlados, ya sea por altitud u otros medios de control. Esto implica adelantos tecnológicos a ser incorporados en las bombas, de forma que la detonación se dé en el lugar determinado. Cuando se detonan los explosivos, generan una onda dirigida hacia el centro que comprime y transforma el material en una masa súper crítica que termina por fisionarse de forma más eficiente o con mayor potencia.

Figura 5.
Diagrama de un arma tipo implosión



Fuente: imagen con fines ilustrativos tomada de en.wikipedia.org

Desafíos

Son muchos los desafíos técnicos que afronta la construcción de un programa nuclear, ya sean militares o civiles. Entre los retos que debe resolver destacan los siguientes. En primera instancia se debe encontrar el suficiente uranio en estado natural para su enriquecimiento, ya sea para utilizar en un arma o para la producción de plutonio. Así como de los recursos técnicos y financieros para la construcción de las plantas de conversión, gasificación y enriquecimiento.

Lógicamente cuando se desea producir una bomba nuclear debe hacerse fuera de los controles internacionales para la prohibición establecidos en el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNPN). Esos controles son ejercidos por el Organismo Internacional de Energía Atómica y dificultan la producción de bombas atómicas, porque mantienen estrictos controles sobre la exportación y el manejo de uranio, tecnología de salvaguarda e inspec-

ciones en el sitio. Además es necesario lidiar con las exigencias de los técnicos que desarrollan el programa, porque son quienes hacen el proyecto posible.

A lo anterior es necesario adicionar la importancia del marco institucional interno de los Estados para la fabricación de este tipo de armamento. Porque el manejo institucional de un proyecto de esta envergadura, pone a prueba las capacidades de cualquier Estado, por más desarrollado que sea. Asimismo, es innegable la cantidad de recursos económicos que son necesarios destinar para la construcción de armamento nuclear.

Frank Barnaby también señala que los procedimientos, como las plantas de difusión gaseosa, utilizan grandes cantidades de energía eléctrica, por lo general requiere la construcción de una estación de alimentación independiente para ejecutarlo. A la vez es necesario lidiar con el depósito de los desechos radioactivos generados durante el proceso para obtener el combustible nuclear.

Quizá el reto más grande en la construcción de un arma es la prueba después de construida. Por el riesgo que implica en estos tiempos detonar un arma sin haberla probado antes, aunque los expertos tengan la seguridad científica que funciona, es un riesgo que ningún país está dispuesto a correr cuando de armamento se trata.

Además, el régimen de no proliferación nuclear incluye otro tratado (*Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares o CTBT por sus siglas en inglés*) que prohíbe las explosiones nucleares, ya sea bajo el agua, en la superficie o en el espacio, para evitar la proliferación de armas nucleares. Esto busca reducir la producción de armas por su imposibilidad de ser probadas. Salvo que se haga en expresa violación al TNP y a sus protocolos. Pero aunque un Estado u otro grupo detone una bomba, este también cuenta con un sistema de verificación que permite localizar, casi en tiempo real, la localización y magnitud de explosión nuclear en cualquier parte del mundo.

Enriquecimiento de doble propósito

La creación del Organismo Internacional de Energía Atómica, responde a la necesidad de controlar los programas nucleares de uso civil, pues el procedimiento para generar el combustible que se utiliza en los reactores, es exactamente el mismo que se utiliza para obtener el material utilizado en bombas atómicas. La excepción es el enriquecimiento de uranio, que para el uso civil es cercano al 5% y para usos militares requiere al menos de un enriquecimiento de 90%. A ese problema se le denomina enriquecimiento de doble propósito, y es el centro de la discusión sobre el programa nuclear iraní. Pero es el riesgo en cualquier programa nuclear con fines civiles. De ahí el porqué las medidas de salvaguarda del OIEA para garantizar el aprovechamiento pacífico de la energía nuclear.

En el caso de Irán, como se podrá observar a continuación, el país posee las instalaciones para completar un ciclo nuclear, desde la extracción hasta el enriquecimiento, además de estar generando las capacidades para la generación de plutonio. El tema central en la discusión, es si las capacidades tendrán solamente un fin pacífico como argumenta el gobierno de ese país.

III. El programa nuclear iraní

Irán forma parte de una larga lista de países que desde la posguerra han querido aprovechar los adelantos de la física nuclear para la generación eléctrica. Esto porque sus condiciones naturales les imposibilitan acceder a otros tipos de fuentes energéticas, o porque desean aprovechar la eficiencia y capacidad de la generación eléctrica con centrales nucleares. Sin embargo, esto le ha suscitado en el acoso de ciertos países que consideran que las verdaderas intenciones de esta iniciativa es la construcción de armas nucleares. Acusación que el gobierno de ese país rechaza categóricamente, aunque muchas actitudes siguen despertando dudas sobre el objetivo final de ese programa. A continuación

se presenta una revisión histórica y técnica de las instalaciones nucleares de Irán.

Cordesman et al (2006) señalan que los expertos creen que la relación cercana entre Estados Unidos e Irán durante la Guerra Fría permitió el inicio de los programas de investigación nuclear en ese país. Así lo confirma Fernando Ibáñez:

“Irán inició sus planes atómicos en tiempos del Shah Reza Pahlevi quien, gracias al programa Átomos para la Paz, impulsado por el Presidente norteamericano Dwight D. Eisenhower, firmó el 5 de marzo de 1957 un acuerdo de cooperación nuclear civil con EEUU.” (2011; 2).

Paradójicamente, son los Estados Unidos los que hoy lideran los esfuerzos diplomáticos para detener el programa nuclear iraní. Así demostrado durante los últimos años y reforzado en el discurso del presidente Obama en la Asamblea General de la ONU en 2012, cuando afirmó que su país “hará lo que tenga que hacer para impedir que llegue a tener armas nucleares” (Caño, 2012).

Sin embargo, la cooperación estadounidense, y de otros países durante los últimos años, para el desarrollo de las instalaciones nucleares en Irán con la intención de generar electricidad, está respaldada por el artículo cuatro del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNPN), que reconoce

“el derecho inalienable de todas las Partes en el Tratado de desarrollar la investigación, la producción y la utilización de la energía nuclear con fines pacíficos sin discriminación y de conformidad con los artículos I y II de este Tratado”.

Al amparo de este derecho, muchos países han desarrollado con éxitos sus programas nucleares como una fuente más de generación eléctrica. Especialmente aquellos países con escasos recursos energéticos, como en el caso de Iran. Porque aunque no parezca, la situación energética del país es compleja. A pesar de

ser el cuarto país en reservas petroleras y el segundo con mayores reservas de gas en el mundo, posee una serie de problemas estructurales cuando se trata de explotar esta ventaja. Su turbulenta historia política (y *la falta de incentivos a la inversión que eso representa*) lo ha dejado con refinerías en estado decadente, que dificulta incluso difícil para satisfacer la demanda interna de combustible (1) (Wilson, 2007). Problemática que se agrava con las restricciones comerciales impuestas por la Unión Europea y los Estados Unidos a raíz de las disposiciones diplomáticas sobre su programa nuclear. Porque las mediadas incluyen aspectos como la prohibición de empresas para invertir o adquirir productos iraníes, concentrados mayormente en el área energética.

Un vistazo a la historia

Su programa nuclear inició en los años sesenta bajo el mando del Shah Mohammad Reza Pahlavi. En 1975 se inició la construcción del complejo de Bushehr para generación eléctrica, pero esas instalaciones fueron dañadas con la guerra Iran-Iraq. Y el programa nuclear en su totalidad fue interrumpido por la revolución islámica de 1979.

En los años ochenta la mayor parte de los experimentos de conversión de uranio en Teherán tuvieron lugar entre 1981 y 1993 en el Centro de Investigación Nuclear de Teherán (TNRC) y en el Centro de Tecnología Nuclear de Isfahan (ENTC) (Cor-desman y Al-Rodhan, 2006). La mayoría del material a utilizar en sus instalaciones nucleares se importaba de Sudáfrica. Algunas estimaciones calculan al menos unas 600 toneladas de uranio en estado natural.

De acuerdo con Ray Takeyh (2012), en los años noventa el país reactivó el programa nuclear y trabajó en el desarrollo económico del ciclo de combustible nuclear, así como en la construcción de su propia infraestructura para la extracción de uranio, la conversión, el enriquecimiento, la producción de agua pesada y un reactor de agua pesada para la fabricación de plutonio. Al iniciar la primera década del siglo XXI, Irán inició la construcción de las instalaciones de enriquecimiento de uranio

en Natanz y con esto la reactivación completa de su programa nuclear. Pero fue hasta varios años después que el gobierno iraní reconoció sus intensiones y capacidades para generar un ciclo de enriquecimiento completo.

El inicio de la ofensiva diplomática contra el programa iraní, inicio a principios de la década anterior cuando se empezó a comprobar que el país no era lo suficientemente transparente con el régimen internacional para la no proliferación nuclear. En 2002 el grupo opositor al régimen, o Comité Nacional de Resistencia Iraní, presento pruebas de la existencia de dos nuevas plantas nucleares en Natanz y Arak, que el país no había declarado al Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) hasta ese momento (Ibáñez, 2001; 2). La revelación se centró en las instalaciones de producción de agua pesada en Arak y una producción de combustible nuclear en Natanz. Los grupos también señalaron cinco diferentes proyectos nucleares activos o en construcción, entre los que se incluyen las centrales en Busher, Arak e Isfahan (Cordesman & Al-Rodhan, 2006; 33).

Aunque una oleada diplomática liderada por EU-3 (Francia, Alemania y el Reino Unido) entraron en negociaciones con el presidente Mohammad Khatami para suspender las operaciones nucleares de Irán, e invitaron al país para que se sumara al protocolo adicional del TNP; estos acercamientos entre la diplomacia de algunos países occidentales e Irán se vieron truncados en el año 2006, con la elección de Mahmoud Ahmadinejad como presidente de la República Islámica de Irán.

En abril de año 2006 “Irán comenzó a probar la primera cascada completa de 164 centrifugadoras” (Houston et al, 2008; 41). Tres años después, el gobierno reveló al OIEA la existencia de una instalación de enriquecimiento de uranio en Fordow, que hasta ese momento se habían mantenido en el anonimato. En expresa violación al espíritu y las medidas de salvaguardia del TNP.

Estos incidentes marcan el transcurrir de la diplomacia de Irán alrededor del tema. La historia del programa nuclear de ese país en los últimos años ha transcurrido entre especulaciones sobre la naturaleza del programa y la información clasificada.

Para la diplomacia e inteligencia de algunos países occidentales, como Estados Unidos, existe la suficiente evidencia que demuestra que el programa nuclear iraní tiene la finalidad de construir armas nucleares.

A continuación se detallan las instalaciones nucleares más importantes y renombradas en la discusión sobre el programa nuclear de Irán. Que demuestran la capacidad iraní para desarrollar un ciclo nuclear completo; aunque la posibilidad de que ese programa sea empleado para la producción de armas se detallará más adelante.

Instalaciones

Como se ha señalado, el análisis sobre los usos del programa nuclear iraní debe considerar cada una de las fases necesarias para la construcción de combustible nuclear con fines militares. Seguidamente se detallan cada una de las fases necesarias para la fabricación de uranio y plutonio de acuerdo con las instalaciones del programa nuclear iraní.

A) Minas

Irán posee tres minas para la extracción de uranio en estado natural, con capacidades de producción de entre 50 y 70 toneladas anuales y destinadas a la producción de uranio enriquecido al cinco por ciento para sus instalaciones de generación eléctrica. La mina de Ardakan se ubica al sur del país y se empezó a utilizar en el año 2004 con asistencia de la República Popular China. Es una planta piloto de producción de “pastel amarillo”, que es enviado a otras plantas para ser convertido en UF₆. En 2008, Hossein Faghihian, jefe adjunto del OIEA a cargo de combustible nuclear, afirmó que esta planta tendría una capacidad de procesamiento cercana a las 70 toneladas.

Más al sur, cerca del estrecho de Ormuz, se ubica la mina de Gchine, con capacidad para la producción de 21 toneladas de uranio al año, aunque también está diseñada para extraer unas 50 toneladas. La tercera mina se ubica en Saghand, e igualmente

tiene una capacidad de producción de 50 toneladas anuales y extrae el uranio que se ubica por debajo de cuerpos de roca de mineral, mediante técnicas convencionales de minería subterránea. Aunque la concentración de uranio en esta mina se considera de grado bajo. En 1995 se llegó al acuerdo con empresas rusas para equipar esta mina, a la vez de construir una planta de procesamiento de uranio (OIEA, 2008).

En cuanto a la disponibilidad de uranio para el programa nuclear, el 23 de febrero de 2013 el gobierno de Irán reconoció haber encontrado nuevos yacimientos del material. De acuerdo con un informe de la Organización de Energía Atómica de Irán, los depósitos se ubican al sur del país y triplica el volumen de reservas hasta ahora calculado. Sin embargo, es necesario acotar para el caso de Irán, que la disponibilidad del factor hídrico juega en contra de las operaciones destinadas a la producción de uranio en estado natural. Como mencionan Vaez et al, las “operaciones mineras requieren de millones de litros de agua potable al día. Sin embargo, las principales minas de uranio de Irán se encuentran en zonas áridas y semi-áridas del país” (2013; 15).

B) Conversión

Isfahán

La planta más conocida para la conversión de uranio en Irán se ubica en Isfahán, al centro del país. Se empezó a construir en los años noventas, también con asistencia técnica de China, e inició operaciones en el año 2006. Su objetivo es convertir el uranio extraído de las minas iraníes en hexafluoruro de uranio (UF₆). De acuerdo con un informe del OIEA de 2004, esta instalación tiene una capacidad de producción anual de 200 toneladas de UF₆. Este material es enviado a las instalaciones de enriquecimiento en Natanz para ser enriquecido en U-235 al 5% o más como se verá más adelante.

C) Conversión

Fordow

La instalación de Fordow es una planta de enriquecimiento por centrifugación para fabricar UF6 enriquecido hasta el 20% de U235 y de UF6 enriquecido hasta el 5% de U235. La existencia y fines de la planta fue confirmada por el gobierno iraní luego de que los servicios de inteligencia de Francia y Gran Bretaña revelaran información sobre la existencia de las instalaciones. Se estima que en ella operan unas 3 mil centrifugadoras.

Con respecto a la presencia de partículas de U-235 con niveles de enriquecimiento superiores al 20% en esta planta, la explicación dada por el Irán no es coherente con la evaluación ulterior realizada por el Organismo desde el anterior informe (OIEA, 2012; 6). De acuerdo con información de CBS News (2012), las centrifugas en Fordow están produciendo uranio enriquecido al 19,75%, que se utiliza con fines médicos, según el gobierno iraní.

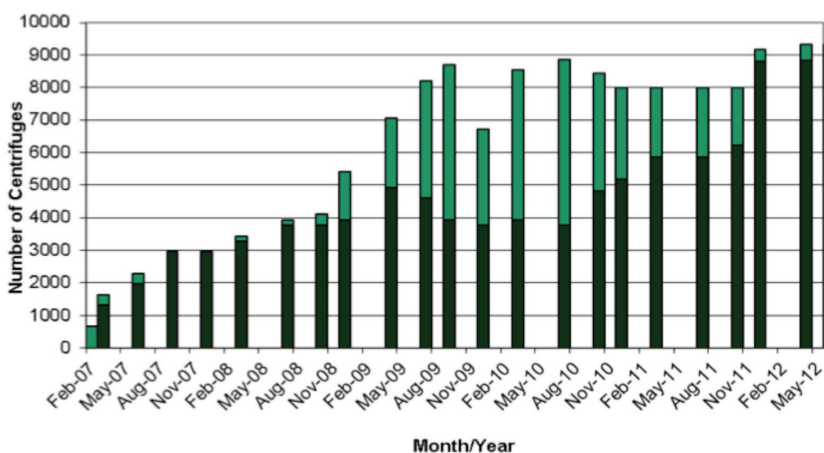
Natanz

La planta de Natanz suspendió sus operaciones en 2004 con al menos mil centrifugadoras instaladas, pero 4 años después inició su funcionamiento con tres mil centrifugadoras más. El informe del OIEA (2012a) revela que existen cerca de 9.000 en operación y las instalaciones están diseñadas para albergar unas 50 mil en total. Sus instalaciones albergan una planta piloto de enriquecimiento de combustible (PFEP), que entró en funcionamiento en 2003, la cual está enfocada en la investigación y el desarrollo (I+D). Cuenta con seis cascadas en funcionamiento, dos de ellas dedicadas a la producción de U-235 enriquecido al 20% (que el gobierno iraní ha justificada para usos de investigación y médicos) y cuatro cascadas más dedicadas a otro tipo de I+D. Desde el año que inició operaciones, la IAEA estima que se han producido 124 kilogramos de UF6 enriquecido hasta el 20%. (Informe IAEA, 2012a).

Además que alberga una planta de enriquecimiento de combustible (FEP) para la producción de uranio poco enriquecido

hasta el 5% de U-235, puesta en funcionamiento por primera vez en 2007 (Ibídem). Los detalles de la instalación de centrifugadoras se pueden observar en el gráfico 1; que demuestra el interés de Irán de colocar la mayor cantidad de centrifugadoras en operación para reactivar su programa nuclear, con el fin de producir suficiente uranio para la operación de sus reactores nucleares.

Gráfico 1
Total de centrifugas instaladas en Natanz
(Febrero 2007-Mayo 2012).



Nota: Las barras claras con las centrifugadoras instaladas, las barras oscuras corresponden a las centrifugadoras en funcionamiento.

Fuente: tomado de http://www.isis-online.org/uploads/isis-reports/documents/ISIS_Analysis_IAEA_Report_30Aug2012.pdf

Los datos demuestran que la activación del programa nuclear es un hecho, en especial el interés de poner en funcionamiento la mayor cantidad de centrifugadoras posibles, aunque lo han hecho a una velocidad considerable que dificulta creer que pueden desarrollar pronto la capacidad para desarrollar un programa civil y militar a escala industrial en los próximos años.

D) Reactores nucleares (2)

En Irán existe en funcionamiento y construcción, tres reactores nucleares. El reactor nuclear de Bushehr (modelo VVER-1000), fue el primero que se construyó en Irán con apoyo de los Estados Unidos y Alemania. Sin embargo, fue dañado en 1984 por un bombardeo de Iraq en la guerra contra ese país. En 1995 el país logra un acuerdo con Rusia para ponerlo en funcionamiento nuevamente. En pleno funcionamiento, el reactor amerita de 27 toneladas de combustible anuales en forma de dióxido de uranio.

Este y otros reactores tienen una importancia en el análisis de la situación nuclear iraní. Los opositores al desarrollo de este programa aducen que el reactor de Bushehr podría utilizarse para la irradiación de uranio y la producción de plutonio para una posible bomba. No obstante, estas acusaciones continúan siendo especulaciones no comprobadas, tanto por el OIEA como por otros organismos internacionales o servicio de inteligencia. Hasta el momento, es solamente una muestra de que Irán posee las instalaciones para un posible desarrollo armamentístico, pero no indica que estas facilidades tengan ese propósito. Pero se considera que “las reservas convencionales de uranio de Irán son suficientes para la operación del reactor de Busherh por menos de nueve años” (Vaez et al; 2013; 14)

Aarak

La existencia de este reactor (modelo IR-40) fue denunciada por el Comité Nacional de Resistencia Iraní. Tiene una capacidad estimada de 40 megawats y se espera que esté completo en 2013. De acuerdo con información del OIEA “la central parece estar en funcionamiento [pero] hasta la fecha, el Irán no ha permitido al Organismo tomar muestras del agua pesada almacenada en la instalación de conversión de uranio” (OIEA, 2012; 8).

Junto al reactor de Aarak también está en construcción una planta para agua pesada. Este término se utiliza para un compuesto químico, donde los átomos de hidrógeno son sustituidos por deuterio, un isótopo de hidrógeno. Es utilizado como mode-

rador en los reactores nucleares y como se señaló anteriormente, es indispensable en la fabricación de plutonio.

Según evidencia Gonzalo de Salazar, “la planta está en funcionamiento pero el gobierno iraní se niega a que los inspectores del OIEA accedan a las instalaciones de producción y tomen muestras de los barriles de “agua pesada” encontrados (2010). Y así lo reconoció el OIEA al señalar que “Irán no ha suspendido la labor relativa a todos los proyectos relacionados con el agua pesada, incluida la construcción del reactor de investigación moderado por agua pesada en Arak, el reactor de investigación nuclear del Irán (reactor IR-40), que está sometido a las salvaguardias del Organismo” (OIEA, 2012; 8).

E) Facilidades de prueba

Durante la última década, el gobierno iraní se ha caracterizado por ocultar información sobre su programa nuclear, como la existencia de algunas instalaciones. A la vez que ha limitado las inspecciones del OIEA aduciendo, en ambos casos, que se trata de un acoso auspiciado por la diplomacia de algunos países occidentales.

Esa disputa entre los organismos internacionales y el gobierno de Irán ha generado controversias sobre los alcances de la organización en casos como este. La inspección del complejo militar de Parchin es quizá el ejemplo más característico de esta disputa. En varias ocasiones el OIEA ha comunicado al gobierno iraní que dichas instalaciones se encuentran en la lista de sitios a inspeccionar por expertos del organismo. Esta solicitud tiene fundamento en la sospecha de que esas instalaciones se utilizan para la prueba de explosivos de alta potencia, que se utilizaría en las cabezas nucleares.

Al respecto, Irán ha dicho que las exigencias del OIEA no son suficientes para la inspección. Así lo reconoce el organismo al señalar en el informe de febrero de 2013 sobre la situación de este país al enumerar las razones que han expresado a Irán para realizar las inspecciones en este complejo militar. Entre las que

se encuentran las alteraciones en la construcción de los edificios central y aledaños, la movilización de tierras y la instalación de cercas de protección. Como se puede notar, ninguna que sea lo suficientemente convincente o relacionada con procesos nucleares evidentes, que den sustento a la tesis del OIEA, y justifiquen la inspección en el complejo militar de Parchin.

¿Irán nuclear?

Luis Mesa resume las sospechas de algunos países sobre el programa nuclear iraní. En primer término que el país reconoció haber desarrollado sus actividades nucleares en secreto por muchos años (3). Por otra parte, el hallazgo de residuos de uranio altamente enriquecido, aunque “quedó demostrado que [...] provenían de los suministradores paquistaníes y resultó no ser un indicio de actividad de enriquecimiento local” (2010; 833).

Asimismo existen dudas sobre la posible actividad nuclear en el complejo de Parchin, el programa de investigación iraní con polonio en 2010, la culminación del reactor de experimentación de Arak y su planta de agua pesada. Los ensayos de Irán con explosivos de alta potencia y la fabricación de tecnología para la reentrada en la atmósfera de misiles. A la vez que Irán continúa generando información difusa, como el anuncio de contar con tecnología para el enriquecimiento por láser, del que no ha querido brindar mayor información al OIEA. Lo que hace sospechar que mucho del discurso nuclear iraní, no son más que provocaciones diplomáticas, sin el sustento técnico de contar con tecnología que le permita la construcción de un programa nuclear moderno y a escala industrial para la fabricación de bombas atómicas.

Como lo ha señalado el OIEA, y el propio gobierno iraní, las instalaciones actuales tienen la capacidad para extraer, procesar, gasificar y enriquecer uranio, para ser utilizado en los reactores nucleares para la generación eléctrica. No obstante, la discusión actual está centrada en la posibilidad de utilizar la capacidad instalada para el enriquecimiento de uranio al 5%, para llevar al enriquecimiento a niveles mucho mayores y con esto producir material para armamento nuclear. En especial por el

señalamiento del OIEA de que ha encontrado en Irán, material enriquecido al 20%.

El OIEA en su informe de agosto de 2012 señala que las intensiones iraníes de producir “UF6 hasta el 5% de U 235 es la fabricación de combustible para sus instalaciones nucleares y que el propósito de enriquecer UF6 hasta el 20% de U 235 es la fabricación de combustible para reactores de investigación” (OIEA, 2012; 3). En efecto, el organismo no ha afirmado que existan pruebas concluyentes de que Irán esté en el proceso de construir armas atómicas. El propio Greh Thielmann, miembro del Departamento de Estado y analista del Comité de Inteligencia del Senado de los Estados Unidos, reconoció que “no hay nada (en el informe del OIEA) que indica que Irán realmente está construyendo una bomba”.

Aunque los informes del propio organismo desde 2002, indican claramente que es probable que este país sigue buscando secretamente tecnología nuclear (Cordesman et al, 2006; 5). Los inspectores internacionales señalaron a finales de agosto de 2012, que “Irán había instalado ya tres cuartas partes de las centrifugadoras nucleares que necesita para completar un sitio profundo bajo tierra para la producción de combustible nuclear” (Sanger, 2012). A finales de agosto de 2012, los inspectores nucleares internacionales informaron que Irán había instalado ya tres cuartas partes de las centrifugadoras nucleares que necesita para completar un sitio profundo bajo tierra para la producción de combustible nuclear (ibídem).

A pesar de todas las especulaciones, con la información disponible por el OIEA a febrero de 2013; a pesar de los 280 kg de UF6 enriquecido hasta el 20% que ha producido Irán, ese material no es suficiente para la fabricación de una bomba atómica. Por lo que la única posibilidad es que existan plantas no reportadas aún, que tengan las instalaciones para llevar el enriquecimiento a un nivel mayor.

A este análisis es necesario adicionar que la construcción de un arma nuclear, no depende solamente del conocimiento técnico, las instalaciones o los controles internacionales. A lo interno de los Estados también se discute sobre la viabilidad del

proyecto, en especial la financiera. Porque una vez iniciada la tarea de construcción de armas nucleares, las tareas de gestión a lo interno de los Estados constituye uno de los motivos más complejos de administrar cuando se pretende construir este tipo de armamento. Sobre esta variable Jacques Hymans (2013) escribe que, es justamente por esta razón, que los regímenes autoritarios muchas veces no logran la consecución de este objetivo, porque no tienen la cultura o las instituciones correctas. Sobre el programa iraní añade que “los Estados Unidos y sus aliados deben salir del camino y dejar que los peores enemigos de Irán - sus propios líderes - atasquen el proceso por su cuenta”.

De acuerdo con Vaez et al (2013) los costos financieros del programa nuclear para Irán rondan los 100 billones de dólares sólo en pérdidas de inversión extranjera en petróleo a raíz del embargo estadounidense. Además es necesario contabilizar los 11 billones de costo acumulado del reactor de Bushehr, el cual proporciona solamente el dos por ciento de la electricidad iraní. La independencia energética de Irán sustentada en su programa nuclear es cuestionable a raíz de sus reservas de uranio y deberán lidiar con los problemas generados con los desechos y almacenamiento de material radioactivo; uno de los menos seguros del mundo.

IV. El futuro de la cuestión nuclear

Son muchas las lecciones aprendidas sobre la discusión nuclear de Irán, tanto para el mercado energético, como para la comunidad académica y los análisis de seguridad internacional. En primera instancia, este documento es una modesta respuesta al vacío de conocimiento existente en la comunidad académica de las relaciones internacionales sobre la materia nuclear. Lo que imposibilita muchas veces el análisis que mezclen las posibilidades técnicas para la construcción de armamento, con los elementos geopolíticos y de seguridad internacional que estos programas puedan desarrollar.

Por otra parte la tensión política que se ha generado alrededor del tema en Irán y el riesgo que esto representa para un

intervención militar, aunado a otros eventos como el desastre de la central nuclear de Fukushima en Japón; han hecho menos favorable el futuro de la energía nuclear como salida a la crisis energética que enfrentan los países desarrollados. La energía nuclear con fines civiles para generación eléctrica es una opción de inversión más rentable, porque es más eficiente en comparación con el resto de energías alternativas. Pero los riesgos que ha generado la actitud iraní, hacen que muchos países alrededor del mundo se cuestionen la pertinencia de continuar apostando a estas tecnologías; en tiempos donde la militarización de muchos Estados se volvió una prioridad en la primera década del siglo XX.

Esta conclusión está muy vinculada con otra de las grandes lecciones de la situación iraní, el poco margen de acción de los organismos internacionales para el control de la proliferación nuclear. A pesar que desde finalizada la II Guerra Mundial el mundo ha trabajado en tratados y medidas de salvaguardia para el control de los procesos nucleares, de forma que se sólo permita el aprovechamiento de la tecnología de fisión nuclear para la generación eléctrica, la evasión de muchos controles y sanciones interpuestas por la OIEA a Irán, demuestran un régimen que aunque pareciera ser estricto, puede ser violentado por cualquiera que no esté dispuesto a cooperar con el organismo.

Es evidente que desde la aprobación de los instrumentos internacionales que prohíben este tipo de actividades, la producción de bombas y el arsenal han disminuido drásticamente. Sin embargo, la situación de incertidumbre que las propias autoridades internacionales en la materia, demuestran debilidades serias, tanto en el acceso a la información como en la burla de los controles internacionales.

Respecto a Irán es necesario destacar que la reactivación de su programa nuclear es un hecho innegable, y además respaldado por el TNPN sobre el uso pacífico de la energía nuclear. Con esa decisión, el gobierno debe invertir en el desarrollo de un programa nuclear sólido e independiente, en donde el suministro de los suministros nucleares es una prioridad. De ahí porque la

inversión en minas, facilidades de conversión y otras. Además de la construcción de los reactores.

Como lo ha expresado el propio director de la OIEA en varias ocasiones, la colaboración de Irán con el organismo y la transparencia de su programa nuclear permitirían un proceso más pacífico. Que hasta el momento no se ha dado, y más bien ha tensado la situación. El discurso disidente de Irán con los regímenes internacionales refleja su objetivo diplomático de proponer su propia agenda internacional. El simple hecho de utilizar su programa con fines civiles para tener en jaque a las instituciones internacionales y la diplomacia de algunos países evidencia su interés de socavar en la legitimidad del régimen internacional de no proliferación nuclear.

Los retos de construir un arma para Irán van más allá de las cuestiones técnicas. Sí realmente desean construir una bomba nuclear, no podrán hacerlo con las instalaciones actualmente en funcionamiento, porque requerirían llevar los niveles de enriquecimiento a niveles que no escaparían de las inspecciones del OIEA. Aunque ya ha demostrado tener la capacidad para ocultar información o el acceso al organismo cuando así lo desea.

Por otra parte, deberán dar respuesta al reto institucional del Estado que representa la construcción de bombas atómicas. Es notorio el ritmo tan lento en que se ha desarrollado el programa nuclear iraní, que se suma a otros proyectos gubernamentales fallidos. Sería iluso pensar que, pese a la importancia que reviste el proyecto nuclear iraní, esté exento de este tipo de problemas. No por las capacidades técnicas, sino más bien por la estructura del Estado.

En conclusión, la temática nuclear está en la agenda internacional. La proliferación nuclear no es un tema del pasado como se creía. Las necesidades energéticas y la militarización de muchos países, en especial aquellos en vías de desarrollo, hacen imperiosa una revisión de los protocolos internacionales que permiten tener mayor claridad sobre los alcances de los programas nucleares con fines civiles. Irán es en la actualidad un ejemplo claro de esa disyuntiva.

Este documento ilustra los múltiples obstáculos que posee este país para construir una bomba atómica, considerando incluso que no se hizo hincapié en los aspectos tecnológicos y balísticos. Pero también demuestra como al ser un tema técnicamente complejo, un Estado puede aprovechar esa circunstancia para utilizarlo como mecanismo de disuasión diplomática en el escenario internacional del poder. Es justamente acá donde los conocimientos de la física y la política internacional deben confluir para hacer lecturas más certeras de la realidad nuclear.

Notas

- (1) Un análisis más detallado sobre la situación energética de Irán demuestra que efectivamente las necesidades eléctricas y de inversión son necesarias. Además que las sanciones y la situación política han disminuido la inversión en ese país. Como mencionan Vaez et al (2013), “antes de la Revolución Islámica, la producción de petróleo de Irán se cernía en torno a 6 mb/d, de los cuales 5 millones se exportaban”. Después de un periodo turbulento en la actualidad se producen cerca de 2,6 mb/d, pero el consumo local ha aumentado y los embargos han provocado la disminución de las exportaciones a la mitad del nivel de 1979. Esta situación afecta no sólo la disponibilidad de recursos energético en un país en desarrollo, sino que también afecta las finanzas de un país cuyos ingresos provienen mayoritariamente de la exportación de hidrocarburos
- (2) Es necesario mencionar, que además de los reactores acá analizados, en Teherán existe un reactor más pequeño para investigación y desarrollo de tecnología nuclear. Especialmente para comprobar si las barras de uranio que produce son aptas para el uso en reactores.
- (3) Aunque el mismo autor señala que, a pesar de la apertura de Irán para brindar información al Organismo Internacional de la Energía (OIEA) después de reconocer que su programa se desarrollaba en secreto, este proceso ha estado marcado por tropiezos y altibajos

Bibliografía

- Albright, D., Brannan, P., Stricker, A., & Walround, C. (2011). Natanz enrichment site: boondoggle or part of an atomic bomb production complex? (pp. 1–3). Institute for Science and International Security.
- Albright, D., Shire, J., & Brannan, P. (2009). Is Iran running out of yellowcake? (pp. 1–7). Intitute for Science and International Security.
- Albright, D., Shire, J., Brannan, P., & Scheel, A. (2009). Nuclear Iran: not inevitable (pp. 1–28). Institute for Science and International Security.
- Aljazeera. (2013, Marzo 20). Obama vows to keep Iran from nuclear weapon. aljazeera.com. Consultado el 31 de marzo, 2013, desde <http://www.aljazeera.com/news/middleeast/2013/03/2013320194234768922.html>
- Barnaby, F. (2005). How Nuclear Weapons Spread: Nuclear. Weapon Proliferation in the 1990s (pp. 1–140). Routledge.
- Bunn, M. (2006). Terrorist Nuclear Weapon Construction: How Difficult The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science, 607(1), 133–149.
- Caño, A. (2013). Obama: “Haremos todo lo necesario para impedir un Irán nuclear.” internacional.elpais.com. Consultado el 28 de marzo, 2013, desde http://internacional.elpais.com/internacional/2012/09/25/actualidad/1348561377_447834.html
- Cirincione, J. (2012). Bomb Scare. The history and future of nuclear weapons (pp. 1–16). New York: Columbia University Press.
- Comunidad de Madrid. 2007. El Uranio. El recorrido de los minerales.
- Cordesman, A., Gibbs, M., Gold, B., & Wilner, A. (2012). Iran and Gulf Military Balance Part I - 11-5-2012 (pp. 1–220). Center for Strategic and International Studies.
- Cordesman, A., & Al-Rodhan, K. (2006). Iranian Nuclear Weapons? The Uncertain Nature of Iran’s Nuclear Programs (pp. 1–111). Center for Strategic and International Studies.

- FAS. (2012). 1.1 FAS Nuclear Weapon Design, 1–5. Houston, G., Glaser, A., & Kemp, S. 2008. The Gas Centrifuge and nuclear proliferation. American Institute of Physics.
- FAS. (1998, Octubre 31). Nuclear Weapon Designs, Special Weapons Primer. Consultado el 3 de Enero, 2013, desde <http://www.fas.org/nuke/intro/nuke/design.htm>
- Houston, G., Glaser, A., & Kemp, S. (2008). The Gas Centrifuge and nuclear proliferation (pp. 1–6). American Institute of Physics.
- Hymans, J. (2013, February 18). Iran Is Still Botching the Bomb. Foreign Affairs. Consultado el 31 de marzo, 2013, desde <http://www.foreignaffairs.com/articles/139013/jacques-e-c-hymans/iran-is-still-botching-the-bomb?page=show>
- Hymans, J. (2012, Marzo 5). Botching the Bomb. Foreign Affaris, 91.
- Ibáñez, F. (2011). El programa nuclear iraní: estado de la cuestión y posibles escenarios. Relaciones Internacionales, (16), 1–31.
- IISS. 2006. North Korea's Nuclear Weapons Programme. IISS Strategic Dossier.
- Mesa Delmonte, L. (2010). Las políticas de Bush y Obama hacia la República Islámica de Irán. La centralidad del factor nuclear. Foro Internacional, 49(4), 832–863.
- Nations, U. (1991). Nuclear Weapons: a comprehensive study (pp. 1–155). United Nations.
- Nuclear Energy Institute. (2013). Resource & Stats. Consultaado el 23 de febrero, 2013, desde <http://www.nei.org/resourcesandstats>
- OIEA. (2008). Aplicación del acuerdo de salvaguardias en relación con el TNP y de las disposiciones pertinentes de las resoluciones del Consejo de Seguridad en la República Islámica del Irán (No. GOV/2008/4). Informe del Director General (pp. 1–11).
- OIEA. (2012). Aplicación del acuerdo de salvaguardias en relación con el TNP y de las disposiciones pertinentes de las resoluciones del Consejo de Seguridad en la República Islámica del Irán(No. GOV/2012/37). Informe del Director General (pp. 1–15).

- OIEA. (2012). Aplicación del acuerdo de salvaguardias en relación con el TNP y de las disposiciones pertinentes de las resoluciones del Consejo de Seguridad en la República Islámica del Irán (No. GOV/2012/23). Informe del Director General (pp. 1–12).
- OIEA. (2013). Aplicación del acuerdo de salvaguardias en relación con el TNP y de las disposiciones pertinentes de las resoluciones del Consejo de Seguridad en la República Islámica del Irán (No. GOV/2013/6). Informe del Director General (pp. 1–13).
- Pike, J. (1998, Octubre 31). Nuclear Weapon Effects. Special Weapons Primer. Consultado el 3 de Enero, 2013, desde <http://www.fas.org/nuke/intro/nuke/effects.htm>
- Quinlan, M. (2010). Thinking About Nuclear Weapons: Principles, Problems, Prospects (pp. 1–217). New York.
- Siracusa, J. (2008). Nuclear Weapons: A Very Short Introduction (pp. 1–161). New York: Oxford University Press.
- Takeyh, R. & M. O. & R. B. & R. D. & R. F. & M. K. (2012). Iran: The Nuclear Challenge (pp. 1–66). Council on Foreign Relations.
- Vaez, A., & Sadjadpour, K. (2013). Iran's Nuclear Odyssey (pp. 1–62). Washington: Carnegie Endowment for International Peace.
- Wilson, S. (2007, Julio 25). Iran's energy crisis - MoneyWeek. *moneyweek.com*. Consultado el 3 de Abril, 2013, desde <http://www.moneyweek.com/news-and-charts/economics/irans-energy-crisis>



II.- LOS DESAFÍOS DE SEGURIDAD REGIONAL ANTE UN CONFLICTO CONTRA IRÁN

Antonio Barrios Oviedo

*“Oriente es Oriente y Occidente es Occidente
y estos dos mundos no se encuentran jamás”.*

Rudyard Kipling

Introducción

El objetivo de este capítulo es la consideración de por qué Irán se ha convertido en un jugador central -según algunos “*peligroso y amenazante*”- para la seguridad internacional. Al referirnos a la “seguridad internacional”, hay que precisar el sentido que este concepto adquiere en el presente análisis. Al respecto, es factible plantearse preguntas como: ¿qué es la seguridad? ¿A quién debemos brindarle seguridad? ¿Qué implica la seguridad?, etc. Sin embargo, la respuesta no es sencilla. El concepto de seguridad es tan antiguo y conflictivo como la existencia misma del hombre. La definición que se haga no sólo dependerá de las condiciones históricas sino de lo que cada uno entienda por seguridad y por los elementos y actores que consideren que deben ser incorporados a la definición. Es así que

el concepto de seguridad internacional fue evolucionando y continúa haciéndolo en el tiempo.

Durante la época de la Guerra Fría el concepto de seguridad estaba íntimamente relacionado a lo que implicaba estar “bajo el ala” de las dos superpotencias en pugna, en donde ese orden bipolar imperante hacía que otros actores quedaran opacados y sus problemáticas aletargadas. Con la caída del Muro de Berlín en 1989 y la ruptura del orden reinante, el mundo conoció abruptamente conflictos que se venían desarrollando durante la Guerra Fría pero que permanecían ocultos. Con la Pos-Guerra Fría, los teóricos se vieron obligados a adaptar el concepto de seguridad internacional a las cambiantes circunstancias históricas, incorporando nuevas amenazas y actores. Es así que, se pasa de una concepción tradicional de la seguridad referida a autores como Hans Morgenthau, basada en el poder y en la que el binomio paz y guerra era fundamental, a una definición ampliada a cuestiones como la distribución de la riqueza, el hambre, la desigualdad, etc., que permite enfrentar mejor las nuevas amenazas como el terrorismo, narcotráfico, migraciones, entre otras.

¿Habrá guerra contra Irán?

El expresidente de Estados Unidos, George W. Bush cuenta en sus memorias, que su Gobierno concebía el programa nuclear de Irán como dos relojes: El primero medía el tiempo que le quedaba al régimen iraní para desarrollar armamento nuclear. El segundo, medía el tiempo que necesitaba la sociedad iraní para promover un cambio político o un cambio de régimen desde dentro, es decir una contrarrevolución. La estrategia consistía en retrasar el primer reloj *-pues no estaba dando resultado la presión occidental contra Irán-* y acelerar el segundo reloj.

Varios años después de considerar dicha estrategia, al parecer, tanto a los Estados Unidos, como a la Unión Europea y a la comunidad internacional en general, parecen escurrírsele la arena del primer reloj entre los dedos. Mientras que el segundo reloj permanece detenido desde 2009. La denominada “Primavera Árabe” no parece llegar a las fronteras persas; de hecho no parece que

vaya a hacerlo pronto” [Hooman Majd, 2011: 234]. De acuerdo con Majd, el Movimiento Verde liderado por el líder opositor Hussein Mousavi y que protagonizó las protestas callejeras posteriores a las elecciones presidenciales de 2009, “ya no existe”.

La resolución de la OIEA de 2009 que afirmaba que la República Islámica dominaba los pasos necesarios para desarrollar el arma nuclear, sembró el pánico entre las cancillerías en todo el mundo, y principalmente en los países como Estados Unidos e Israel, que buscan pretextos para atacar a Irán sin importar las consecuencias regionales, ya de por sí tensas por las consecuencias de la *Primavera Árabe*. También en Teherán hay temor, nadie quiere otra guerra como la vivida contra Irak en la década de los ochenta. Los incesantes rumores sobre un incipiente ataque israelí han aumentado la ansiedad hasta niveles nunca vistos, los tambores de guerra resuenan violentamente y las informaciones de los medios se examinan con inquietud y preocupación. El factor tiempo ha limitado el ya de por sí escaso margen de maniobra con el que cuenta la Comunidad Internacional para alcanzar una solución que permita a ambas partes salir airoso y son muchos los que se preguntan si sólo una intervención armada puede evitar que el mundo tenga que aprender a convivir con un Irán nuclear o si aún existen otras opciones sobre la mesa.

El origen nuclear de Irán

El programa nuclear iraní surge de forma embrionaria en los años cincuenta en el marco del Programa Átomos para la Paz, programa promovido por el Presidente Dwight D. Eisenhower para favorecer el desarrollo de la tecnología nuclear civil. Los ingentes beneficios procedentes de la exportación de petróleo durante los años setenta permitieron a la monarquía del Shah Reza Pahlavi, incrementar su financiamiento, aunque su desarrollo seguía siendo precario [Sick, 2006: 142-146]. Es decir, bajo la monarquía de Shah, Irán contaba con el apoyo de EEUU para iniciar un proceso de desarrollo nuclear. Un apoyo que también encontraría en Israel y Sudáfrica.

No sería hasta los años ochenta cuando dos factores convergieron para dar al programa un impulso sustancial. Por un lado, la guerra contra Irak, y el hecho de que Bagdad tuviera un programa de desarrollo nuclear, proporcionaron a Irán la voluntad política para hacer lo propio por razones de seguridad nacional. Por otra parte, el acceso a la red clandestina de Abdul Qadeer Khan (*más conocido como A.Q Khan*) proporcionó tanto el *know-how* como la maquinaria y los materiales necesarios. Su desarrollo se prolongó de forma secreta durante los años noventa hasta que la revelación de la planta de enriquecimiento de Natanz situó a Teherán bajo la lupa de la OIEA. Tras constatar las violaciones del Tratado de No-Proliferación Nuclear (*por sus siglas TNP*) en un contexto de engaños y ocultaciones reflejado por el ex director de la OIEA Mohammed el Baradei en su libro “Años de impostura y engaño”, el asunto quedó en manos de la Comunidad Internacional [Baradei, 2011].

Los acuerdos y desacuerdos se sucedieron, pero la llegada de Mahmoud Ahmadinejad a la presidencia, con la promesa de hacer un Irán nuclear bajo el brazo, complicó enormemente las perspectivas de alcanzar un acuerdo. Sería erróneo achacar toda la responsabilidad del lado iraní al Presidente Ahmadinejad, puesto que en ocasiones la naturaleza descentralizada de la política iraní y las desavenencias entre sus facciones jugaron un papel tanto o más importante en el fracaso de las negociaciones. Tampoco Occidente supo aprovechar los espacios ni medir bien los tiempos de la negociación.

La situación actual

Irán sigue perteneciendo al TNP y los inspectores de la OIEA realizan constantes verificaciones en el país. Según este organismo, Teherán ha desarrollado la capacidad para producir armamento nuclear, aunque no consta “que se haya dado la orden política para hacerlo” y tampoco la OIEA tiene las pruebas contundentes de que sea así. Sin embargo, Israel rechaza dicha valoración de la OIEA [Nasr & Takeyh, 2008: 85-94]. En el caso de darse la luz verde, los expertos cifran entre seis meses y dos

años y medio el plazo que tardaría Irán en disponer de la bomba. Todas las fuentes oficiales iraníes aseguran que su programa nuclear tiene una finalidad exclusivamente civil, aunque esta afirmación ha sido abiertamente cuestionada por las siguientes razones que a continuación señalan Lindsay & Takeyh:

1. Irán ha desechado una propuesta para enriquecer uranio en Rusia que le habría permitido el desarrollo de un programa nuclear de uso civil sin que exista riesgo de desarrollo de un programa nuclear militar. Propuestas similares han fracasado con posterioridad, como el acuerdo con Brasil y Turquía, aunque en este caso la responsabilidad no recae en el lado iraní.
2. El uranio requiere un grado de enriquecimiento cercano al 3,5% para su uso civil y cercano al 90% para su uso militar. Irán ya ha logrado enriquecer uranio hasta el 20%, y sigue profundizando en el proceso.
3. Teherán ha protagonizado un amplio historial de engaños a la Comunidad Internacional en lo referente a su programa nuclear.
4. La recientemente descubierta planta de enriquecimiento de uranio de Fordow tiene unas dimensiones reducidas a 3.000 centrifugadoras y una localización defensiva construida en la ladera de una montaña lo que invita a los expertos a pensar que su destino es militar.
5. No es económicamente eficiente realizar una elevadísima inversión en el desarrollo de energía nuclear únicamente para generar electricidad cuando dispone de las segundas reservas de gas natural convencional más grandes del mundo, siendo ésta una energía considerablemente más barata [Lindsay & Takeyh, 2010: 33-39].

Todas estas razones parecen apuntar a que las ambiciones de Teherán trascienden la mera generación de electricidad. De ser éste el caso, ¿cuáles serían las implicaciones de un Irán nuclear en Oriente Medio?

Un Irán nuclear en el nuevo orden regional

El concepto de un nuevo orden regional no se define por fechas específicas, sino por el poder que los actores van adquiriendo en el tiempo y de cómo van desafiando el poder tradicional de las potencias. Pues bien, este ha sido el caso de Irán, un país que ha ido tomando una posición relevante, incluso desafiando el poder de Israel. Michael Hayden, director de la CIA durante la Administración George W. Bush, resumió recientemente la posición de la Casa Blanca al respecto: “No es que no queramos que Irán tenga capacidad nuclear, es que no queremos que sea este régimen quien la tenga” [Lindsay & Takeyh, 2010: 33-39]. Desde el punto de vista de Washington, el componente religioso del sistema político iraní es un factor que no infunde tranquilidad a la hora de tener en cuenta que la decisión sobre pulsar el botón nuclear recaerá sobre los mullahs religiosos que siguen las consignas del extinto líder de la Revolución Iraní Ayatollah Ruhollah Khomeini: “Cuando la teología no tiene influencia en la política, la estupidez se vuelve la norma” [Takeyh, 2010: 17-32]. A pesar que existe entre quienes están a cargo (ayatolás) del asunto nuclear en Irán, si persiste un principio de racionalidad política por encima de los religiosos que desemboque en fanatismo. Sin embargo lo que ha prevalecido es la incertidumbre por la ausencia de canales de comunicación entre Washington y Teherán, la naturaleza descentralizada de la política interior iraní y las luchas de clanes, así como la retórica conspirativa del que fuera su presidente Ahmadinejad.

Por otra parte, y desde el punto de vista estadounidense, un Irán nuclear complicaría enormemente la articulación de cualquier política en Medio Oriente, que no se realizará en connivencia con Teherán, principal preocupación de Washington cuando se trata de estabilizar la eterna guerra en Irak, y la influencia que ha tenido Irán a través de los insurgentes chiitas que luchan contra la presencia militar estadounidense. En este sentido, Irán sería visto como el “Pakistán del Golfo: “Un estado cuya cooperación es absolutamente necesaria para resolver los problemas regionales pero a quien no se puede presionar ni sancionar. Y en Wash-

ington saben mejor que nadie cuánto más fácil hubiera resultado la lucha contra el terrorismo y la guerra de Afganistán con un Pakistán más cooperativo” [Takeyh, 2007:17-32]. Es decir, la desconfianza de Washington contra Pakistán es igual contra Irán, es una visión muy obtusa de la política exterior estadounidense, que al parecer hasta el momento se mantiene tal cual.

La consecuencia menos deseable y, a la vez, la más probable, de una nuclearización de Irán sería la inyección de inestabilidad que supondría sobre una zona en la que la estabilidad del *statu quo* sufre sacudidas cada vez que sube o baja el precio del petróleo y las guerras inconclusas en Irak y Afganistán, son elementos de inseguridad que obligarían a otros países a buscar la opción nuclear. De hecho, Arabia Saudita ya ha amenazado con desarrollar un programa nuclear si Irán culmina suyo. Frente a una situación como esta, el efecto dominó sería indetenible por razones de seguridad nacional. También Egipto ha realizado tentativas infructuosas en el pasado, y la decisión iraní es un incentivo indudable para continuar la senda abandonada. Turquía, que aspira a convertirse en potencia regional, no podría quedarse atrás, sobre todo cuando aspira a que Occidente reduzca su influencia en el Medio Oriente para asumir la suya (*de Turquía*)

Otra consecuencia no deseada es que supondría poner armas nucleares en un Estado que ha reconocido abiertamente promover y financiar a grupos considerados, controversias aparte, como terroristas a nivel internacional. Si el principal motivo de la invasión de Irak fue impedir la casi inconcebible posibilidad de que Saddam suministrara armas de destrucción masiva a Al-Qaeda en un contexto de histeria nacional y armas que nunca fueron encontradas, lo mismo hace Occidente al pensar de que Irán haga lo propio con Hezbollah, recientemente incluida en la lista de grupos terroristas de EEUU y la Unión Europea, quienes cedieron a la presión de Israel. Así, Israel tendrá libre elección de atacarlos haciendo otra guerra como la que hizo contra el Líbano en 2006 y que destruyó el país innecesariamente. ¿En qué situación coloca este hecho a los países enemigos de Irán, particularmente aquellos con importantes minorías chiitas en su territorio?

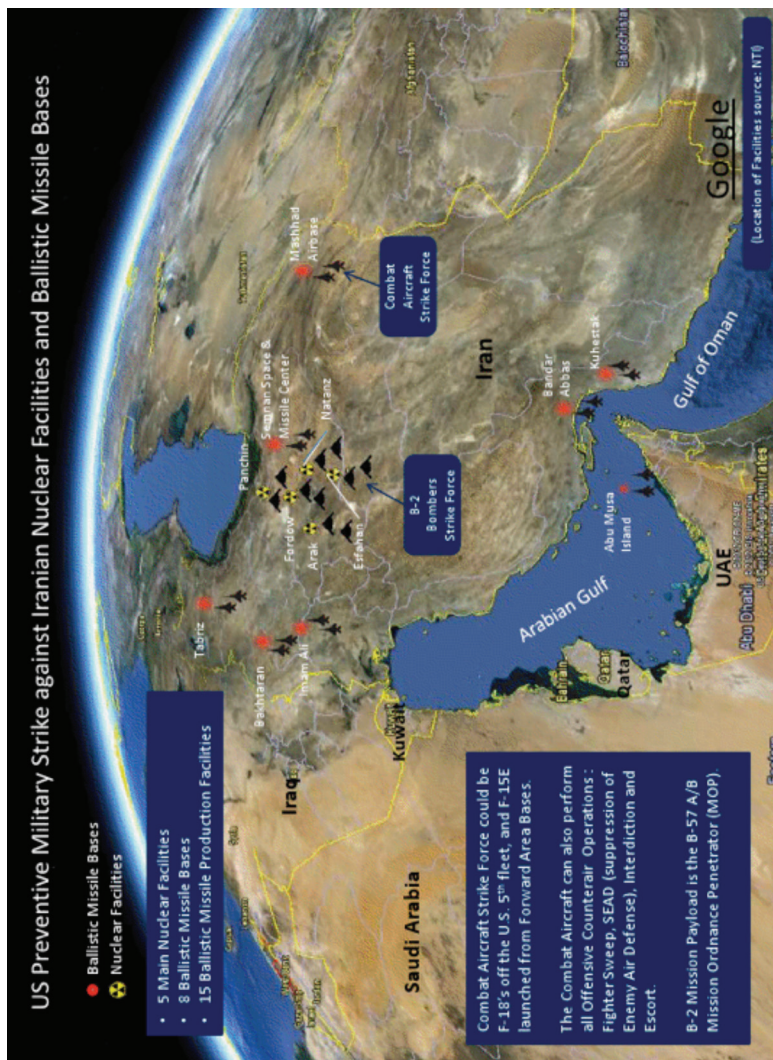
El poder nuclear también haría de Irán el poder dominante de Oriente Medio. Con una población de setenta millones de habitantes frente a los setenta millones de toda la Península Arábiga combinada, con las fuerzas armadas convencionales más potentes de la región y con poder nuclear, Teherán se erigiría como un país hegemónico regional. Por otra parte, una casualidad histórica ha propiciado que las principales reservas de petróleo de la región se concentren en regiones de mayoría chiita. Es el caso del noreste de Arabia Saudí, el sureste de Irak y de Bahrén. Este hecho coloca la estabilidad no sólo política sino también energética de la región en las manos de Irán.

Teherán podría, finalmente, contemplar la opción de transferir su tecnología nuclear a terceros. La posibilidad no es halagüeña: ¿Qué perspectivas de éxito tendría hoy la población civil en su oposición hacia Al Assad si Damasco tuviera armamento nuclear? La perspectiva de aprender a convivir con un Irán nuclear no resulta una opción muy atractiva para Occidente, ya que las pocas alternativas que restan sobre la mesa pueden resultar ineficaces en un contexto en el que el tiempo constriñe el abanico de opciones y en el que la perspectiva de una posible guerra se cierne amenazadora sobre la región.

Escenario A: De ataques quirúrgicos a la intervención militar.

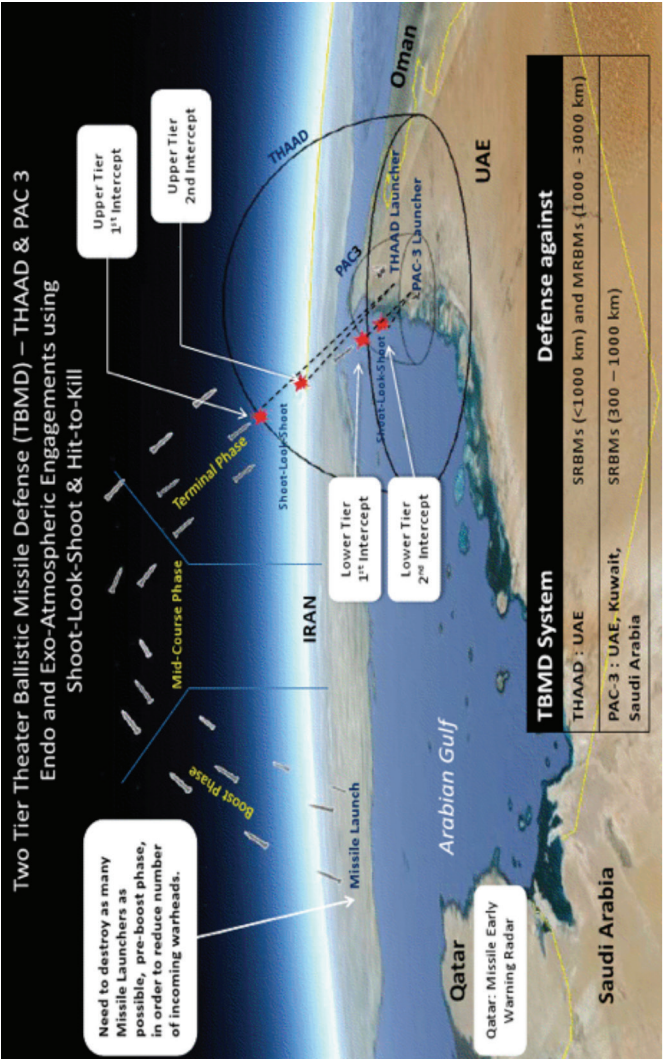
Desde hace dos años se advierte que una de las opciones que se barajan para frenar a Irán es la posibilidad de que Israel, Estados Unidos, o ambos de forma conjunta, ejecuten una intervención armada contra una serie de objetivos considerados estratégicos para el desarrollo del programa nuclear iraní. De llevarse a la práctica, sería sin duda una operación extremadamente compleja. Desde un punto de vista militar, los analistas parecen coincidir en que Israel y EEUU no son capaces de llevar a cabo un ataque semejante, no lo pueden hacer, EEUU en particular está con una guerra irresuelta en Irak y Afganistán. Sin embargo, hay escenarios previstos (ver mapas: 1, 2, 3, 4, 5, 6).

Mapa No. 1



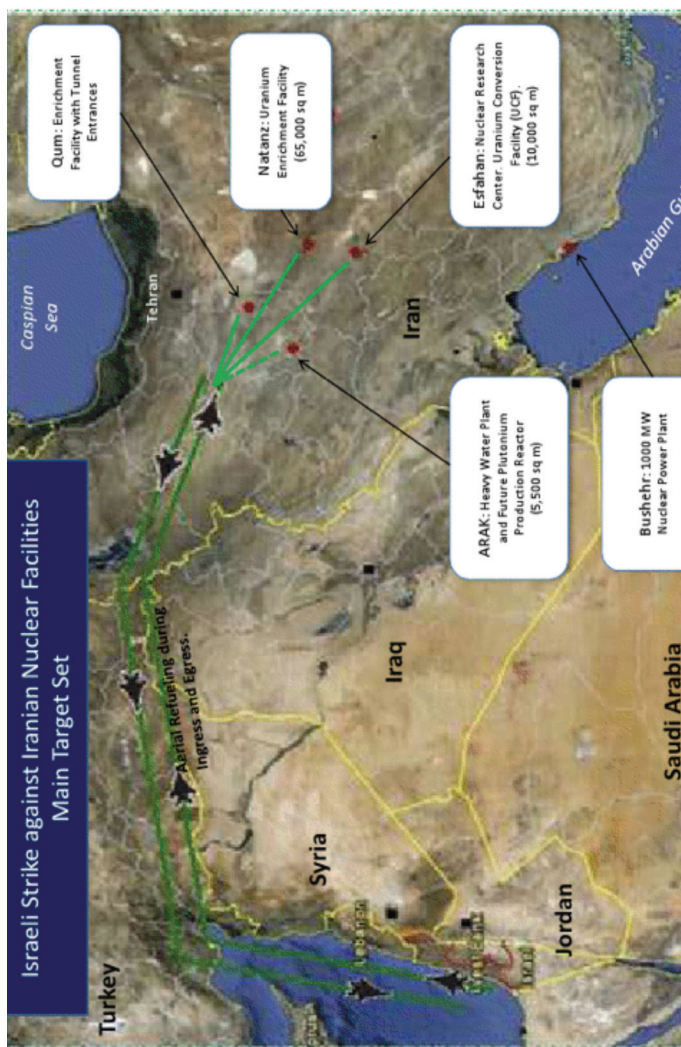
Fuente: Stratfor

Mapa No. 2



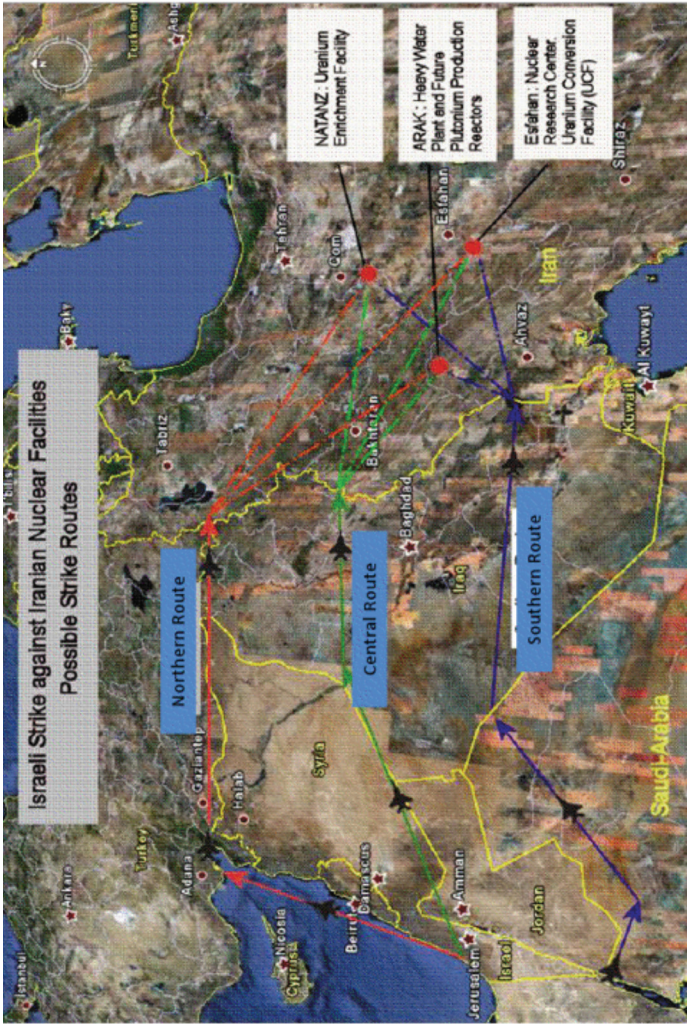
Fuente: Stratfor

Mapa No. 3



Fuente: Stratfor

Mapa No. 4



Fuente: Stratfor

Mapa No. 5



Fuente: Stratfor

Mapa No. 6



Fuente: Stratfor

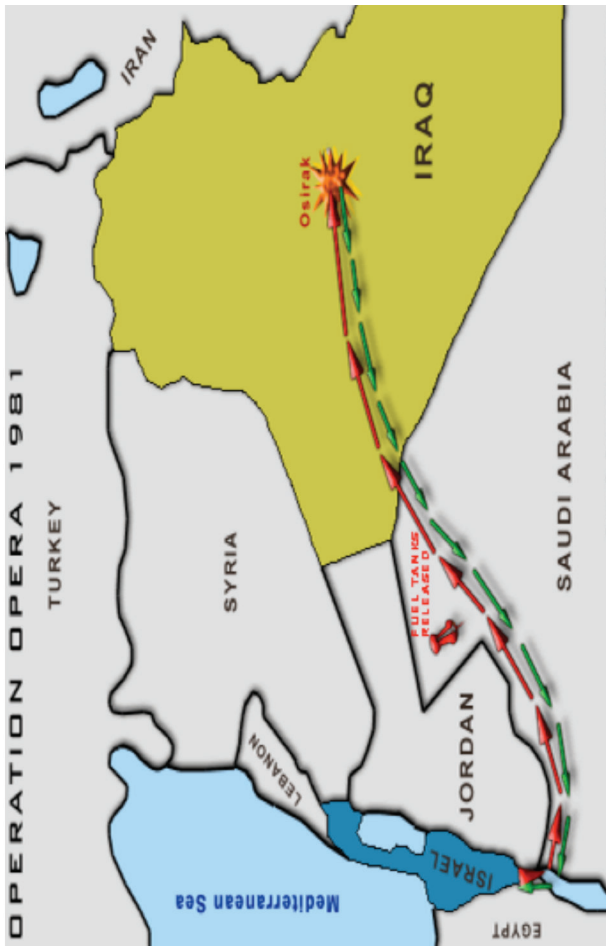
Michael Hayden, director de la CIA durante la Administración Bush, ha afirmado recientemente que “los israelíes no van a [atacar Irán]...no pueden hacerlo, está más allá de sus capacidades” [Ferguson & Allison, 2010: 90-101]. Una buena prueba de ello es que, probablemente, si fueran capaces de llevar a cabo un ataque, ya lo habrían hecho. Estados Unidos, en cambio, sí podría hacerlo. Pero en el caso de Washington las constricciones son políticas. Otro factor que restringe la libertad de acción estadounidense es la presencia de inspectores de la OIEA realizando trabajo de campo en las instalaciones nucleares iraníes. Ninguna operación militar puede realizarse con agentes internacionales en las instalaciones marcadas como objetivos para ser destruidos.

Por otra parte, el contexto militar no parece el más adecuado para emprender una acción semejante. La máxima de Abraham Lincoln de: “sólo una guerra a la vez, por favor” ha quedado grabada en las conciencias norteamericanas desde la pesadilla estratégica vivida durante los años más duros, no de la guerra global contra el terrorismo, sino de la guerra de Estados Unidos contra el terrorismo global. Eso de “solo una guerra a la vez, le recuerda a EEUU el desgaste que implica varios frentes de guerra abiertos en este momento. La perspectiva de afrontar un conflicto en Oriente Medio con 80.000 efectivos en Afganistán se encuentra sencillamente fuera de la realidad; no es viable ni política ni económicamente. En 2014, con la retirada definitiva de Estados Unidos del país centroasiático (*Afganistán*), se abren nuevas perspectivas, aunque para entonces, si nada cambia, la función de las tropas en caso de ser desplegadas en Oriente Medio ya no sería para la disuasión sino para la contención. La operación también sería compleja desde el punto de vista logístico y operativo.

A diferencia de la *Operación Ópera*, también conocida como Operación Babilonia y Operación Ofra, que fueron ataques aéreos realizados por Israel contra la planta nuclear de Osirak en Irak en 1981, un ataque similar sobre objetivos iraníes son más numerosos y están distribuidos por la amplia geografía iraní, algunos de ellos bajo tierra y otros, como Fordow, en la ladera de una montaña. Algunas instalaciones están construidas cerca de

núcleos urbanos, lo que imposibilitaría a los guerreristas occidentales, incluido Israel de atacar efectivamente sin prever bajas civiles, lo que les valdría la condena internacional. Estados Unidos carece, además, de toda la información necesaria sobre las instalaciones para que el daño sea óptimo (ver mapa 7)

Mapa No.7



Fuente: Wikipedia

Mapa No.8



Fuente: Texas University Map Collections

Por otra parte, cabe suponer que el ataque no sería definitivo. Las bombas, por potentes que sean, no pueden destruir el *know-how* que Teherán ya ha adquirido [Joffe & Davis, 2011: 7-13]. Tampoco sería altamente devastador debido a la naturaleza de las instalaciones por lo que su eficacia debe interpretarse como un *short-term fix*, es decir, como la capacidad para detener el primer reloj que se hacía mención anteriormente y ganar tiempo para abordar otro enfoque, pero no como una solución definitiva. En qué condiciones quede la voluntad de Teherán de afrontar ese “otro enfoque” tras el ataque no parecen inquietar mucho a los partidarios de los fuegos artificiales en Washington y Tel-Aviv. Sin embargo y pese a las previsiones iraníes, las áreas sensibles captadas por satélite es su principal preocupación (ver mapa 8)

De acuerdo con los precedentes históricos, una hipotética intervención armada, según el profesor de Georgetown Colin H. Kahl, galvanizaría a la población iraní a favor de su régimen: “Lo único que podría unificar las facciones de las élites dentro del régimen de forma contraria a nuestros intereses y al mismo modo unir a la sociedad iraní en su apoyo al régimen, es un ataque estadounidense o israelí, sin la participación de nadie más” [Chubin, 2008: 220]. Otros factores considerados serían la ausencia de legitimación de la intervención bajo el prisma del Derecho Internacional, puesto que la autorización de China a una resolución que contemple el uso de la fuerza parece hoy lejana. Así fue en la Operación Ópera que, en lugar de disipar las intenciones iraquíes, convirtió el desarrollo de un programa nuclear en la prioridad número uno para Saddam Hussein. Finalmente, el escenario debe tener en consideración las represalias que podría adoptar Irán y a las que tendría derecho en legítima defensa, que se verían probablemente agravadas por el hecho de que no existen canales directos de comunicación entre las partes.

El cierre de Ormuz: un error estratégico colosal

Pese a que las incesantes amenazas iraníes de cerrar el tráfico del estrecho de Ormuz, paralizando de este modo una vía marítima por la que circula el 20% del petróleo mundial, se han venido repitiendo en meses recientes como reacción frente a una hipotética intervención militar, el actor que resultaría más perjudicado por dicho cierre sería el propio Irán, y por ello no llevará la amenaza a la práctica. Su principal competidor, Arabia Saudita, conocedor de su vulnerabilidad, ha construido un oleoducto que, desembocando en el Mar Rojo, le permite suministrar seis millones de barriles de crudo a los mercados internacionales en el caso de que Ormuz resultara intransitable. Otros países del Golfo han emprendido proyectos similares, aunque aún se encuentran en construcción, esto tendería a aislar a Irán y de su importancia en el mundo petrolero.

Irán, sin embargo, no dispone de ninguna otra alternativa geográfica para transportar los 2,5 millones de barriles que exporta diariamente, por lo que vería sus ingresos reducidos a cero. Además, Teherán es importador neto de gasolina y de otros productos derivados del petróleo, por lo que al cortar el tráfico en Ormuz estaría poniendo en peligro su propio suministro de combustible (ver mapa 9). Otro problema añadido resulta del hecho de que el 85% del petróleo que atraviesa el estrecho de Ormuz tiene como destino Asia. Un bloqueo supondría, además de la ruina económica de Teherán extender el problema a China, India, Japón o Corea del Sur, aumentando las opciones de que se desarrolle una gran coalición internacional contra la República Islámica. Las posibilidades en este sentido aumentan al considerar que un bloqueo tal sería considerado como contrario al Derecho Internacional y probablemente condenado en el Consejo de Seguridad.

Mapa No.9



Fuente: OIEA

Es indudable que la reacción de Occidente sería interpretar el bloqueo como un *casus belli* y recurriría a la fuerza. Esto supondría el uso de capacidad de guerra asimétricas por parte de Irán: lanchas lanzacohetes, baterías costeras de misiles de crucero, mini-submarinos y las minas pueden ralentizar las operaciones por un espacio de tiempo limitado, pero que no podrían detener el poder militar arrollador de los Estados Unidos.

Cabe concluir, por tanto, que una decisión semejante resulta altamente improbable y, de llevarse a la práctica, sería desastrosa para los intereses de Teherán: Provocaría la hostilidad de China y las demás potencias asiáticas, su ruina económica, la devastación militar y una pérdida inmensa de prestigio, imagen y reconocimiento internacional. Es así como “la hipótesis del bloqueo es tan lejana a la realidad que cuando las declaraciones del vicepresidente iraní Mohammed Reza amenazaba con su cierre, el precio del crudo bajó en los mercados internacionales. Un bloqueo del Estrecho de Ormuz sería vista por Occidente, en definitiva, como una nueva invasión a Kuwait en los noventa” [Lindsay & Takeyh, 2010: 33-49].

Existen, sin embargo, otras represalias a las que Teherán podría recurrir en un escenario semejante. Por ejemplo, una estrategia deliberada de aumento de los precios del crudo es una hipótesis mucho más factible e inteligente, ya que provocaría daños en sus oponentes a la vez que beneficios propios. Occidente necesita precios bajos para reactivar su economía. Irán puede forzar los precios al alza mediante amenazas de cierre de Ormuz, desestabilizando los centros petrolíferos de los Estados de su entorno o mediante una estrategia similar a la ya empleada denominada como *Tanker Wars* de mediados de los ochenta. Es decir, ataques selectivos secretos a cargueros y superpetroleros con el objeto de aumentar el costo de los seguros marítimos y, con ello los precios mundiales del crudo.

Pero si la reacción ha de tener un componente militar, Afganistán e Irak y no el estrecho de Ormuz son los escenarios donde probablemente se sentirían sus efectos. Según Bruce Riedel, “Una de las maneras en las que Irán puede hacernos daño y de la que no se habla mucho es su capacidad para atacarnos en

la guerra de Obama en Afganistán. Desde por qué desde la invasión de EEUU a Irak, hubo en el Medio Oriente un reacomodo de las fuerzas y bases militares estadounidenses con la finalidad de “cercar” a Irán (ver mapa 10). Los iraníes ya están excelentemente situados para hacer la guerra en Afganistán, que ya es bastante complicada, un escenario imposible” [*Biddle, Christia & Thier, 2010: 48-60*]. No es un secreto para nadie que Irán tiene una enorme capacidad de influencia en la estabilidad de ambos vecinos, influencia a la que no ha dudado en recurrir en el pasado.

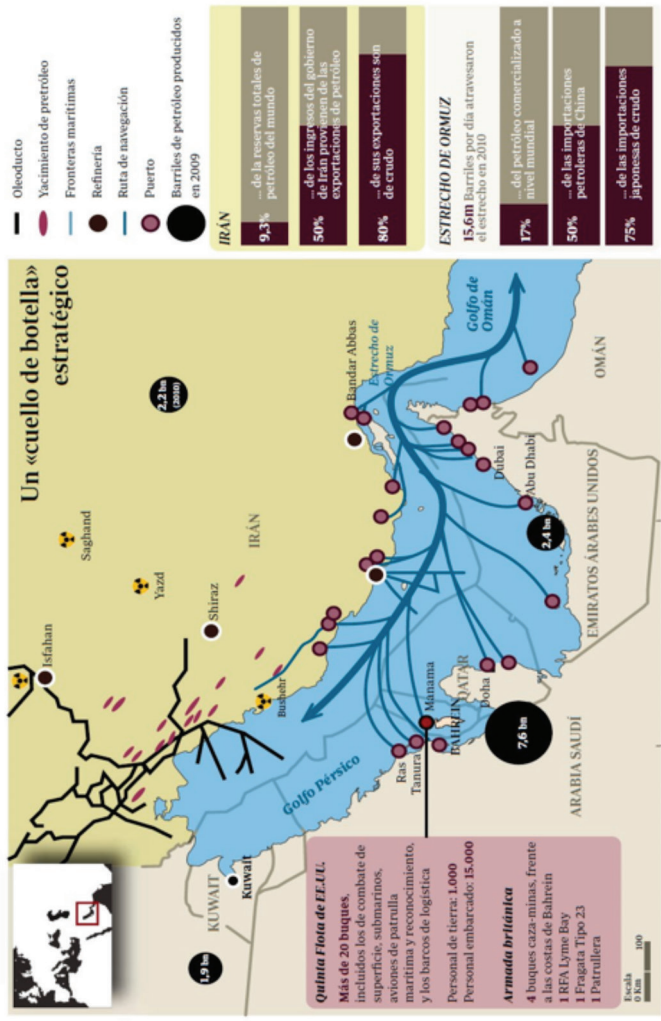
Irán probablemente combinaría estas acciones con una lluvia de misiles *Scud* hacia Israel y las bases norteamericanas en la zona y con un aumento de las operaciones terroristas. Éstas podrían llevarse a cabo por sus enlaces con Hamas o Hezbollah o por su excelente red de información y espionaje en el extranjero, que opera incluso en Estados Unidos en el frustrado atentado contra el embajador saudí, responsabilidad atribuida a Irán, y que recientemente ha protagonizado atentados en Bangkok contra intereses israelíes. Tampoco es descartable la perspectiva de que un Irán furioso por el ataque adopte la decisión de proporcionar a sus vínculos terroristas armamento nuclear en el caso de que consiguiera desarrollarlo en un futuro.

En vista de los condicionantes, parece evidente que el escenario de la intervención militar contra Irán no es satisfactorio desde un punto de vista estratégico: No pone fin a la amenaza y no soluciona el problema, supone un riesgo alto de represalias, reduce los incentivos de Irán a cooperar en el marco de otras iniciativas, aumenta los incentivos de Teherán a desarrollar armamento nuclear y, finalmente, facilita la expulsión de los inspectores de la OIEA y su posible salida del TNP, reduciendo los instrumentos actuales de información y control sobre el desarrollo de su programa nuclear. En palabras de Michael Hayden: “[Atacar Irán] garantizaría lo que estamos intentando prevenir, un Irán que no repararía esfuerzos en construir una bomba nuclear y que podría construirla en secreto”. La prudencia recomienda, por tanto, considerar el resto de opciones sobre la mesa.

[illegible]

Y el Estrecho de Ormuz se convertiría en un escenario que a nadie la conviene (ver mapa 11)

Mapa 11



Fuente: Texas University Map Collections

Escenario B: De sanciones a guerra encubierta

Para entender este segundo escenario es necesario rebuscar un poco en la historia, ya que éste tiene sus orígenes en el año 2006, cuando la Administración Bush, empantanada en dos guerras en Afganistán e Irak, asumió su incapacidad de lidiar con el problema iraní por la fuerza, declarado por administración como parte del nuevo eje del mal junto con Corea del Norte. Como en el libro “Las Guerras de Obama” [Woodward, 2010: 430], uno de los catorce programas de acciones encubiertas que Obama heredó de la Administración anterior fue el de “parar o impedir que Irán desarrolle armas nucleares”.

El programa tiene un enfoque multidimensional.

Uno de sus objetivos es sabotear el programa nuclear iraní mediante acciones clandestinas como el asesinato de científicos o la transmisión de virus informáticos estilo *Stuxnet*, limitando los incentivos de Teherán de seguir adelante con el proyecto, eventos que ya han ocurrido.

Por otra parte, comprende una serie de acciones encaminadas a prestar apoyo a facciones internas de Irán con el objeto de promover un cambio de régimen desde dentro. Sin embargo, la oposición iraní no fue capaz de sacudir los cimientos del régimen con la fuerza suficiente durante las protestas pos electorales de 2009 y en la actualidad el Movimiento Verde parece completamente desaparecido del panorama político del país. Es posible, en todo caso, que las perspectivas de éxito se incrementen con las elecciones legislativas de marzo si la sociedad iraní percibe que el desajuste de los resultados electorales con la realidad es acusado.

Los objetivos del movimiento de oposición están muy centrados en la política interna, pero algunas de sus críticas al actual régimen conectan con la política exterior. Por ejemplo, los reformistas son conscientes del aislamiento internacional que sufre el país y del trasvase de recursos para financiar organizaciones como Hezbollah y Hamás. Es por ello que “en plena crisis económica interna, una crisis que se arrastra desde la guerra con

Irak pero que se ha visto agravada por las sanciones internacionales y por la recesión global, prefieren redirigir esos recursos a paliar las necesidades de los desfavorecidos” [Meneses, 2010]. La situación podría empeorar, ya que Ahmadinejad presiona para recortar los subsidios a los bienes básicos, una medida que acabaría con la lealtad de las clases bajas hacia el presidente ultraconservador.

Por último, el tercer y más importante pilar de la estrategia pasa por promover y potenciar las sanciones económicas internacionales al régimen iraní. Entre el elenco de medidas adoptadas para incrementar la presión sobre Teherán y forzar al gobierno iraní a volver a la mesa de negociación destacan un embargo internacional al crudo iraní, la retención de los activos de su banco central en el exterior y prohibiciones de exportación de material susceptible de ser utilizado para desarrollar su programa nuclear.

Según el especialista Daniel Yergin, la situación energética iraní es asombrosa, ya que “el país tiene las segundas mayores reservas mundiales de gas y las cuartas de petróleo”. “Sin embargo, la producción iraní de crudo ha pasado de seis millones de barriles en tiempos del Shah a una cifra que actualmente se ha estabilizado en torno a los cuatro millones. De esos cuatro millones, dos millones y medio se destinan a la exportación. “El desajuste entre sus inmensas reservas probadas y el bajo nivel de producción es un reflejo de las lamentables condiciones de sus sectores industriales del petróleo y del gas” [Yergin, 2010]. La reinversión de ingresos derivados de los hidrocarburos en los sectores de petróleo y gas es muy baja, y esa falta de inversión actúa como contingente de su capacidad de producción.

El sector tiene un déficit sustancial en su capacidad de refinamiento, lo que lleva a Teherán a importar casi la mitad de la gasolina que consume, y es un importador neto de electricidad. Para completar el panorama, los subsidios de la gasolina suponen un gasto inasumible para Teherán, que tuvo que aplicar un programa de racionamientos en 2007. Además, “en el terreno del gas, la situación es aún peor. Con las segundas reservas mundiales, Irán es importador neto de gas, no dispone de tecnología de gas natural licuado y sus exportaciones se reducen a los países

de su entorno más próximo” [Meneses, 2010]. Resulta evidente que el sector afronta una necesidad imperiosa de financiación y de tecnología, necesidad que, como es natural, se agudizará con el paso del tiempo.

En este contexto, las sanciones han impedido la entrada de divisas y de tecnología extranjera, agravando la situación. En este sentido, es razonable pensar que las sanciones económicas están dando resultados [Yergin, 2010].

1. Estados Unidos es probablemente el actor menos representativo, puesto que no consume petróleo iraní, pero ha congelado los activos del Banco Central iraní.
2. La Unión Europea, segundo comprador mundial (18%), ha anunciado un embargo total del petróleo iraní que entrará en vigor en julio de 2012.
3. China, primer comprador (20%), no ha apoyado el embargo pero ha disminuido sus compras de gas iraní en los últimos meses debido a supuestas desavenencias comerciales. Es probable que reciba petróleo con descuento de Teherán.
4. Japón (16%), tercer comprador y favorable en principio al bloqueo, encadena varios meses con rebajas en el volumen de petróleo iraní
5. India (14%), cuarto comprador, ha manifestado que no puede hacer frente a la diversificación que implicaría el bloqueo y, probablemente, recibe petróleo con descuento.

Los especialistas no descartan la posibilidad de que China, Japón o la India se encuentren ganando tiempo mientras llevan a cabo la diversificación previa al embargo. Es destacable, en este sentido, la voluntad de Arabia Saudita, también proclive al embargo contra Irán, de aumentar unilateralmente la producción de crudo en este contexto que una reducción en la producción dispare los precios internacionales. Si bien desde un punto de vista exclusivamente económico parece sensato afirmar que las sanciones parecen ser un instrumento eficaz, otros puntos de vista también parecen avalar los buenos resultados. Por un lado, son medidas que no escalan el conflicto o al menos no al

nivel al que lo haría una intervención militar. A diferencia de esta última, son sostenibles en el tiempo, y su aplicación podría continuar incluso más allá del momento en el que se acabe el tiempo del primer reloj. Otro factor positivo es que su puesta en práctica no disminuye la eficacia de otros enfoques, como el militar, sino que, por el contrario, se retroalimenta, ya que “cuanto más se resienta la situación económica, más aumentará la insatisfacción ciudadana que podría, eventualmente, levantarse contra el régimen y su eficacia no reside en su capacidad de ganar tiempo, sino en explotar una debilidad del adversario ante la excesiva dependencia de los ingresos del petróleo que afectarían tanto su percepción de aislamiento internacional como su estrangulamiento económico” [Lewis, 2012]. Desde un punto de vista teórico, las sanciones económicas suponen la prueba de que la economía es más poderosa que el uso de la fuerza en las relaciones internacionales del siglo XXI.

Fareed Zakaria ha explicado los efectos de este escenario de una forma muy ilustrativa: “La verdadera historia de lo que ocurre sobre el terreno es que Irán es débil y se está volviendo cada vez más débil. Las sanciones han hecho caer en picado la economía. El sistema político está fracturado y fragmentado. En el exterior, Siria, su aliado más fiel, únicamente apoyado por el propio Irán, se desmorona. Las monarquías del Golfo se han unido contra Irán y han mejorado sus relaciones con Washington. Irán se enfrenta a la posibilidad real de un descalabro económico” [Zakaria, 2012].

Ante esta perspectiva tan poco halagüeña, el Presidente Ahmadinejad se ha apresurado a anunciar que Irán ha aceptado la propuesta de la Unión Europea para reanudar las negociaciones sobre su programa nuclear. Si éstas terminaran en acuerdo, los precedentes apuntan a lo contrario mientras que el tiempo juega a favor del entendimiento, la solución pacífica tendría consistencia histórica, pues el único Estado que ha desarrollado armas nucleares y que posteriormente ha decidido desmantelarlas fue la República de Sudáfrica y que también puso fin al mismo con una combinación de negociación y sanciones.

Una solución negociada al programa nuclear iraní es una alternativa preferible a una intervención militar, cualquiera que sea su naturaleza. Sin embargo, tampoco resuelve el problema. De hecho, la solución al problema nuclear iraní nunca tuvo nada que ver con el programa nuclear iraní. Lo que está en juego es un asunto considerablemente mayor. El papel geopolítico de Irán en la nueva situación de Oriente Medio y una reformulación radical de su relación estratégica con los Estados Unidos. ¿Puede Estados Unidos acomodar los intereses iraníes en la región? ¿Es posible un acercamiento entre *El Gran Satán* y el *Eje del Mal*?

Si bien la vía militar no es la solución al problema iraní y que el mejor instrumento con el que cuenta Occidente para lidiar con el programa nuclear de Teherán es un escenario que combine la guerra encubierta, el patrocinio de las fuerzas de la oposición y la dureza de las sanciones económicas. Sin embargo, esta estrategia de presión, pese a que puede resultar eficaz para devolver a Irán a la mesa de negociación, no es ni eficaz ni conveniente para abordar la situación de Teherán en un contexto más amplio; es decir la estabilidad de Oriente Medio y el papel que debe jugar Irán en la región que sin duda competiría con la de Turquía, Estados Unidos, Israel y Arabia Saudita; y más lejanamente China y Rusia. La solución al problema nuclear iraní pasa por un gran acuerdo con Washington. Y para conseguir acomodar los intereses iraníes en la zona se requiere algo más que un enfoque basado en sanciones. Es necesaria una completa redefinición estratégica de la región.

Irán busca su lugar en la región

Durante décadas, bajo el gobierno del Shah, Irán compitió con Arabia Saudita para demostrarle a Estados Unidos quién era el actor en el que podía realmente confiar en la región. Naturalmente, la batalla se libró en los campos petrolíferos y, más concretamente, aumentando la capacidad de producción. “Empresas británicas y norteamericanas monopolizaban las concesiones y un flujo de petrodólares llenaba las arcas iraníes, generando en el país un ambiente de euforia y desenfreno económico”. “El Shah

creó un sistema que sólo era capaz de defenderse y totalmente incapaz de satisfacer las necesidades de su pueblo. Esta fue su mayor debilidad y la auténtica causa de su fracaso final. La base psicológica de semejante sistema no era otra que el desprecio que sentía el monarca por su propio pueblo y el convencimiento de que siempre se podía engañar a súbditos ignorantes prometiéndoles muchas cosas” [Kapuscinski, 2007].

En los años setenta, los ingentes beneficios derivados de la crisis del petróleo y el vacío de poder resultante de la salida del Reino Unido de los actuales Emiratos Árabes Unidos en 1971 llevaron a Irán a intentar asumir el rol de policía regional. Lamentablemente para Teherán, su vecino Saddam Hussein en Irak albergaba intenciones parecidas. Sus ambiciones se vieron truncadas por el profundo rechazo internacional que suscitó tanto la revolución islámica de 1979 como el episodio posterior de la captura de los rehenes norteamericanos. También por la consiguiente una sangrienta guerra con Irak, que se prolongó entre 1980 y 1988, y en la que los persas resultaron más perjudicados.

Tras la muerte del Ayatolá Ruhollah Khomeini en 1989, Alí Khamenei encaró el nuevo orden mundial perseverando en la estrategia de acumulación de poder regional. Su élite política interpreta que la actual debilidad del país y heredero del imponente Imperio Persa es, al igual que en el caso de la China del siglo XIX, fruto de una inconsistencia histórica. En este contexto, Irán emprendió una serie de acciones encaminadas a recuperar su influencia perdida. Su apoyo a grupos denominados terroristas como Hamás en Palestina o Hezbollah en Siria y Líbano, así como la creación de las fuerzas clandestinas Quds [La Nación, 2011], el brazo armado de la Guardia Revolucionaria, le llevaron a ganarse el mote de “el patrocinador de terrorismo de Estado más peligroso del mundo” por parte de George H. W. Bush en 1993. Vale hacerse la pregunta: ¿Y dónde queda Estados Unidos o Israel cuando a través de sus aparatos inteligencia han aplicado las mismas estrategias contra otros Estados o personalidades políticas? incluso, ¿dónde quedan las matanzas de estos países en nombre de la “democracia” y la “seguridad”?

El programa nuclear iraní avanzó de forma sustancial gracias a la red clandestina de A.Q. Khan. Se destinó mucho dinero a la actualización de las fuerzas armadas convencionales y se desarrollaron los primeros planes de contingencia en el Estrecho de Ormuz, acompañados de maniobras militares regulares. A medida que su red internacional de terrorismo e inteligencia mostraba al mundo sus sorprendentes capacidades de desestabilización regional, la política exterior del régimen iraní se volvía más y más enérgica. Las posiciones acerca de Estados Unidos en este nuevo régimen estaban divididas. Por una parte, el Presidente Rafsanjani era favorable a un acercamiento con Washington, con el que Irán no mantiene relaciones desde 1979. El Ayatolá Khamenei, por el contrario pensaba que el único interés que albergan los norteamericanos respecto de Teherán es el cambio de régimen [Takeyh, 2007: 17-32], que no dista de ser verdad. En 1995, Irán realizó un gesto de acercamiento ofreciendo la primera concesión petrolífera extranjera a CONOCO, una empresa norteamericana. Clinton desestimó el acuerdo alegando la naturaleza terrorista del régimen iraní y que nada que hiciera el régimen sería de la complacencia de Washington. Sin duda la posición de Washington es solamente aceptar a un Irán sin el régimen teocrático.

Así en 1997, la presidencia del reformista Mohammed Khatami pareció abrir nuevas perspectivas a un entendimiento. Pero Khatami tuvo que hacer frente a una fuerte oposición interna que conseguiría neutralizar sus políticas y dicho acercamiento no llegaría a cristalizar.

Un nuevo escenario

Mientras que Nueva York apenas se sacudía del polvo de la caída de la Torres Gemelas, a los estrategas norteamericanos no debía resultarles ajena la idea de las dificultades que entrañaría una ocupación militar de Afganistán realizada sin la connivencia de Teherán. A su vez, al otro lado del mundo, las percepciones eran similares. Estados Unidos quería deshacerse de los talibanes. Irán también, pues los consideraba un instrumento sunita-wahabita

del Inter-Agencies Intelligence pakistaní (*por sus siglas ISI*) y de Arabia Saudita. Además, Irán sabía que Estados Unidos se marcharía de la zona, dejando un vacío de poder al que no iban a renunciar. Según George Friedman, tras una serie de contactos indirectos, un acuerdo secreto se firma a finales de septiembre donde Irán se compromete a que Ismail Khan (*un antiguo comandante mujaidín en Afganistán*) y sus facciones chiitas apoyen los ataques, a controlar sus fronteras para evitar el paso de terroristas de Al-Qaeda y a mantener la estabilidad [Marsden, 2000: 163]. Por su parte, Estados Unidos se comprometía a crear un gobierno autónomo y a ceder a los líderes chiitas el control sobre sus provincias, creando de este modo una suerte de Estado tapón chiita entre Irán y el Afganistán sunita.

La razón de por qué estos contactos era que las partes desde hacía más de veinte años no cristalizaron en una normalización de las relaciones. En enero de 2002 Israel interceptó el buque Karine-A, en el que Hezbollah transportaba cincuenta toneladas de armamento con destino a Gaza (ver foto No. 1).

Foto No. 1



Fuente: Wikipedia

Ese mismo año, se descubre la planta de enriquecimiento secreta de Natanz, revelando al mundo un ambicioso programa nuclear que, sospechosamente, se había mantenido en secreto hasta entonces en Irán. En la toma de posesión como presidente

de Estados Unidos, George W. Bush incluiría meses más tarde, a Irán en su Eje del Mal junto con Irak y Corea del Norte, sepultando por más de ocho años el proceso de diálogo con el país persa. La invasión de Estados Unidos a Irak, obligaría a Irán a acelerar el desarrollo nuclear con el fin de defenderse de una invasión estadounidense, si fuera necesario, opción que sigue en la mesa del Pentágono, ayudado por su aliado Israel.

Paradójicamente años después de la invasión en Irak, la administración se vería obligada a que Irán tomara de algún modo parte en la operación, ya que no era una opción, sino una necesidad. Con una población iraquí compuesta en un 60% por chiitas, Estados Unidos necesitaba la aceptación de Teherán. Afortunadamente para Washington, los iraníes contemplaban la posibilidad de una ocupación norteamericana de Irak positivamente. La contención de Irak se había convertido, tras el conflicto de los años ochenta, en su principal prioridad de seguridad nacional. Y, al igual que dos años antes, Irán sabía que “Estados Unidos abandonaría Irak eventualmente y, como consecuencia, ellos estarían ahí para ejercer su influencia más tarde”. Pues bien, Estados Unidos se encuentra empantanado en Irak en una guerra que primero fue convencional para luego convertirse en una guerra de guerrillas dirigida por Moqtada al Sadr, un prominente líder religioso chiita iraquí que primero logró orden en las luchas de grupos religiosos y luego como líder de la resistencia iraquí contra la ocupación estadounidense.

Cuando en el año 2004 se forma el nuevo gobierno iraquí e Irán interpreta que el reparto de poder entre chiitas y sunitas y kurdos no se correspondía con las condiciones acordadas con Washington, Teherán comenzó a insuflar chiitas insurgentes en Irak y la Casa Blanca se enfrentó a una realidad que había tratado de evitar. La estrategia de la Administración Bush había colocado a Estados Unidos en una situación excesivamente dependiente de Irán para decidir sobre los asuntos de la guerra en Irak como en Afganistán. Y los iraníes supieron jugar sus cartas, inflamando el país en un conflicto de baja intensidad que se prolongó hasta que la estrategia de contrainsurgencia del Ejército de EEUU, que permitió introducir estabilidad y confianza [Petraeus, Amos &

Nagl, 2007: 420]. Otra consecuencia importante fue que, con la mayoría de sus tropas comprometidas en otros escenarios, Estados Unidos ya no estaba en condiciones de amenazar militarmente a Irán. Es en este contexto cuando nace la estrategia de sanciones y guerra sucia comentada anteriormente.

Esta vez desde una posición de fuerza, sería Alí Khomeini quien rechazaría, en varias ocasiones durante aquellos años, ofertas para entablar un diálogo directo con Washington. La mutua hostilidad entre ambos y el endurecimiento de la retórica provocaron una radicalización de la opinión pública iraní que culminaría con la elección de Mahmoud Ahmadinejad como Presidente de Irán en 2005. Dada la inflamatoria retórica de Ahmadinejad y de la aversión fanática de George W. Bush a quienes considera enemigos de la libertad, las relaciones no pudieron sino más que deteriorarse durante el segundo mandato del Republicano. La llegada de Barack Obama a la Casa Blanca en 2009 vino acompañada de una oferta de diálogo para poner fin a treinta años de aislamiento y desarrollar “lazos constructivos”. Ahmadinejad, por su parte, correspondió a la gentileza con el envío de un mensaje al presidente Demócrata, vía Mohammed El Baradei. En él, el Presidente iraní se mostraba “dispuesto a entablar negociaciones bilaterales, sin condiciones y sobre la base del respeto mutuo”. El escenario de cordialidad parecía evocar los tiempos del conciliador Mohammed Khatami, en los que el entendimiento nunca pareció inalcanzable.

¿Qué espera obtener Irán?

Según expone George Friedman, el principal objetivo estratégico iraní es la supervivencia de su régimen, y su seguridad nacional depende de tres factores:

En primer lugar, Irán se siente amenazado por Estados Unidos. En Teherán, esta percepción se torna particularmente inquietante con ayuda de un mapa. “Consideremos la apariencia que presenta el mundo para Irán”, como afirma Fareed Zakaria: “Está rodeado por potencias nucleares tales como Rusia, China, India, Pakistán, Israel, y al otro lado de dos de sus fronteras se

encuentran estacionadas decenas de miles de tropas estadounidenses. El presidente de Estados Unidos ha declarado repetidas veces que considera ilegítimo el régimen de Teherán, desea derrocarlo y financia a varios grupos cuyos objetivos son similares” [Friedman, 2011]. En segundo lugar, Irán necesita un Irak débil para evitar una nueva invasión como la de 1980. Finalmente, Irán necesita que los chiitas sean la facción del Islam preponderante en el Golfo para evitar un conflicto con el Islam sunita o wahabita.

¿Qué espera obtener Estados Unidos?

Estados Unidos se enfrenta a un creciente grupos de países con poder regional que cada vez más condicionan el poder estadounidense. El objetivo de seguridad nacional de Washington en el Golfo Pérsico consiste en mantener constante o al alza el flujo de petróleo de Oriente Medio hacia los mercados internacionales en un contexto de retirada de tropas de la región para su despliegue en Asia.

Escenario C: El acomodo entre EEUU e Irán

El primer objetivo del grupo gobernante en Estados Unidos ha sido garantizar su propio abasto petrolero para el presente siglo, en donde resulta alarmante que, de acuerdo con analistas como Michael T. Klare, la gran potencia norteamericana aumentará la importación de petróleo de 24.4 millones de barriles diarios (mbd) que consume el día de hoy, a 37.1 mbd para el año 2020. Para ese año dos de cada tres barriles que se consuman en suelo estadounidense provendrán del exterior, lo que ha hecho que el tema de los energéticos se convierta en uno de los principales temas de seguridad nacional para el gobierno de Estados Unidos. La economía de este país difícilmente puede mantenerse en funcionamiento si el abastecimiento de hidrocarburos se encuentra controlado por regímenes opuestos a la hegemonía global de Washington. La realidad del siglo XXI hace que ante el colapso de un enemigo con capacidades económicas, políticas y militares de alcance mundial como alguna vez lo fue la Unión

Soviética, Washington se prepare ante la “amenaza de coerción o de agresión abierta contra sus intereses en las regiones clave por parte de Estados hostiles y provistos de una capacidad militar significativa”.

En otras palabras, la amenaza que percibe Estados Unidos en la actualidad es de países considerados como “competidores de capacidad equiparable” que en un futuro pueden cuestionar la hegemonía que Washington ha establecido desde el fin de la Guerra Fría. La estrategia de mantener el sistema unipolar a lo largo del siglo XXI sigue una doble táctica presentada en el documento “The National Security Strategy of the United States of America” [*National Defense University*, 2002]. En primer lugar, Washington debe consolidar su fortaleza militar para que sea lo suficientemente capaz como para disuadir a posibles adversarios que intentan obtener una infraestructura militar que iguale o sobrepase el poderío de los Estados Unidos. Esto significa que el Departamento de Defensa debe continuar absorbiendo importantes porcentajes del presupuesto nacional para invertir en tecnología militar y así mantener el poderío de las fuerzas armadas.

En segundo lugar, la geopolítica estadounidense apunta hacia el posicionamiento geográfico-estratégico sobre las fuentes de abastecimiento energético que nutren la economía de aquellos países que se pueden convertir en rivales o enemigos en el futuro. A través del control de los flujos energéticos es posible condicionar el crecimiento económico, político y militar de los futuros enemigos. Los Estados que son considerados como una prioridad dentro de los objetivos de contención del Pentágono son China y Rusia, seguidos por la India y en menor medida el sistema integrado que conforma la Unión Europea. Evidentemente el ascenso chino ha puesto en alerta a los sectores más conservadores de la política estadounidense al nombrarlo como la potencia rival que con el tiempo significará un peligro inminente para la continuidad de la hegemonía estadounidense.

En vista que Estados Unidos e Irán buscan hegemonía en la región. Cuáles son los objetivos estratégicos de cada una de las partes. ¿Hasta qué punto resulta factible armonizar ambos intereses bajo una nueva estrategia regional? Son varios factores los

que apuntan en la dirección de que el entendimiento es posible. En primer lugar, porque la anterior estrategia regional, la “Dual Containment Policy” [*Middle East Affairs del National Security Council, 1994*], desde donde EEUU analizaba quiénes realmente eran sus adversarios en la región y que derivó en el aumento de tropas desde ese año en Arabia Saudita, dejó de existir cuando la Administración Bush decidió invadir Irak en 2003. La presencia estadounidense en la región ha permitido mantener en cierto modo la estabilidad pero es imperativo para EEUU desarrollar una nueva estrategia para el momento en que sus tropas dejen de actuar como fuente de disuasión. Con la última fase de la retirada de Irak completada, y con la retirada de Afganistán, ambas fijadas para el 2014, ese cambio de paradigma de seguridad no debería prolongarse más, principalmente porque en ese contexto de inestabilidad, aún más con las revueltas árabes, Irán, a criterio de Occidente, sigue siendo un factor a controlar, políticas aplicada erróneamente contra ese país.

En segundo lugar, Washington no tiene más remedio que aceptar que Irán va a ser la potencia dominante en el Golfo, con poder nuclear o sin él. Con una mayor fuerza demográfica que la península arábiga en su conjunto y con las fuerzas armadas convencionales más poderosas de la región, dispone ahora de una influencia política sin precedentes en los países de su entorno, sobre todo en los que se mantienen en guerra tales como Irak y Afganistán y con aliados claves como China y Rusia. La estabilidad de Irak se encuentra en manos de Teherán. Esta influencia no debe, en absoluto entenderse como una relación entre una potencia y un estado satélite. A fin de cuentas, Irán no es excesivamente popular entre los chiitas iraquíes, y la posibilidad de imponer un régimen pro iraní en Bagdad es muy remota. El valor de la influencia reside en que Irán cuenta con los instrumentos para desestabilizar Irak a su voluntad, por lo que el gobierno iraquí de Nuri al Maliki debe acomodar sus decisiones con los intereses de Irán para evitar problemas. Otra consecuencia derivada de la debilidad de Irak, es que la capacidad de los países del Consejo de Cooperación del Golfo para oponerse a Teherán se ve enormemente limitada.

Un tercer factor, tal vez el más fundamental, es que Teherán y Washington comparten un extraordinario elenco de intereses comunes. Como observó Henry Kissinger, “Hay pocos países en el mundo con los que Estados Unidos tenga menos diferencias y comparta más intereses que con Irán desde la época del Shah hasta Ahmadinejad” [Kissinger, 2011].

1. Estados Unidos lleva más de diez años librando una guerra internacional contra los mismos movimientos terroristas de inspiración wahabita que Teherán aborrece. La colaboración de Teherán puede ser, además, vital para mantener la estabilidad del gobierno de Hamid Karzai e impedir el predominio talibán con influencia pakistaní en Afganistán una vez que Estados Unidos se haya retirado de la región.
2. Ambos comparten intereses en la estabilización de Afganistán, del Cáucaso y de Asia Central, particularmente tras la propuesta de la Secretaria de Estado Hillary Clinton de crear una Nueva Ruta de la Seda para revitalizar la región.
3. En el campo energético, Irán puede ser la llave para desatascar el proyecto Nabucco [Ruiz González, 2012: 20]. El proyecto es de vital importancia para reducir la dependencia energética europea de Moscú, mientras que los ingresos permitirían a Irán acometer la tan necesaria modernización de sus infraestructuras energéticas, a pesar que su viabilidad es cuestionada. Además de Nabucco (ver mapa 13) Irán puede acercar la energía del Caspio a Asia, superando el escollo geográfico de un itinerario que atravesase Afganistán, una zona geográfica aún muy peligrosa y suicida para los inversores, ya que por la guerra insurgente y la presencia militar estadounidense ha frenado el desarrollo de muchos proyectos.

Mapa No.13



Fuente: Proyecto Nabucco

4. En el marco de una agenda global con Washington, Irán estaría indudablemente dispuesta a renunciar a su programa nuclear con fines militares. En el fondo, siempre lo ha estado. Irán, dejando a un lado su retórica, tiende a comportarse de un modo conservador, evitando los riesgos. Y en Teherán nunca han querido convertirse en un estado paria como Corea del Norte, excluido de la Comunidad Internacional, sino por el contrario muy útil y necesario en decisiones trascendentales en el Medio Oriente. Su programa nuclear debe interpretarse como un instrumento en un contexto más amplio. “El programa nuclear iraní” afirma Mohammed El Baradei, “ha sido un medio para obtener un fin”. “Teherán está decidido a obtener de los demás el reconocimiento como potencia regional y ese reconocimiento, en su manera de ver las cosas, se haya íntimamente vinculado al logro de un gran acuerdo con Occidente”. La meta de Irán no es convertirse en una nueva Corea del Norte sino más bien en un Brasil o un Japón; es decir, en un motor tecnológico con capacidad para desarrollar armamento nuclear en caso de que los vientos políticos cambien, mientras que continúa siendo un estado sin armas nucleares en el seno del TNP” [el Baradei, 2009].

Un acercamiento iranio–estadounidense también tendría inconvenientes estratégicos. Mientras que Israel podría acomodarse a la nueva situación, más allá de la retórica y de las bombas atómicas, los intereses de Teherán y Tel Aviv no son tan divergentes, aunque Arabia Saudita quedaría en una situación estratégica comprometida ya que urge de un Irán desnuclearizado. “El problema para el reino saudita es que los tiempos gloriosos en los que Roosevelt se presentaba a buscar al Rey Ibn Saud en su acorazado para tomar el aperitivo es historia ya que el petróleo se encuentra en otros lugares” [Yergin, 1992: 1227]. Tras los desencuentros de la última década sobre el doble juego saudita en la Guerra contra el Terrorismo, la disposición de los funcionarios norteamericanos a acomodar a los sauditas en las decisiones estratégicas en la región es cada vez menores. Desde un punto

de vista energético, la responsabilidad de agasajar a Riad hace tiempo ya no recae en Washington sino en Pekín. Otro aspecto problemático de la estrategia es la posibilidad de que, rota la política de contención, Irán llegue a acumular demasiado poder a largo plazo. Es por ello que Washington debe complementar el acercamiento a Irán con un apoyo decidido a Turquía, como miembro de la OTAN con sus ochenta millones de habitantes y extraordinarias perspectivas de crecimiento, sin duda un aliado más confiable para Washington, en caso necesario de tener que revivir la estrategia de la contención dual (Estados Unidos-Turquía). Dominique Moisi hablaba de la geopolítica de las emociones: “de cómo el miedo, el odio o la desconfianza afectan a las relaciones internacionales” son estas mismas percepciones las que es necesario superar, en ambos países, para lograr un marco de entendimiento sobre el que articular un diálogo más ambicioso y exhaustivo. Decía Rudyard Kipling que “Oriente es Oriente y Occidente es Occidente y estos dos mundos no se encuentran jamás”. Sin embargo, el tiempo es el tiempo y debemos esperar que pudiera suceder entre ambos países.

Conclusión

En vista de los imperativos geoestratégicos de la región y de la amplia agenda de intereses comunes, existe un número considerable de factores racionales que apuntan a que el escenario de un acercamiento entre Washington y Teherán presenta las perspectivas más favorables para la estabilidad de Oriente Medio. Un acuerdo global entre ambos países que trascienda el ámbito nuclear, abordando asuntos como el terrorismo, la energía o la estabilidad de Oriente Medio y de Asia Central; a la vez que reconoce la primacía de Teherán como potencia regional es la opción más racional de las que se encuentran encima de la mesa. Esta opinión es compartida por Henry Kissinger y, junto con él, por otros cuatro ex Secretarios de Estado de Estados Unidos, Colin Powell, Madeleine Albright, Warren Christopher y James Baker. Otras grandes personalidades como Jimmy Carter también se han posicionado a favor de un acercamiento. La

opinión de Kissinger adquiere una relevancia especial, habida cuenta de que él fue el arquitecto del acercamiento norteamericano a China, otro ejemplo de cómo un bloqueo histórico puede superarse mediante alianzas inesperadas entre actores cuyas posturas parecían incompatibles en un primer momento.

Para llevar la estrategia a buen término, los gobiernos de Obama, antes Ahmadinejad y ahora el nuevo presidente iraní Hassan Rohani deberán maniobrar de forma muy cautelosa por las recelosas aguas de la negociación internacional. Existe la posibilidad de que los factores emocionales prevalezcan sobre los factores racionales que aconsejan el acercamiento. Desde una perspectiva psicológica, el peor momento para los Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XX fue el episodio de la toma de los rehenes en Teherán, y el régimen iraní es demonizado por ciertos sectores de la sociedad estadounidense. El desprecio por los Estados Unidos en Irán se remonta hasta 1953, cuando la *Operación Ajax* dirigida por la Agencia Central de Inteligencia (por sus siglas en inglés CIA) depuso al reformista Mohammed Mossadegh y colocó como Shah y a la creación de la SAVAK (*la policía secreta y represiva del régimen*). Aquel fue el momento en el que la sociedad iraní sintió la democracia más de cerca en toda su historia, y el sentimiento de aquellos días aún pervive. Así que EEUU ha cosechado lo que ha hecho contra Irán y con Obama no ha habido variación alguna en dicho comportamiento.

Como corolario se debería afirmar que Irán se ha convertido a lo largo de los años en un actor conflictivo y muy desafiante para los Estados Unidos, quizá no abiertamente, si por demostrar ser potencia en el Medio Oriente, y a la vez en un contrincante muy sólido y poderoso que se opone a los intereses que dicha nación pueda tener en Oriente Medio, sobre todo por lo trazado por EEUU en Irak y Afganistán. El posicionamiento geográfico iraní y los vínculos que esta República ha entablado con varios de sus vecinos, sumado al sentimiento antiestadounidense existente en la mayoría de ellos, un escenario favorable para Irán, impulsándolo a convertirse en el eje central geopolítico de la región. Es cierto que Irán genera una gran inseguridad internacional, y que existe un gran desconcierto sobre la manera en que puede actuar frente a

las continuas sanciones y presiones internacionales, sin embargo ésta situación se ve favorecida por el escenario y el tiempo en el cual se desarrolla. No podemos olvidar que los atentados terroristas que desataron la “lucha contra el terror” son muy recientes y son asociados continuamente al mundo islámico. Resulta complicado en ciertos aspectos predecir qué sucederá con certeza en dicha región y en especial con Irán, pero me aventuro a dar pequeñas conclusiones.

En primer lugar, es muy factible que Irán pueda convertirse en el eje central geopolítico de Medio Oriente, no sólo porque es un país favorecido por su ubicación y sus recursos, sino porque es visto como el “país” que logra oponerse a los intereses de la gran potencia, y porque sabe canalizar ese sentimiento anties-tadounidense del que hablamos a lo largo del trabajo. En segundo lugar, dudo mucho que pueda existir una invasión por parte de Estados Unidos a Irán por varios motivos, entre ellos, el más importante radica en que Estados Unidos deberá tener la completa seguridad de la victoria al momento de invadir, para no sufrir ese desgaste que tanto repercutió en el propio país tras la tercera guerra del Golfo, y en las invasiones en Irak y Afganistán.

Bibliografía

- The New Arab Revolt: What Happened, What It Means, and What Comes Next? Council on Foreign Relations, Foreign Affairs, New York, 2011.
- Sick, Gary. A Selective Partnership: Getting U.S.-Iranian Relations Right. Foreign Affairs, November/December 2006, p. 142-146.
- El Baradei, Mohammed. Años de impostura y engaño. Diario El País de España. http://elpais.com/diario/2011/06/18/babelia/1308355971_850215.html
- Nasr, Vali & Takeyh, Ray, Why Containing Iran Won't Work: Washington's Misguided New Middle East Policy, Foreign Affairs, January/February, 2008, p. 85-94.

- Lindsay, James M; Takeyh, Ray After Iran Gets then Bomb: Containment and Its Complications. Foreign Affairs, March/April, 2010, p.33-49.
- Lindsay, James M. Takeyh, Ray After Iran Gets then Bomb: Containment and Its Complications. Foreign Affairs, March/April, 2010, p.33-49.
- Takeyh, Ray. Iran: Détente, Not Regime Change. Foreign Affairs, March/April, 2007, p.17-32.
- Ferguson, Charles D. & Allison, Graham. The Long Road to Zero: Overcoming the Obstacles to Nuclear-Free World. Foreign Affairs, January/February, 2010.
- Joffe, Josef & Davis, James W. Less than Zero: Bursting the New Disarmament Bubble. Foreign Affairs, January/February, 2011, p.7-13.
- Chubin, Shahram. Iran's Nuclear Ambitions, Carnegie Endowment for International Peace, August, 2008.
- Biddle, Stephen; Christia, Fotini; & Thier, Alexander Defining Success in Afghanistan: What Can the United States Accept? Foreign Affairs, July/August, 2010, p.48-60.
- Woodward, Bob. Las guerras de Obama, Simon & Schuster, 2010.
- [Http://progreso.semanal.com/4/index.php?option=com_content&view=article&id=2710:resumiendo-el-recien-publicado-libro-de-bob-woodward-las-guerras-de-obama&catid=4:encuba&Itemid=3](http://progreso.semanal.com/4/index.php?option=com_content&view=article&id=2710:resumiendo-el-recien-publicado-libro-de-bob-woodward-las-guerras-de-obama&catid=4:encuba&Itemid=3)
- Meneses, Rosa. La contrarrevolución y su impacto en la región. <http://www.ceipaz.org/images/contenido/RMeneses2010.pdf>
- Yergin, Daniel. How Energy is Remaking the World. Foreign Policy, July/August, 2012 http://www.foreignpolicy.com/articles/2012/06/18/how_is_energy_remaking_the_world?page=0,1
- Lewis, Jeffry. The Ayatollah's Pregnant Pause: What's behind the "new" intelligence on Iran's nuclear program, Foreign Policy, July/August, 2012. http://www.foreignpolicy.com/articles/2012/08/15/the_ayatollahs_pregnant_pause

Zakaria, Fareed. Iran is Weak and Getting Weaker, in Global Public Square, January, 2012.

<http://globalpublicsquare.blogs.cnn.com/2012/01/08/zakaria-iran-is-weak-and-getting-weaker/>

Ryszard Kapuściński. El Shah o la desmesura del poder. Editorial Anagrama, Barcelona, 2007.

<http://www.lanacion.com.ar/1413863-la-fuerza-quds-la-temida-elite-de-la-guardia-revolucionaria>

Takeyh, Ray. Détente, Not Regime Change: Time for Détente for Iran. Foreign Affairs, March/April, 2007, Council on Foreign Relations, p.17-32.

Marsden, Peter. The Taliban: War, Religion and the New Order in Afghanistan. Oxford University Press, Karachi, Lahore Islamabad, 2000.

General David Petraeus; Lt General James F. Amos & Lt Colonel John A. Nagl, Counterinsurgency Field Manual as a product of the War in Irak. The University of Chicago Press, 2007.

George Friedman. Iran's Strategy, 2011 http://finance.townhall.com/columnists/georgefriedman/2012/04/11/irans_strategy/page/full/

Daniel Yergin. Historia del Petróleo: la lucha voraz por el dinero y el poder desde 1853 hasta la guerra del golfo. Editorial Vergara, Buenos Aires, 1992.



III. ¿UN IRÁN CON ARMAS NUCLEARES? ESCENARIOS HIPOTÉTICOS Y AMENAZAS REALES A LA PAZ Y LA SEGURIDAD INTERNACIONAL

Sergio I. Moya Mena

Introducción

El proyecto nuclear iraní se ha convertido en uno de los tópicos más polémicos de las relaciones internacionales contemporáneas. Mientras que Irán defiende su derecho a la energía nuclear con fines pacíficos y niega buscar el desarrollo de capacidades militares nucleares, un sector poderoso e influyente de la comunidad internacional encabezado por los Estados Unidos e Israel, echando mano de un amplio aparato propagandístico, alega que el fin último de dicho proyecto apunta a dotar al país de armas nucleares, lo cual es considerado como “inaceptable” y una “amenaza a la paz y la seguridad internacional”.

Este artículo se compone de cuatro secciones. La primera parte plantea una aproximación al programa nuclear iraní a partir de sus antecedentes históricos, considerando también otras dimensiones del tema, como su discusión en el seno de la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA), y el debate sobre

la energía y las armas nucleares dentro de la sociedad iraní. Una segunda parte analiza la inconveniencia de una acción militar preventiva contra Irán y su programa nuclear, que indiscutiblemente representaría una grave amenaza a la paz y la seguridad internacional. Una tercera sección presenta un escenario hipotético en el que Irán adquiriría armas nucleares. Dicho escenario es analizado a partir de tres consideraciones: las percepciones sobre la seguridad, la racionalidad del régimen iraní y sus tomadores de decisiones, y las implicaciones culturales y religiosas. Finalmente, una cuarta parte plantea la necesidad de un nuevo marco de negociación político-diplomático entre Irán y la comunidad internacional, que trascienda los esquemas de “palo y zanahoria”, las amenazas y las sanciones, y reconozca las necesidades de seguridad de todos los actores involucrados.

I. Irán y la energía nuclear

Las ambiciones nucleares de Irán se remontan a los años sesenta, cuando el Shah Mohammad Reza Pahlavi, anunció que el país desarrollaría capacidades nucleares para generar energía eléctrica. Con apoyo tecnológico de varios países occidentales como los EE.UU., Francia, Alemania y Reino Unido, el gobierno iraní esperaba que la energía nuclear incrementara significativamente la posición económica del país, así como elevar el estándar de vida de la población.

La retórica oficial aseguraba que la energía nuclear tendría “estrictamente usos pacíficos” y pese a que Irán firmó el Tratado de Prohibición Parcial de Ensayos Nucleares (TPPEN) en 1963 y el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) en 1968, la opacidad del programa nuclear iraní ya era significativa en esa época. Por un lado, el Shah decía en 1975 que si en algún momento los países de la región adquirirían armas nucleares, “Irán se vería obligado a hacer lo mismo”, y por otro lado, el monarca afirmaba que las perspectivas de un programa iraní de armas nucleares

eran “ridículas”, debido al tamaño de los arsenales de las grandes potencias (Khan, 2010: 12). Sin embargo, analistas, como David Patrikarakos, autor de *Nuclear Iran: The Birth of an Atomic State*, muestran cómo varios factores, entre los que destaca la amenaza nuclear de la Unión Soviética y la adquisición de armas nucleares por parte de países cercanos a Irán como India y China, habrían tentado al Shah a desarrollar armas nucleares (Patrikarakos, 2012: 59). Esta sospecha es confirmada por el propio ex canciller del Shah, Ardeshir Zahedi, quien afirma:

“la estrategia iraní en ese momento estaba destinada a crear lo que se conoce como “capacidad de reacción”, es decir... el know-how, la infraestructura y el personal necesario para desarrollar una capacidad nuclear militar dentro de un corto período de tiempo sin llegar a hacerlo (...) el supuesto de formulación de políticas dentro de la élite fue que Irán debería estar en condiciones de desarrollar y probar un dispositivo nuclear en 18 meses” (citado por Dueck, 2007: 190).

Con el triunfo de la Revolución Islámica en 1979, el programa nuclear iraní fue temporalmente suspendido. En julio de ese año, la construcción de todas las plantas de energía nuclear se detuvo y el gobierno de transición del Primer Ministro, Mehdi Bazargan, desestimó todos los contratos nucleares existentes, lo que implicó que entre 3.700 y 4.500 científicos de la Organización para la Energía Atómica de Irán (AEOI) abandonaran el país (Khan, 2010: 12).

El Líder de la Revolución, el Ayatollah Ruhollah Khomeini, no quería dar continuidad a un programa que había sido apoyado por Occidente y que además era considerado ideológicamente incompatible con la orientación islámica de la Revolución. En efecto, desde el inicio de la Revolución, todo tipo de armas de destrucción masiva fueron proclamadas por Khomeini como

“contrarias al Islam”, quien llegó a decir que las instalaciones cilíndricas de la planta nuclear de Bushehr serían utilizadas en adelante como “silos para almacenar trigo.”

Sin embargo, lo anterior no terminó con la discusión sobre la energía nuclear y sus usos, pues, durante los primeros años de la Revolución se desarrolló entre la cúpula gobernante un amplio debate sobre la energía nuclear, e incluso sobre la posesión de armas nucleares. Algunos, como el influyente Ayatollah Mohammad Beheshti, llegaron a afirmar que “era un deber construir la bomba para la República Islámica” (Patrikarakos, 2012: 120).

No fue sino hasta la presidencia de Alí Akbar Hashemi Rafsanjani, entre 1989 y 1997, cuando el país reinició esfuerzos concretos para adquirir energía nuclear. Rafsanjani reestructuró la AEOI y propició el retorno al país de muchos expertos nucleares iraníes. Sin embargo, debido al deterioro de las relaciones con Occidente y de la decisión de los EE.UU. de denegar la transferencia de tecnología y material nuclear, el país debió recurrir a la ayuda de Rusia y China. Con Rusia, Rafsanjani firmó en 1989 un acuerdo que serviría de base para la cooperación nuclear entre ambos países, que permitiría el desarrollo de la central de Bushehr. Concretamente, este acuerdo, estimado en unos US\$800 millones de dólares, establecía que los rusos proveerían un reactor de 1.000 megawatts para dicha central.

Por su parte, China, se convertiría en el principal socio comercial nuclear a finales de los años noventa, vendiendo a Irán equipo valorado en US\$60 millones de dólares (Patrikarakos, 2012: 136).

El desarrollo de la cooperación nuclear con China y Rusia ciertamente generaba desconfianza en algunas capitales occidentales, pero esa desconfianza se atiza cuando en agosto de 2002, el Consejo Nacional de la Resistencia de Irán (NCRI), una entidad que opera como fachada política de los Mujahedines del Pueblo de Irán, MEK, Sāzmān-e mojāhedín-e khalq-e irān (*organización*

terrorista proscrita en Irán desde los inicios de la Revolución), dio a conocer desde Washington D.C. la existencia de un sitio de enriquecimiento de Uranio en Natanz, y la construcción de una planta de agua pesada en Arak que, una vez que fuera operable, podría producir plutonio. Aunque ninguna de estas actividades eran ilegales “per se” en el marco del TNP, Irán estaba obligado *-de acuerdo al Acuerdo de Salvaguardias con la AIEA-* a ser transparente e informar sobre las actividades en todas sus instalaciones nucleares.

Teherán reaccionó con cautela, quizás por el hecho de que los EE.UU. habían derrotado recientemente al ejército iraquí, e incluso accedió a suspender su programa de enriquecimiento. Adicionalmente, implementó el *Protocolo Adicional* de la AIEA, que permitió inspecciones más intrusivas en sus instalaciones nucleares. Pero a medida que la situación en Irak comenzó a deteriorarse, girando a favor de Irán, los precios del petróleo comenzaron a elevarse, y el grupo de la Unión Europea UE-3 (*confirmado por Francia, Alemania y Reino Unido*) no pudo cerrar la brecha político-diplomática entre Irán y los EE.UU., los líderes de Teherán se envalentonaron lo suficiente como para rechazar lo que creían era el objetivo subyacente de Occidente: “obligarlos a renunciar permanentemente a su derecho a enriquecer uranio”.

A partir de aquí empieza un debate diplomático complicado en el seno de la AIEA. En febrero de 2003, el Director de la entidad, Mohamed El Baradei, confirmó la presencia de una instalación de enriquecimiento a gran escala de gas centrífugo en Natanz, así como un sitio de producción de agua pesada en Arak. En junio de ese año, un informe de la AIEA, afirmó que Irán no había cumplido con algunas de sus obligaciones ante la agencia, y visitas adicionales de sus inspectores descubrieron rastros de uranio altamente enriquecido en Natanz. Un año después, en junio de 2004, Irán fue reprendido por el AIEA por “no cooperar plenamente con las pesquisas”. En noviembre de ese año, Irán estuvo dispuesto a suspender buena parte de su proceso de enriquecimiento de uranio,

a partir de un acuerdo con la Unión Europea, pero dos años después, el país rompió los sellos de la agencia en Natanz y reinició el proceso de enriquecimiento, lo cual hizo que la AIEA reportara el caso al Consejo de Seguridad de la ONU. En enero de 2006 los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad acordaron discutir al caso a solicitud de la AIEA.

Con la incorporación de China, Rusia y los EE.UU. en junio de 2006, el UE-3 pasó a llamarse P5+1. A cambio de la suspensión del enriquecimiento de uranio por parte de Irán, el P5+1 ofreció detener sus esfuerzos para seguir adelante con sanciones. Una vez que esta oferta no llegó a materializarse, el AIEA hizo una oferta más concreta y viable a Irán. De acuerdo con esta nueva propuesta, Irán enviaría la mitad de su uranio poco enriquecido (1.200 kg) a un tercer país por un período de un año. Al finalizar dicho periodo, Irán recibiría uranio poco enriquecido para ser utilizado con fines médicos. Esto garantizaría que el uranio no podría ser utilizado para cualquier otro propósito ya que sería en forma de barras de combustible. Este arreglo, que fue modificado en marzo de 2008, constituyó la base del acuerdo nuclear que sería alcanzado más adelante entre Irán, Brasil y Turquía (Üstün, 2010: 20). Pese a esto, en julio de 2006 el Consejo de Seguridad aprobó la resolución 1696 bajo el capítulo VII de la Carta de la ONU, que establecía que Irán debía detener todas sus actividades relativas al enriquecimiento de uranio. Al respecto, El Baradei, Director de la AIEA, afirmó que dicha resolución se sustentaba en una “dudosa legalidad”, pues no había evidencia que las actividades nucleares de Irán involucraran un programa de armas (Mousavian, 2012a: 251). En diciembre de ese año, el Consejo de Seguridad adoptó la resolución 1737 que exigía una vez más a Irán suspender todas las actividades relacionadas con enriquecimiento de uranio que pudieran llevar a la producción de combustible para una planta nuclear o la construcción de una bomba atómica.

En febrero de 2007, la AIEA afirmó que Irán no había cumplido con la fecha límite para suspender el enriquecimiento de uranio, exponiéndose a nuevas sanciones, lo que efectivamente dispuso el Consejo de Seguridad en marzo de 2007 (*Resolución 1747*). Antes de esto, el presidente iraní Mahmoud Ahmadinejad había afirmado que el país podía producir combustible nuclear en escala industrial. Por otro lado, la AIEA insistía en que el país seguía ocultando información sobre su programa nuclear, y en septiembre del año siguiente, el Consejo de Seguridad aprobó por unanimidad una nueva resolución (1835), reafirmando las demandas de que Irán detuviera el enriquecimiento de uranio, pero no se impusieron nuevas sanciones.

En febrero de 2010, Irán dijo estar listo para enviar uranio enriquecido al exterior para un enriquecimiento adicional, y en mayo de ese año Brasil y Turquía promovieron, una audaz iniciativa diplomática, logrando el compromiso de Teherán de aceptar Intercambio de parte de su combustible nuclear fuera de Irán. Este acuerdo fue visto como una victoria diplomática para Irán y representó el momento más intenso de la alianza entre Brasil e Irán, sin embargo, no logró el apoyo de los cinco países nucleares, que propusieron más bien una cuarta ronda de sanciones contra Irán aprobada por el Consejo de Seguridad en junio de 2010 (*Resolución 1929*).

Más adelante, y en lo que Teherán describió como un “hito en su campaña para la producción de energía nuclear”, ingenieros iraníes empezaron a cargar combustible en la central nuclear de Bushehr en agosto de 2010. Cinco meses después, el negociador en jefe iraní dijo que Irán poseía la tecnología necesaria para fabricar placas y varillas de combustible para reactores nucleares.

En enero de 2012, Irán comenzó a enriquecer uranio en su planta subterránea de Fordow, cerca de Qom, lo que los EE.UU. consideraron como una “escalada” en la disputa nuclear. En dicha planta, los inspectores nucleares de la AIEA encontraron en mayo de ese año rastros de uranio enriquecido al 27% y en septiembre, la agencia publicó un informe que afirmó que Irán había duplicado

la capacidad de producción en Fordow, y “obstaculizó significativamente” la capacidad de la agencia para inspeccionar el sitio de Parchin (*ver mapa No. 1*).

A lo largo de los años, la estrategia iraní de negociación con la comunidad internacional se ha sustentado en la invariable defensa del derecho del país a disfrutar de los beneficios de la energía nuclear para usos pacíficos, sin embargo, ha habido variaciones tácticas y de enfoque entre los gobiernos reformistas y pincipistas (*conservadores*). El gobierno de Mohammad Khatami (1997-2005), fue mucho más propenso a llegar a acuerdos diplomáticos en el tema nuclear y de hecho, evitó que el país fuera sometido a sanciones por parte del Consejo de Seguridad de la ONU. Por otro lado, Mahmoud Ahmadinejad y su gobierno asumieron posiciones mucho más intransigentes, lo cual propició que el tema del programa nuclear iraní fuera llevado al Consejo de Seguridad y se adoptaran sanciones contra el país. Según el ex negociador iraní Seyed Hossein Mousavian, Ahmadinejad habría dicho al iniciar su mandato como Presidente que “no le importaban las resoluciones de la AIEA ni la posibilidad de llevar el caso iraní al Consejo de Seguridad”, lo cual eventualmente ocurrió (Mousavian, 2012a: 187). Estas variaciones han terminado incidiendo de manera clara en las negociaciones internacionales.

Frente a las acusaciones de “falta de cooperación” y las sospechas de las potencias occidentales, las autoridades iraníes han negado sistemáticamente la existencia de planes secretos para fabricar armas nucleares, o que el país haya violado sus obligaciones ante el TNP. Alegan más bien que ha sido Occidente el que ha violado el TNP al cortar cualquier cooperación nuclear con Irán –*tal y como lo establece el tratado*- desde 1979, y al violar las obligaciones contractuales que tenían con el país (Mousavian, 2012a: 629). Aunque autoridades iraníes han reconocido que en algunos casos no se ha informado a la AIEA de los avances del programa nuclear, algunos funcionarios responsabilizan por esto a las dinámicas burocráticas internas, que

Mapa No. 1 Instalaciones nucleares iraníes



Fuente: Henderson, Simon et al. *Nuclear Iran: A Glossary of Terms*. Policy Focus No. 121, The Washington Institute for Near East Policy, agosto 2012.

juegan un papel importante en el suministro de la información a la agencia.

Irán y la AIEA: entre la desinformación y la propaganda

En términos generales, las instalaciones nucleares de Irán han sido sometidas a un intenso escrutinio por parte de los inspectores y cámaras de vigilancia de la AIEA. Ningún otro país ha proporcionado a los inspectores de la agencia tal nivel de acceso a sus instalaciones.

La AIEA ha llegado a sugerir el “posible desarrollo de armas nucleares”, a partir de lo que considera como información de inteligencia “creíble”. Sin embargo, la agencia no ha aportado hasta ahora evidencia que muestre que Irán haya decidido manufacturar una bomba nuclear. Además, la entidad no tiene medios independientes para confirmar la enorme cantidad de información (y *desinformación*) que le suministran potencias fundamentalmente occidentales. Mohammad El Baradei, antecesor del actual Director General Yukya Amano como jefe del AIEA, lo reconoció explícitamente muchas veces, y siempre cuestionó la llamada “inteligencia sobre Irán”, porque sabía que se politizaba en extremo y traspasaba los límites de rumores y especulaciones (Escobar, 2011).

Lo anterior ha posibilitado en el pasado cuestionamientos a la independencia de la agencia. Varios cables de *Wikileaks* han revelado que Yukiya Amano era descrito por diplomáticos estadounidenses como “Director General de todos los Estados, pero de acuerdo con nosotros” (anónimo (2012), Nuclear Wikileaks: Cables show cosy US relationship with IAEA chief. *The Guardian*, Londres), o que se ubicaba “sólidamente del lado de los EE.UU: en cada decisión estratégica” (citación de Mousavian 2012a: 344). Efectivamente, Amano, ha sido acusado por varios ex funcionarios de alto rango de un sesgo “pro-occidental”, y de confiar de manera excesiva en inteligencia no verificada (anónimo (2012), Nuclear watchdog chief accused of pro-western bias over Iran. *The Guardian*, Londres), que no ha sido mostrada a los iraníes, lo cual induce a pensar que ha sido fabricada. Robert Kelley, ingeniero inspector de armas estadounidense y ex funcionario de la AIEA, ha declarado:

“Se supone que la autoridad del AIEA se deriva de su capacidad para analizar la información de forma independiente, pero en Parchin, parece haberse hecho eco simplemente de la inteligencia y el análisis de unos pocos Estados miembros”. (anónimo (2013), IAEA Focus on Iran’s Parchin Site May Undermine Monitors. *Bloomberg*.)

Por su parte Hans Blix, ex Director General del AIEA, también ha expresado su preocupación por la credibilidad de la agencia:

“Hay una diferencia entre la información y las pruebas, y si usted es una agencia responsable usted tiene que asegurarse de hacer preguntas y no basar conclusiones en información que no se ha verificado”. (anónimo (2012), Nuclear watchdog chief accused of pro-western bias over Iran. *The Guardian*, Londres).

A lo largo de los últimos diez años, las persistentes acusaciones respecto a la supuesta naturaleza militar del programa nuclear iraní, han generado una gran cantidad de acusaciones y propaganda, aunque muy poca evidencia. Por otro lado, las necesidades energéticas del país son relativizadas o llanamente ignoradas, para señalar lo que sería el “verdadero” objetivo del programa nuclear iraní. Esto hace necesario plantear dos consideraciones. En primer lugar, la historia reciente muestra que las denuncias sobre la militarización del programa nuclear iraní no son nuevas, son más bien parte de un coro de *profecías no cumplidas* que se vienen planteando desde hace más de veinte años (ver cuadro No. 1).

Cuadro No. 1

La bomba a la “vuelta de la esquina”

- 1984. La revista *Jane's Defense Weekly* informó que la inteligencia de Alemania Occidental creía que Irán podría tener una bomba nuclear dentro de dos años.
- 1992. En octubre, el entonces ministro de Relaciones Exteriores israelí, Shimon Peres, dijo que Irán “podría estar armado con una bomba nuclear en 1999” (citado por Parsi, 2007: 182).
- 1995. En un libro publicado ese año, Benjamín Netanyahu afirmó que “Irán poseería armas nucleares dentro de 3 a 5 años”, es decir, entre 1998 y 2000 (Netanyahu, 2001).
- 1998. El Secretario de Defensa de los EE.UU. Donald Rumsfeld, informó al Congreso que “Irán podría construir un misil balístico intercontinental que podría llegar a los EE.UU. en cinco años”. La Agencia Central de Inteligencia, CIA, le dio un plazo de 12 años.
- 2001. En julio el entonces Ministro de Defensa de Israel Benjamín Ben-Eliezer señaló que para el año 2005, “Irán tendría una bomba nuclear” (anónimo (2001) Israeli defense minister: Iran could have nuclear weapons by 2005. *Associated Press*).
- 2009. En febrero: Benjamín Netanyahu dijo ante un Comité del Congreso de los EE.UU. que Irán estaba “a solo uno o dos años de distancia de tener armas nucleares”.
- 2012. En septiembre: en su discurso en la ONU, Netanyahu afirmó que Irán lograría tener una bomba nuclear para “la próxima primavera, o a lo sumo para el próximo verano”. (Netanyahu draws “red line” on Iran’s nuclear program (anónimo 2012). Netanyahu draws “red line” on Iran’s nuclear program. *Reuters*).

Fuente: elaboración propia a partir de diversas fuentes.

Como se puede notar a lo largo de la línea del tiempo, la insistencia sobre el carácter militar del programa nuclear ha sido una acusación recurrente desde los años ochentas, aunque no se aportan pruebas sólidas. Se ha tratado de predicciones inexactas y falsas, casi siempre con un origen en la derecha israelí, en cierta forma han terminado restando credibilidad a los instigadores de la guerra, al punto de que, *-tal y como lo han demostrado los cables de WikiLeaks-* los funcionarios del Departamento de Estado de los EE.UU. se han vuelto escépticos sobre la exactitud y sinceridad de los políticos israelíes sobre Irán (anónimo (2012) WikiLeaks cables: Don't trust Israel on Iran. *Salon*).

En segundo lugar, al momento de redactar este artículo, no existe evidencia concreta que pruebe que Irán esté desarrollando armas nucleares. Este hecho ha sido confirmado por diversos organismos de seguridad y agencias de inteligencia internacionales. El *National Intelligence Estimate*, un reporte elaborado por el National Intelligence Council de los EE.UU., y que expresa los criterios coordinados de 16 agencias de inteligencia de ese país, ha reiterado en sus informes de 2007 (National Intelligence Estimate, 2007) y 2011 que Teherán “detuvo los esfuerzos para desarrollar y construir una ojiva nuclear en 2003”. Este criterio fue reiterado por el entonces Secretario de Defensa estadounidense Leon Panetta, en enero de 2012, que reconoció que los iraníes “no estaban desarrollando un arma nuclear” (*Face the Nation*, 8 de enero).

Incluso en Israel, donde el primer ministro Benjamín Netanyahu ha intentado constituir la supuesta “amenaza nuclear iraní” en un “reto existencial” para su país, existe bastante escepticismo respecto a la amenaza real que representa Irán. Netanyahu ha comparado las repercusiones de la adquisición de armas nucleares por parte de Irán con las consecuencias que habría tenido “que la Alemania nazi las hubiera adquirido a finales de los años treinta”. Este es un argumento que incomoda incluso a miembros de su propio gabinete, como Dan Meridor, Ministro de Inteligencia y Energía Atómica, que no solo señala que en ese tiempo los judíos carecían de un Estado que les defendiera, sino que el Estado que tienen ahora es más bien visto por sus vecinos como

poseedor de un monopolio nuclear en Medio Oriente (citado por Feldman, 2012: 2).

El argumento del “reto existencial” es también cuestionado por militares y funcionarios de inteligencia israelíes como Ephraim Halevy, ex Director del Mossad, o incluso el actual Director de esta agencia Tamir Pardo (anónimo. (2012) Mossad chief: Nuclear Iran not necessarily existential threat to Israel. *Haaretz*, Israel.). Otros han tenido que reconocer que si bien Irán continúa mejorando sus capacidades nucleares, aún no ha decidido si va a convertir estas capacidades en un arma nuclear o, específicamente, una ojiva nuclear montada en un misil (anónimo. (2012) Barak: Israel ‘very far off’ from decision on Iran attack. *Haaretz*, Israel). Este argumento ha sido planteado por Ehud Barak, cuando fungía como Ministro de Defensa. Otros, como el Jefe de las Fuerzas de Defensa de Israel, el General Benny Gantz, han reconocido que, pese a los avances, los iraníes “no han decidido fabricar una bomba nuclear” (anónimo (2012) IDF chief to *Haaretz*: I do not believe Iran will decide to develop nuclear weapons. *Haaretz*, Israel). Incluso otro ex jefe del Mossad, Meir Dagan, afirmó que un ataque israelí a las instalaciones nucleares iraníes era “la cosa más estúpida que había escuchado” (anónimo (2012) Former Mossad chief: Israel air strike on Iran ‘stupidest thing I have ever heard’. *Haaretz*, Israel), mientras que el también ex jefe del Mossad, Efraim Halevy advirtió que “un ataque contra Irán podría afectar no sólo a Israel, sino a toda la región durante 100 años”. Es evidente entonces que ni siquiera entre la élite militar y de inteligencia israelí existe consenso sobre la supuesta “amenaza iraní”.

La evidencia existente permite establecer que el camino hacia la producción de un arma nuclear implicaría varios pasos que no han sido tomados por las autoridades iraníes. Las acusaciones reiteradas a lo largo de los años respecto a la inminencia de la militarización del programa nuclear, denotan más bien un afán propagandístico que no es capaz de aportar pruebas sólidas, y parece más bien encaminado a crear un ambiente propicio para una acción militar contra Irán y a un cambio de régimen en este país.

Percepciones y necesidades energéticas

El tema nuclear también se ha convertido en objeto de un intenso debate político en Irán. Aunque *-tal y como se ha visto-* dicho debate acerca de las opciones nucleares del país no es nuevo, la intensidad del mismo sí constituye una novedad.

Una mayoría de los iraníes considera que disfrutar de los beneficios de la energía nuclear constituye un derecho inalienable y una prerrogativa que el TNP le confiere al país. Para los iraníes se trata en buena medida de un asunto de orgullo nacional y prestigio. Se considera que para ser una potencia, Irán debe estar a la vanguardia de la ciencia, y esta vanguardia es la tecnología nuclear. Lo anterior ha sido hábilmente explotado por los políticos para movilizar a la población en torno al “nacionalismo nuclear”. Al respecto, el Dr. Saeed Khatipzadeh, editor de la *Revista Iraní de Asuntos Internacionales*, dice, “queremos ser admitidos en el club nuclear, queremos el prestigio, y queremos ser respetados en el mundo”(citado por Kibaroglu, 2006: 219).

Lo anterior evidencia cómo las percepciones juegan un papel fundamental para entender el deseo de los iraníes de disponer de energía nuclear. Para Gholam Ali Chegnizadeh, profesor de la Universidad Allame Tabatabaee de Teherán, es necesario comprender tres pilares del pensamiento estratégico iraní. El primero es el sentido de victimización (*a causa de la actitud de Occidente después de la Revolución Islámica, y sobre todo durante la guerra con Irak*). La experiencia particular de Irán, con la Revolución, la guerra, las sanciones, y el alejamiento de la comunidad internacional, siempre han sido la fuente de un sentido compartido de los iraníes de estar en un “ambiente hostil”. (Farhi, 2004: 33). El segundo pilar es la búsqueda de reconocimiento de los iraníes. El tercero es la continuidad con el período pre-revolucionario. Irán es un país orgulloso, un país grande y un país líder y esto debe ser reconocido. El sentido de Irán como un país líder *-dice Chegnizadeh-* es algo a lo que los líderes del país le dan mucho peso y en ese sentido, el déficit psicológico en el liderazgo iraní podría ser satisfecho por la capacidad de desarrollar armas nucleares (citado por Kibaroglu, 2006: 219).

Más allá de las percepciones, la adquisición de capacidades nucleares se justifica a partir de las necesidades energéticas del país. Irán necesita energía nuclear porque presenta requerimientos de electricidad que han resultado ser mucho más grandes de lo previsto. En la actualidad más de 75% de la electricidad de Irán proviene de gas natural.

Los actuales requerimientos eléctricos de Irán son mucho más grandes de lo que se había previsto y muchas ciudades sufren racionamientos de energía. Con un crecimiento anual del 6% al 8% de la demanda de electricidad y una población que se estima, llegará a los 100 millones hacia el año 2025, Irán no pueden depender únicamente de petróleo o el gas natural. La carencia de inversión extranjera (*debido a las sanciones*), el hecho de que casi todos los campos petroleros requieren reparaciones y una capacidad de refinación limitada (*En 2008, Irán debió importar casi el 40% de sus necesidades de mercado debido a la falta de capacidad de refinación y el contrabando. El país gastó US\$ 11 mil millones en combustible importado*) hacen que -*paradójicamente*- el país se enfrente a la posibilidad de convertirse en un importador neto de combustible (Afrasiabi, 2006: 21).

Los detractores del programa nuclear suelen sugerir que Irán debería generar electricidad a partir de gas natural. Este argumento es cuestionable. Un estudio reciente realizado por dos profesores del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) indica que el costo de producción de electricidad a partir de gas (y de petróleo) sería similar al costo de hacerlo con reactores nucleares, por no hablar de los efectos negativos de las emisiones de carbono o la necesidad estratégica de preservar las reservas de gas de Irán para colocar al país en 20 o 30 años como uno de los principales proveedores de gas a Europa y Asia.

El debate iraní sobre las armas nucleares

Si el derecho a la energía nuclear es objeto de un amplio consenso dentro de Irán, el debate sobre la adquisición de armas nucleares, presenta posiciones divergentes.

Teóricamente, capacidades militares nucleares no sólo impedirían la intromisión extranjera y eventuales ataques contra el país, también elevarían la “estatura política” de la nación y proporcionaría más libertad para expandir la influencia regional y exportar la ideología del país. Sin embargo, este supuesto no es objeto de un consenso generalizado. Según el profesor Nasser Hadian de la Universidad de Teherán, las perspectivas dentro de las élites políticas iraníes podrían dividirse en cuatro grupos:

- Un **primer grupo** estaría formado por aquellos que consideran que Irán no necesita ni capacidad nuclear, ni armas nucleares. Este grupo constituiría solo entre el 2% y el 3% de la población.
- El **segundo grupo** sostiene que Irán tiene derecho a tener tecnología nuclear con fines pacíficos y no debería renunciar a ese derecho.
- El **tercer grupo** cree que Irán necesita desarrollar capacidades militares nucleares, pero no en este momento. Los sustentantes de esta posición afirman que Irán no puede confiar en la comunidad internacional y recuerdan que, durante la guerra con Irak, cuando se pensaba que el umbral de las armas químicas no sería cruzado, Irak las utilizó contra Irán, mientras Occidente se limitó a “mirar hacia otro lado” y no hizo nada para detener ese ataque.
- El **cuarto grupo** son sectores extremistas que argumentan y presionan para que Irán se retire del TNP y desarrolle armas nucleares tan pronto como sea posible. Los principales partidarios del programa nuclear militar se ubicarían en instituciones clave, como la Guardia Revolucionaria y el Consejo de Guardianes. Un argumento fundamental de este grupo es que la República Islámica “está en constante peligro ante fuerzas externas hostiles”, por lo que necesitaría autosuficiencia militar incluso en el campo nuclear (citado por Kibaroglu, 2006: 219).

El inicio de un programa nuclear militar constituiría una decisión estratégica que sería tomada al más alto nivel en Teherán. Inicialmente, podría generar una mayor percepción de seguridad, sin embargo, con la obtención de la bomba vendrían ciertas desventajas. Lo que podría ser una ventaja regional a corto plazo, podría convertirse en una vulnerabilidad a largo plazo. El incremento de la seguridad de Irán podría percibirse como una amenaza para la seguridad de algunos de sus vecinos como Arabia Saudita, Turquía e incluso Egipto, lo que daría inicio a una carrera armamentista. Esta sería una situación típica del “dilema de la seguridad”, un Estado, al incrementar su capacidad militar contra la amenaza de otro Estado, lo que puede conseguir es en realidad el efecto opuesto, ya que el segundo Estado puede percibir ese incremento como una amenaza al ver empeorado en su contra el balance militar, y decida en respuesta incrementar su capacidad militar como respuesta. Por eso es que el Embajador iraní ante la AIEA, Alí Asghar Soltanieh, ha dicho que sería un error estratégico para el país construir armas nucleares, pues Irán estaría en desventaja debido a que no podría competir en cuanto al número de cabezas nucleares (citado por Leverett, 2013: 85).

2. *Inconveniencia e inviabilidad de la “opción” militar*

La posibilidad de un Irán con capacidades militares nucleares, si bien difícilmente representaría una amenaza directa a la paz y la seguridad internacional, constituye un escenario considerado como “inaceptable” para potencias como los EE.UU., y sus estados cliente en el Medio Oriente. Básicamente se configuraría un nuevo equilibrio de poder que vendría a debilitar sustancialmente la preeminencia militar de potencias regionales como Israel, y por supuesto, constituiría un severo golpe a las pretensiones hegemónicas de los EE.UU. e Israel. Los EE.UU. perderían su monopolio sobre la violencia nuclear en Medio Oriente, lo que hace necesario que el programa nuclear iraní sea detenido a cualquier costo, incluso a través del uso de la fuerza.

Aunque un ataque militar destinado a destruir la infraestructura nuclear iraní parece “descabellado” y contraproducente, esta posibilidad no puede descartarse, pues persiste un implacable y cada vez más histérico afán belicista contra Irán entre la extrema derecha estadounidense e israelí; alimentado además por el lobby industrial militar. Esta amenaza de guerra se alimenta de dos fuentes: las ambiciones geopolíticas de los EE.UU. en el Golfo Pérsico y su complicidad con Israel, y la abierta hostilidad de algunas petro-monarquías árabes suníes hacia Irán.

Una vez más se activa un poderoso esfuerzo político y mediático que justifica o alienta un ataque militar, esta vez contra Irán. Esta maquinaria propagandística tiene sospechosas similitudes con el mismo esfuerzo mediático, económico y político que condujo a la invasión a Irak en 2003, bajo el falso supuesto de que ese país tenía armas de destrucción masiva, y cuyo balance es ampliamente conocido: al menos 1.000.000 muertos, la destrucción económica del país, una guerra sectaria que lleva una década y el país convertido en una base sólida para Al-Qaeda y otros grupos extremistas islámicos. La invasión a Irak se fundamentó en la manipulación, el engaño y la mentira, a través de un libreto que se recicla una vez más.

Voces sensatas han señalado la inviabilidad militar y estratégica de un ataque militar contra las instalaciones nucleares iraníes, y la imposibilidad de que este pueda desarrollarse con precisión quirúrgica, rápida y eficazmente. “Es la idea más estúpida que he escuchado en mi vida”, ha dicho el ex jefe del Mossad israelí Meir Dagan (citado por Avneri, 2012: 11). En efecto, Irán no es Irak. Acabar con la infraestructura nuclear iraní no sería tan “sencillo” como la destrucción del reactor iraquí de Ozirak en 1981, por parte de la aviación israelí.

Los apologistas de la guerra no solo son incapaces de demostrar que un ataque militar sería “exitoso” en términos militares, también subestiman la capacidad de reacción de los iraníes, las implicaciones regionales y, lo más grave, son absolutamente indiferentes a las consecuencias humanitarias y ambientales que podría tener dicho ataque.

Partidarios de una acción militar contra la República Islámica como Matthew Kroening, parten de supuestos altamente dudosos a la hora de considerar la respuesta iraní al ataque. Considérense dos argumentos planteados por Kroening en un artículo publicado en *Foreign Affairs*. Según este autor, Irán no respondería a un ataque tomando represalias como el cierre del Estrecho de Ormuz (1), a menos que sus líderes “sientan que la existencia del régimen está seriamente comprometida” (Kroening, 2012: 182). Para esto, Kroening considera que los EE.UU. podrían aclarar previamente que “el interés sería destruir el programa nuclear y no derrocar al régimen”. Este argumento no tiene mucho sentido, en primer lugar, porque no toma en cuenta que autoridades militares iraníes han repetido reiteradamente que cerrarían dicho estrecho si la seguridad del país se ve comprometida. En segundo lugar, y como lo muestra Colin H. Kahl, los líderes en Teherán seguramente no harían una distinción entre lo que sería un “ataque quirúrgico” contra sus instalaciones nucleares o lo que seguramente sospecharían, sería un intento de cambio de régimen (Kahl, 2012: 168). Kroening también argumenta que dos países árabes (*Irak y Siria*) cuyas instalaciones nucleares fueron atacadas por Israel en el pasado, “fueron sido incapaces de restablecer sus programas nucleares”. Esta no sería una analogía precisa en el caso de Irán, pues su programa nuclear es mucho más sofisticado y está geográficamente mucho más disperso que el de esos dos países árabes (*ver mapa No. 1*).

La respuesta militar iraní seguramente implicaría ataques a intereses y objetivos militares de EE.UU. en el Golfo Pérsico, acciones de represalia coordinadas con socios regionales en Líbano e Irak y el cierre del estrecho de Ormuz, lo cual afectaría severamente las rutas comerciales a lo largo del Golfo y podría hacer que el precio del barril de petróleo se dispare a los US\$300. Es previsible también que un ataque militar haga que Irán decida retirarse del TNP (2), y que se muestre aún más decidido a conseguir la bomba. En efecto, un ataque militar reforzaría la posición de los sectores políticos iraníes más radicales que, ante la agresión, seguramente se verían justificados para dar el paso definitivo hacia la consecución de un arma nuclear. Así lo admi-

te incluso el ex jefe de Seguridad Interna israelí, Yuval Diskin, quien ha afirmado que: "...atacar a Irán les animará a desarrollar una bomba todo lo más rápido" (anónimo (2013) Former Israeli Internal Security Chief: 'Attacking Iran Will Encourage Them To Develop A Bomb'. *ThinkProgress.org*).

Las consecuencias de una acción militar contra Irán tendrían además efectos catastróficos desde el punto de vista humanitario, no sólo en Irán, sino en toda el área circundante. Según el reporte *Study on a Possible Israeli Strike on Iran's Nuclear Development Facilities*, elaborado por el Center for Strategic and International Studies:

"Cualquier ataque contra el reactor nuclear de Bushehr causará la muerte inmediata de miles de personas que viven en esta ciudad o en su zonas adyacentes y miles o incluso cientos de miles de muertes por cáncer, en función de la densidad de población a lo largo de la nube de contaminación" (Toukan, 2012: 90).

Es entonces evidente que la propagación de la radiación nuclear no se detendría en las fronteras de Irán, las poblaciones civiles en toda la región, incluidas las de países aliados de los EE.UU. se verían obligadas a sufrir terribles consecuencias. Atacar las instalaciones nucleares de Irán podría tener efectos devastadores en posiblemente cientos de miles de habitantes de Medio Oriente que estarían expuestos a las nubes de químicos altamente tóxicos e incluso a lluvias radiactivas.

Otro estudio, *The Ayatollah's Nuclear Gamble: the human cost of military strikes against Iran's nuclear facilities*, elaborado por el Hinckley Institute of Politics de la Universidad de Utah, estima que el número de víctimas en caso de un ataque militar en cuatro sitios específicos: Isfahán, Natanz, Arak y Bushehr, se situaría entre 5.500 a 85.000 (Semnani, 2012: 42). Ataques convencionales que impliquen el bombardeo sistemático de instalaciones nucleares podrían ser mucho más devastadores que accidentes nucleares e industriales como el de Chernóbil,

Fukushima, Three Mile Island o Bhopal (Semnani, 2012: XII). Un ataque a las instalaciones de conversión de uranio de Isfahan y la planta de enriquecimiento de Natanz, liberaría existencias de flúor y compuestos de flúor que se convertirían en ácido fluorhídrico, un agente altamente reactivo que, cuando se inhala, hace que la gente literalmente “se ahogue en sus pulmones”. Como punto de referencia, los gases fluorados son más corrosivos y tóxicos que el cloro utilizado en la Primera Guerra Mundial.

Adicionalmente, el uso de bombas de 30.000 libras (*Massive Ordnance Penetrator*) necesarias para penetrar las instalaciones nucleares subterráneas iraníes, liberaría una gran cantidad de uranio radioactivo, no solo sobre Irán sino también sobre Asia Central (Marshall, 2012: 8).

Por otro lado, las consecuencias ambientales, por ejemplo, de un ataque a las instalaciones de Isfahán, tendrían también efectos devastadores, pues existe la posibilidad de que el ataque provoque que compuestos solubles de uranio permeen las aguas subterráneas y la cuenca del Markazi, que cubre la mitad del país (52%) y representa casi un tercio de los recursos hídricos renovables de Irán.

Pese a este panorama, la insistencia en una acción militar se mantiene constante. En el lobby de la guerra en Washington destacan una serie de “expertos”, políticos y *think tanks* conservadores que recurrentemente alimentan la histeria iranofóbica. Entre los primeros cabe mencionar al ex precandidato presidencial republicano Rick Santorum, los senadores John Cornyn, Lindsey Graham, John McCain, Robert Menendez y Joe Lieberman, así como la diputada Ileana Ros-Lehtinen, entre muchos otros que han apoyado legislación que esencialmente, autoriza el uso de la fuerza contra Irán, o fomenta la desestabilización del país a través del azuzamiento de las tensiones étnicas. En abril de 2013, el Comité de Asuntos Exteriores del Senado votó a favor de una resolución que no sólo le reconoce a Israel el “derecho de atacar a Irán de forma preventiva y en autodefensa”, sino que insta a la Casa Blanca a apoyar en esa misión bélica a su principal aliado en Oriente Próximo, no sólo por vías diplomáticas, sino también militares (anónimo (2013) El Senado de EE UU

se compromete a apoyar a Israel si este decide atacar a Irán. *El País*, Madrid).

Entre las entidades y *think tanks* destacan las siguientes: Coalition for Democracy in Iran (3), Jewish Institute for National Security Affairs (JINSA), Foundation for Defense of Democracies (4), The American Israel Public Affairs Committee (AIPAC), Freedom Watch, American Enterprise Institute, Hudson Institute, Iran policy Committee (5), Center for Security Policy, National Council of Resistance of Iran, Clarion Fund, United Against Nuclear Iran, Secure America Now (*ver cuadro No. 2*). Se trata en general de los mismos sectores conservadores que en su momento promovieron la invasión a Irak.

Cuadro No. 2

Las voces de la Guerra

Max Boot

Miembro del Council on Foreign Relations, colaborador y editor del *Weekly Standard*, firmante del *Project for the New American Century*.

“La única opción creíble para retrasar significativamente el programa nuclear iraní sería una campaña de bombardeos.”

The Iran threat, Los Angeles Times, 1 de diciembre de 2011.

Norman Podhoretz

Editor de la Revista *Commentary*

“Dado que una invasión terrestre a Irán debe ser descartada por muchas razones diferentes, el trabajo tendría que hacerse, si es que se va a hacer, por medio de una campaña de ataques aéreos (...) Aun así, probablemente serían incapaces de llegar a todas las instalaciones subterráneas, lo que significa que, si Irán sigue decidido a convertirse en un Estado nuclear, no tendría que empezar de nuevo desde cero. Pero una campaña de bombardeos sería sin lugar a dudas un retroceso de su programa nuclear en los próximos años, e incluso podría dar lugar a la caída de los mullahs”.

The Case for Bombing Iran, Commentary 7 de junio de 2007

Charles Krauthammer

Columnista del *Washington Post*; comentarista de *Fox News*; firmante del *Project for the New American Century*.

“La confianza de que (los mullahs de Irán) son como los soviéticos es una fantasía. Es por eso que Israel está contemplando un ataque preventivo. Israel se niega a confiar su propia existencia a las teorías prácticas de los analistas cómodos que viven a 6.000 millas de su Zona Cero.”

The Washington Post, 30 de agosto 2012

Lindsey Graham

Senador

“No sólo neutralizar su programa nuclear, sino hundir su marina de guerra, destruir su fuerza aérea y dar un golpe decisivo a la Guardia Revolucionaria, en otras palabras castrar al régimen”.

Agence France-Presse, 6 de noviembre de 2010

John R. Bolton

Ex Embajador de los EE. UU. en la ONU

“La decisión de si Israel debe usar la fuerza militar contra el programa nuclear de Teherán de armas es más urgente que nunca.”

Time for an Israeli Strike? The Washington Post, 2 de Julio de 2009

Fuente: elaboración propia a partir de diversas fuentes.

3. ¿Un Irán con armas nucleares en el futuro?

La inexistencia de pruebas que demuestren el desarrollo de un programa de armas nucleares, de ningún modo implica que la posibilidad de un Irán con armas nucleares pueda descartarse en el futuro. Los Estados deciden adquirir capacidades nucleares a partir de muchas circunstancias. No se puede perder de vista que el ejercicio del poder sigue siendo el elemento central de las

relaciones internacionales, y el propósito principal del poder militar (*al menos por el momento*) es la disuasión, entendida como la persuasión del propio oponente de que los costos y/o riesgos de un determinado curso de acción superan sus beneficios. En este sentido, es evidente cómo las armas nucleares pueden proporcionar al Estado nuclear una garantía infrangible de su independencia e integridad física (Smart, 1975: 548). La posesión determina *-en gran medida-* para una nación un rango de jerarquía y prestigio internacional. Por eso *-como lo dice Robert Gilpin-* adquirir armas nucleares se ha convertido en un importante objetivo de muchos Estados (Gilpin, 1981: 215).

A partir de lo anterior y aun y cuando Irán no parece haber adoptado la decisión de militarizar su programa nuclear, no puede descartarse un escenario futuro en el que este país adquiriera armas nucleares. Dicho escenario hipotético podría ser analizado *-al menos-* desde tres consideraciones fundamentales: la seguridad, que tiene que ver con las amenazas y desafíos percibidos desde Teherán, la racionalidad, que atañe al carácter “racional” o “irracional” del régimen y sus tomadores de decisiones y la dimensión cultural, que se refiere a la compatibilidad o incompatibilidad de la posesión y uso de armas de destrucción masiva con la naturaleza religiosa de la República Islámica.

Las percepciones de seguridad

Los Estados en las relaciones internacionales están envueltos en una diversidad de asuntos dentro de los cuales la seguridad es el más sobresaliente y ambiguo. La seguridad es un sentimiento y una realidad. Napoleón Bonaparte dijo en cierta ocasión que, “si se quería entender la política de un país, era necesario echar un vistazo al mapa”. Difícilmente se podría encontrar un ejemplo más pertinente de esto que Irán, un país inmerso en un vecindario peligroso y rodeado de potencias nucleares (*Pakistán, India, EE.UU., Rusia, China e Israel*). La decisión de adquirir capacidades nucleares podría entonces derivarse de las percepciones de seguridad de las élites iraníes. Para los iraníes, las realidades geopolíticas, junto con una psicología nacional definen la seguridad nacional.

En efecto, la historia y la geopolítica han demostrado recurrentemente a los iraníes que están inmersos en un entorno hostil y en ese sentido, para la generación actual de líderes que lucharon en los ocho años de la larga guerra con Irak en la década de 1980 (*la experiencia formativa de su generación*) la disuasión nuclear implicaría que el país “nunca sería invadido de nuevo por un enemigo” (Riedel, 2011: 1).

Una serie de posibles amenazas regionales son percibidas por Irán como factores de riesgo directo o indirecto. Evidentemente, una vez desaparecidos los regímenes de Saddam Hussein en Irak y el de los Talibanes en Afganistán, la principal percepción de amenaza son los EE.UU., que desde 1953 -*cuando se conspiró para derrocar al primer ministro iraní Mohammad Mosaddegh*- han llevado a cabo operaciones encubiertas contra Irán y desde 1979 han buscado un cambio de régimen en el país. Haber derrocado al Shah, un dictador amigo y confiable que cumplía las funciones de “gendarme regional” para los EE.UU. es algo que no se perdona fácilmente. Consecuentemente, las elites iraníes consideran a los EE.UU. como el principal centro de planificación de conspiraciones contra la República Islámica.

Los EE.UU. han ubicado al país en el “Eje del Mal” y ha sostenido en los últimos años una guerra encubierta contra Irán, que pasa -*entre otras dimensiones*- por el apoyo a organizaciones armadas que conspiran contra el gobierno de Teherán y la definición de escenarios de ataque militar contra el país.

Los EE.UU. apoyan a organizaciones político-militares enemigas de Irán como las guerrillas kurdas del Partido para la Vida Libre en el Kurdistán, PJAK (Renard, 2008), en el noroeste del país, el grupo terrorista suní Jundullah, que opera en el sureste (Hersh, 2013), o los Mujahedines del Pueblo de Irán, MEK, que recientemente han sido “sacados” de la lista de entidades que el Departamento de Estado considera como “terroristas”. Los EE.UU. también financia operaciones llevadas a cabo por la CIA y otras agencias de inteligencia, destinadas a “socavar las ambiciones nucleares de Irán y promover un cambio de régimen”, según lo han informado medios como el *The*

New Yorker, que también han dado cuenta de operaciones de las fuerzas especiales estadounidenses en áreas fronterizas en Irán (anónimo (2013) George W Bush ‘raised \$400 million for action against Iran’. *The Telegraph*, Londres).

Por otro lado, los EE.UU. estarían desde hace años preparándose para un ataque militar contra Irán. Según lo ha revelado William Arkin, analista militar y profesor adjunto de la U.S. Air Force School of Advanced Airpower Studies, la Administración Bush, en una revisión de política secreta completada a principios de 2002, habría ordenado al Departamento de Defensa elaborar planes de contingencia para el uso de armas nucleares contra al menos siete países: Rusia, el “Eje del Mal” (*Irak, Irán y Corea del Norte*), así como China, Libia y Siria (Arkin, 2002). Un año después y con el nombre clave “TIRANNT”, (*Theater Iran Near Term*), los planificadores militares de los EE.UU. habrían iniciado simulaciones de un ataque masivo a Irán (Arkin, 2006). Un año después en su libro *Winning Modern Wars: Iraq, Terrorism, and the American Empire*, el ex Comandante Supremo de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), Wesley Clark, dijo que el Pentágono había definido una hoja de ruta que consistía de una campaña de cinco años que incluía un total de siete países, empezando por Irak, después Siria, Líbano, Libia, Irán, Somalia y Sudán (Clark, 2004: 45).

Más adelante en 2005, el entonces vicepresidente Dick Chaney ordenó al Comando Estratégico de los EE.UU. (STRATCOM), la elaboración de un plan de contingencia para ser empleado en respuesta a otro ataque terrorista similar al del 11 de septiembre. El plan incluía un asalto aéreo a gran escala contra Irán empleando tanto armas convencionales como armas nucleares tácticas (Giraldi, 2005).

En sus reiterados esfuerzos por redefinir la geopolítica de la región y sentar las bases de un “Nuevo Medio Oriente” favorable a sus intereses, los EE.UU. han apoyado política y militarmente a las petro-monarquías suníes del Golfo Pérsico que perciben a Irán como una “amenaza”. Entre el año 2010 y el 2011 los EE.UU. triplicaron sus ventas de armas a estos países, alcanzando los US\$66.3 billones de dólares. Esta estrategia está

claramente encaminada a disuadir a Irán y obligarle a abandonar su programa nuclear.

Los EE.UU. poseen un poderoso anillo militar alrededor de Irán, compuesto por al menos veinte bases militares, 40.000 tropas estacionadas en el Golfo Pérsico, decenas de escuadrones de aviones de combate, la Quinta Flota, anclada en Manama que incluye entre otras naves a los portaviones (*USS Harry Truman* y *el USS Abraham Lincoln*), y barcos con sistemas de misiles balísticos Aegis, sistemas de misiles *Patriot*, 90.000 soldados concentrados en Afganistán y miles más en otros países de Asia Central.

Estas circunstancias hacen que muchos en Teherán consideren que la única manera en que puede ser enfrentado el desafío estadounidense a largo plazo es a través de la adquisición de armas nucleares que vengan a crear una situación de disuasión.

En el caso de Israel, pese a que el Líder Supremo afirma que *“el régimen usurpador sionista es demasiado insignificante para ser considerado un enemigo de primera fila de la nación iraní”*, no cabe duda que Israel es percibido como una amenaza importante para Irán. La República Islámica considera a Israel como una entidad *“ilegítima”*, y apoya a organizaciones político-militares que se le oponen, como Hezbollah y Hamas. Del otro lado, en Tel Aviv, la Revolución Islámica hizo que a partir de 1979, Irán dejara de ser considerado como la *“joya en la corona”* de las alianzas periféricas desarrolladas por Israel desde la época del ex primer ministro israelí David Ben-Gurion, y pasara a ser visto como un retador a la supremacía militar israelí en la región. Esto se hace particularmente evidente desde los años noventa, cuando se impulsa entre las élites israelíes la concepción de Irán como *“reto existencial”* para el país. Al respecto escribe Israel Shahak en su libro *Open Secrets: Israeli Nuclear and Foreign Policies*:

“Desde la primavera de 1992 la opinión pública en Israel se está preparando para la posibilidad de una guerra con Irán, que será llevada a cabo para lograr una total derrota militar y política iraní. En una versión, Israel atacaría a Irán solo, en otra “persuadiría “a Occidente para hacer

el trabajo. “La campaña de adoctrinamiento en este sentido está ganando intensidad. Va acompañada de lo que podrían llamarse escenarios semi-oficiales de horror que tienen por objeto detallar lo que Irán podría hacer a Israel, a Occidente y al mundo entero una vez que adquiriera armas nucleares...” (Shahak, 1997: 54).

Efectivamente, para un sector de la élite política israelí, Irán ha venido a sustituir cualquier desafío árabe como la principal “amenaza a la existencia de Israel”. Según Haggai Ram, profesor de la Universidad Ben-Gurion, en su libro *Iranophobia: The Logic of an Israeli Obsession*, Israel, una y otra vez ha abusado del fantasma de la “amenaza iraní”, para encubrir y desviar la atención lejos de los problemas domésticos y del sistema de apartheid que se amplía en los territorios palestinos ocupados. Ram muestra también que la retórica anti-israelí de las élites iraníes es parte de un añejo intercambio de amenazas y contra-amenazas entre los dos países y que dicha retórica anti-israelí no es más siniestra o más inmanente que las declaraciones anti-iraníes de las élites israelíes. Así, mientras que autoridades iraníes expresan su esperanza de que el “régimen sionista” desaparezca de las páginas de la historia, los israelíes han expresado mucho interés en un “cambio de régimen” en Irán (Ram, 2009: 89). Además, Israel amenaza constantemente con atacar y destruir las instalaciones nucleares iraníes y lleva a cabo acciones encubiertas contra la República Islámica, apoyando a enemigos de Teherán como el MEK (anónimo (2012) *Israel teams with terror group to kill Iran’s nuclear scientists, U.S. officials tell NBC News. Informationclearinghouse*), la guerrilla kurda del PJAK (anónimo (2012) *Wikileaks: Israeli Mossad wanted to use Kurds against Iran. Ekurd.net*), y Jundallah. En este último caso, de acuerdo a informes de la CIA, agentes israelíes, se han hecho pasar por agentes de inteligencia estadounidenses para contratar a miembros de Jundallah, aparentemente con el fin de llevar a cabo ataques dentro de Irán (Perry, 2012). Israel estaría también involucrado en acciones encubiertas para asesinar a científicos iraníes y otros funcionarios vinculados con la seguridad del país (6).

Sin embargo, durante los tres decenios transcurridos desde el lanzamiento de su programa nuclear, Irán ha preferido expresar su hostilidad hacia Israel a través de aliados regionales como Hezbollah (7) o Hamas; y ha procurado de que su “guerra indirecta” con Israel se mantenga estrictamente dentro de márgenes muy precisos o “líneas rojas” (Dueck, 2007: 193).

Los EE.UU. e Israel no son las únicas amenazas potenciales a los que Irán se enfrenta. Hacia el este, Irán colinda con Pakistán, un país con armas nucleares (*que no ha suscrito el TNP*) y en donde se viene generando desde los años ochenta una creciente tendencia anti-chiita. Si bien las relaciones de Pakistán con Irán han mejorado en los últimos años, el fantasma de la inestabilidad en Islamabad preocupa al liderazgo iraní. La posibilidad de un régimen suní radical en Pakistán con acceso a armas nucleares es algo ante lo que Irán cree que debe protegerse. Es preciso recordar que las pruebas nucleares paquistaníes de 1998 causaron gran ansiedad en Teherán y que a los Cuerpos de la Guardia Revolucionaria Islámica, CGRI (*Sepah-e Pasdaran-e Enqelab-e Eslami*), les preocupa el apoyo pakistaní a los Talibanes en Afganistán.

Dado este panorama de amenazas, es evidente entonces que Irán tiene preocupaciones objetivas de seguridad. Sin aliados y sin océanos circundantes que lo protejan, inmerso en un escenario regional hostil, con vecinos y enemigos armados con arsenales nucleares, la seguridad de Irán por lo tanto, debe estar basada en la disuasión. Habiendo aprendido durante la guerra con Irak, que los sistemas de armas importadas son inútiles ya que el suministro de repuestos y municiones podrían ser cortados con la misma facilidad como el cierre de un grifo, la disuasión de Irán debe necesariamente ser autogenerada y autosuficiente. Irán podría llevar su estrategia de seguridad, diseñada para “disuadir un ataque contra su territorio” y de “defender al país de amenazas externas en, particular de los EE.UU. e Israel, a una nueva etapa de disuasión que supondría la adquisición de armas nucleares. Una disuasión nuclear creíble con tecnología de misiles fiable, quizás no daría a Irán absoluta supremacía, pero sí un equilibrio de poder que de otra manera no alcanzaría.

Mapa No. 2

El entorno militar de Irán



Fuente: Modern War Magazine

La racionalidad del régimen

Las consideraciones en torno a la racionalidad de los actores en las relaciones internacionales suele tomarse en cuenta como un asunto de gran relevancia cuando se hace necesario describir y explicar los procesos de toma de decisiones en política exterior. Las discusiones sobre la racionalidad suelen tomar como punto de partida la perspectiva *-derivada de la economía-* de que la racionalidad puede ser definida como una maximización de la utilidad (Evans, 1990: 337). Implica entonces la capacidad de ejercicio de control sobre las actividades de un actor al servicio de fines deseados.

Si bien la racionalidad es un concepto normativo que apunta a lo que debe hacerse para lograr un fin u objetivo determinado, no es un concepto moral, sino que es aplicable a cualquier meta que un actor pueda escoger. Así, se puede elegir de forma racional invertir los ahorros de uno o robar un banco, la prestación de ayuda humanitaria en el extranjero o la conquista de otro país (Oppenheim, 2002: 2). Para actuar racionalmente a partir de un objetivo elegido, un agente debe tener en cuenta las alternativas de acción disponibles en la situación dada, predecir sus probables consecuencias, junto con sus efectos, y seleccionar una alternativa con una alta probabilidad de alcanzar el objetivo.

La racionalidad es un componente importante de lo que se define como el “interés nacional”, concepto que es aplicable a la política exterior de un Estado, sea cual sea su régimen político. En un sistema de relaciones internacionales caracterizado por la anarquía, sin una autoridad supranacional con el poder de hacer cumplir mandatos vinculantes para los gobiernos, es racional para cualquier gobierno tener por objeto la protección de sus intereses nacionales y adoptar objetivos de política exterior que sean compatibles con ellos.

Quienes consideran que un Irán con armas nucleares constituiría una “grave amenaza” a la seguridad internacional a menudo hacen referencia a argumentos como la conducta “intrínsecamente hostil” del régimen, su “obsesión con el martirio”, su “fanatismo” y su “irracionalidad”, como factores que harían

“inaceptable” que la República Islámica pueda tener armas nucleares. Uno de los principales publicistas de esta posición, el primer ministro israelí Benjamin Netanyahu, dice:

“Usted no quiere que un culto apocalíptico-mesiánico controle bombas atómicas” (...), “Cuando el creyente de ojos desorbitados se apodera de las riendas del poder y de las armas de muerte masiva, entonces el mundo entero debe empezar a preocuparse, y eso es lo que está sucediendo en Irán. Irán tiene un liderazgo compuesto, pero hay elementos de fanatismo que no existen en este momento en ningún otro aspirante a la energía nuclear en el mundo. Eso es lo que los hace muy peligrosos. (...) Desde los albores de la era nuclear, no hemos tenido un régimen fanático que pueda poner su fanatismo por encima de su propio interés. La gente dice que se comportarán como cualquier otra potencia nuclear. ¿Se puede correr el riesgo? ¿Puede suponerse eso?” (citado por Goldberg, J. (2009).

En efecto, distintos sectores políticos y mediáticos, han sido relativamente exitosos en presentar la “naturaleza agresiva” de Irán como un hecho aceptado entre un sector influyente de la opinión pública internacional (Adib-Moghaddam, 2008: 125).

El derrocamiento del Shah y el triunfo de la República Islámica habrían implicado la transformación de la política exterior iraní, de secular a religiosa, lo que para algunos “analistas” occidentales sería muestra de un paso hacia la irracionalidad. Ali Ansari dice al respecto:

“Ante los ojos de muchos analistas occidentales, el Irán revolucionario ocupa un espacio político particular que lo sitúa fuera de los límites racionales de los actores de la política exterior y en el reino del “fanatismo irracional”, que no se puede entender, y debe ser contenido o enfrentado (...) los iraníes, lejos de ser los persas racionales de la época del Shah, se habrían develado a sí mismos como

musulmanes fanáticos que poseen de un complejo de mártir y carecen de juicio racional” (Ansari, 2006).

Esta narrativa que presenta al régimen iraní como un Estado fundamentalista-errático, “irracional”, “monolítico”, sinónimo de “terrorismo”, “agresión” e “histeria religiosa”, anárquico, y poseedor de una peligrosa tendencia hacia el martirio que habría sido forjada en el intenso calor de la Revolución, se ha incrustado en la mentalidad occidental, y se ha convertido en un elemento básico del discurso popular y la propaganda.

En el marco de este esfuerzo propagandístico, algunos académicos israelíes han diseminado la idea de que el programa nuclear iraní es pura y esencialmente la expresión de un “*Proyecto de Jihad*”, teológicamente orientado hacia la realización del “sueño pan-islámico de una Ummah transnacional, con Irán como centro de un nuevo Imperio islámico” (Kedar, 2005). Así por ejemplo, ciertos pronunciamientos del presidente Ahmadinejad referentes al inminente retorno del Imam Oculto (*una figura central de la escatología chiita*), aparecen como “prueba irrefutable de que el presidente iraní desea un holocausto nuclear” (Ram, 2009: 87). También se ha afirmado que Irán (*a través del presidente Ahmadinejad*) ha amenazado con “borrar a Israel del mapa”, una afirmación que el presidente iraní nunca profirió (8). Descalificar al oponente como “fanático” supone desconocer su legitimidad o la posibilidad de que tenga intereses de seguridad legítimos. Si los líderes iraníes no son racionales, no cabría, entonces, echar mano de una estrategia como la disuasión implementada en la *Guerra Fría*, que supone la racionalidad de los actores.

El argumento en torno a la “irracionalidad” del régimen sostiene que Teherán no solo no se comportaría de acuerdo a las “normas convencionales” una vez que tenga armas nucleares, sino que “proporcionaría armas nucleares a terroristas que no controla por completo y sería además propenso a participar en una guerra nuclear, incluso con otros Estados poseedores de armas nucleares que puedan tomar represalias contra Irán.

Lo cuestionable de la tesis de la “irracionalidad” iraní es que carece de sustento histórico. Desde Ciro el Grande, hace más

de veinticinco siglos, Irán ha curtido una sólida tradición en el arte de gobierno y el manejo prudente y pragmático del interés nacional en los asuntos internacionales (Ramazani, 2004: 3). Y si bien la República Islámica se ha comportado como un Estado “incómodo”, ha tenido el cuidado de evitar la adopción de medidas que conduzcan a consecuencias catastróficas, y sus líderes han eludido movimientos imprudentes que pongan en peligro la supervivencia de la Revolución y la República. Si esto es así, y la evidencia histórica parece demostrarlo, sería necesario reconsiderar el escenario de un Irán con armas nucleares. Es altamente probable que las autoridades de Teherán asumirían su condición de potencia militar nuclear con cautela y racionalidad. Para Bruce Riedel, Director del Proyecto de Inteligencia del *Brookings Institution*:

*“Irán se comportaría como cualquier otro Estado con armas nucleares. No va a ser un Estado loco o suicida. Trata-
rá de usar su estatus nuclear para intimidar a los Estados
sin armas nucleares, pero evitará el conflicto que pueda de-
rivar en un intercambio nuclear con otra potencia nuclear.
Es muy poco probable que Irán inicie una guerra nuclear
con Israel o le dé el control de las armas nucleares a los
aliados que no pueda controlar”* (Riedel, 2011: 3).

Otros, como James M. Lindsay y Ray Takeyh, también minimizan las consecuencias de un Irán con armas nucleares, señalando que el régimen prefiere el poder frente a la pureza ideológica, recalcan el historial de pragmatismo de la República Islámica y aseguran que ese perfil continuará aún después de que Irán adquiera un arma nuclear (Lindsay, 2010: 36). En efecto, en muchas de las crisis o coyunturas regionales desarrolladas en los últimos años, como la invasión iraquí a Kuwait, la invasión estadounidense a Irak, la lucha contra los Talibanes en Afganistán o el combate a la red terrorista Al-Qaeda, la República Islámica ha mostrado que no es insensible a los riesgos y costos. El cauteloso comportamiento de Teherán en estas coyunturas es la mejor prueba de que después de Khomeini, Irán en general ha tratado

de evitar la participación directa en conflictos costosos y engorrosos con sus enemigos (Eisenstadt, 2011a: 2). Flynt Leverett y Hillary Mann Leverett, autores del libro *Going to Tehran: Why the United States Must Come to Terms with the Islamic Republic of Iran*, dicen al respecto:

“Este es un país que, desde su Revolución, básicamente ha estado, mucho, mucho más preocupado por defenderse, defender al pueblo iraní, consolidar y mantener su independencia frente a los poderes hostiles y regionales como las potencias extranjeras, incluyendo, en particular a los EE.UU”.

*“...Irán no ha sido persistentemente hostil hacia los Estados Unidos. En las últimas dos décadas, Teherán ha cooperado constantemente en cuestiones en las que Washington ha solicitado su asistencia, y se ha explorado con frecuencia la posibilidad de mejorar las relaciones entre Estados Unidos e Irán. Han sido los Estados Unidos, quienes han terminado en varias ocasiones estos episodios de cooperación bilateral y rechazado propuestas iraníes, lo que refuerza la sospecha líderes iraníes que Washington no aceptará nunca la República Islámica” (anónimo (2013) *Iran and the “Mad Mullah Myth”: Leveretts’ Forthcoming Book Excerpted in Harper’s. RaceforIran*).*

El argumento que plantea que un Irán nuclear “proporcionaría armas nucleares a terroristas” tampoco parece plausible, pues históricamente el país ha observado límites definidos en el apoyo a las milicias y organizaciones que considera como sus aliados en Oriente Medio. Por ejemplo, Irán ha provisto a Hezbollah de un amplio stock de equipo militar, pero no le ha proporcionado acceso completo a su arsenal militar. Tampoco proporcionó a las milicias chiitas iraquíes medios para derribar aviones de EE.UU. Además, el gobierno iraní no apoya a orga-

nizaciones que Occidente considera como terroristas por razones ideológicas, sino por una cuestión de cálculos de costos y beneficios que apuntan a mantener la disuasión y la preservación o ampliación de su influencia en el Medio Oriente (Nader, 2013: viii).

En caso de adquirir armas nucleares, ¿estaría su posesión y uso supeditada a las concepciones religiosas de los líderes de la República Islámica? No necesariamente. Estados articulados cultural e ideológicamente en el sistema internacional, como la República Islámica, pueden llevar a cabo políticas sobre una base regular que puede contradecir totalmente su identificación formal cultural-religiosa. La cultura oficialmente articulada de los Estados no necesariamente limita las opciones de política exterior, y no constituye necesariamente el factor más decisivo en su formulación (Shaffter, 2006: 5). En este sentido, hay evidencia contundente que muestra que Irán privilegia las consideraciones relacionadas con su interés nacional por encima *-o incluso a costa-*, de su ideología religiosa. Por ejemplo, en cuanto a sus vecinos, Irán tiene con Armenia *-un país cristiano-* vínculos mucho más cordiales que con Azerbaiyán, un país mayoritariamente chiita, con el que la República Islámica mantiene una relación tensa y complicada.

La política exterior de Irán ha mostrado en diversas ocasiones cómo líderes con una fuerte motivación religiosa, restringen su celo cuando la seguridad y el bienestar del régimen están en juego (Fischer, 2006: 60). Dos ejemplos elocuentes de lo anterior en el pasado han sido el caso “Irán-Contras” y la directriz del Ayatollah Khomeini sobre los “intereses por encima del Islam”:

El caso Irán-Contras. A mediados de los años ochenta los EE.UU. vendieron armas (*vía Israel*) al gobierno Iraní cuando éste se encontraba inmerso en la Guerra Irán-Irak, y con parte del dinero de dichas ventas se financió a la “Contra” nicaragüense (*movimiento armado creado y financiado por Estados Unidos para atacar al gobierno sandinista de Nicaragua, durante el periodo conocido como Revolución nicaragüense*). La República Islámica no vio contradicción alguna en asumir una

actitud pragmática y poner sus intereses materiales inmediatos por encima de sus principios religiosos y revolucionarios, y comprar armas del “Gran Satán” (los EE.UU.) a través de Israel, otro de sus enemigos.

Los intereses “por encima del Islam”: En enero de 1988, en respuesta a un discurso del entonces presidente Alí Khamenei sobre los poderes legales y prerrogativas del Gobierno Islámico, el Líder Supremo Ayatollah Khomeini emitió esta sorprendente declaración en la que afirmaba:

“Debo señalar que el Gobierno, que es parte de la absoluta vice-regencia del Profeta de Dios... es uno de los preceptos principales del Islam y tiene prioridad sobre todos los demás preceptos secundarios, incluso las oraciones, los ayunos, y el Hajj (...) El gobierno tiene la facultad de revocar unilateralmente los acuerdos de la Sharia que han sido acordados con el pueblo cuando esos acuerdos son contrarios a la intereses del país o del Islam. También puede prevenir cualquier asunto devocional o no devocional si se opone a los intereses del Islam...” (Citado por Euben, 2009: 160).

El Ayatollah Khomeini parecía señalar en términos inequívocos que los intereses del Estado debían tener prioridad sobre la Ley Islámica, y aunque controversial, el gobernante musulmán bien podría revocar o suspender los preceptos islámicos (*o ambos*), si fueran amenazados los intereses del Estado. Una prueba irrefutable de realismo político y pragmatismo. Al establecer este principio, Khomeini formalizó la supremacía de *raison d'état* sobre los principios del Islam como principio rector iraní de toma de decisiones. Este principio orienta la toma de decisiones en los más altos niveles del régimen, así como las acciones de los soldados de infantería del régimen.

Este tipo de comportamientos de conveniencia es por supuesto, lo que los paradigmas de política exterior centrados en el interés nacional esperan de los Estados cuando tienen que hacer una elección entre la búsqueda de imperativos culturales y/o religiosos, o garantizar su seguridad y prosperidad. Como lo afirma Brenda Shaffer:

“Irán tiene un credo religioso oficial y la perspectiva de que el Estado debe servir como un instrumento de ese sistema de creencias. En la práctica, sin embargo, la política exterior de la República Islámica de Irán desafía la línea culturalista. Los intereses materiales del Estado y, específicamente, del régimen gobernante, sirven como determinantes abrumadores de las decisiones de política exterior de Irán; los objetivos culturales e ideológicos raramente se promueven a expensas significativas de los intereses materiales” (Shaffter, 2006: 218).

En general, una larga lista de expertos suscribe la idea de que Irán posee la racionalidad necesaria para gestionar armas nucleares. Contrariamente a la percepción de que Teherán está dirigido por los “mullahs dementes y desequilibrados”, deseosos de contar con una bomba nuclear para convertir este país de 70 millones de habitantes en la “primera nación suicida del mundo”, las decisiones del régimen iraní no se derivan de postulados ideológicos “irracionales”. De hecho, los políticos iraníes han demostrado ser actores bastante racionales. Si efectivamente se comportaran como “mullahs dementes”, ¿no habrían invadido Irak? ¿No habrían querido recuperar por la fuerza Bahrein?

No está demás situar la discusión sobre la irracionalidad o racionalidad de los actores políticos estatales en Medio Oriente a la luz de la evidencia histórica. En este sentido, es preciso recordar que fue el Irak de Saddam Hussein el que invadió Irán en 1980 y luego Kuwait en 1990. Ha sido Israel quien ha invadido y atacado a sus vecinos en más de una ocasión: Egipto en 1956 y 1967, el Líbano en 1978, 1982, 1993, 1996 y 2006, Túnez en

1985 y Siria en 2007 y 2013 (9). La misma “Teoría del Loco”, atribuida al ex presidente estadounidense Richard Nixon, planteaba:

“nuestros enemigos deben de estar conscientes de que la “superpotencia agresora” es peligrosa, impredecible, que está presta a defender “lo que más valora”, Entonces se doblegarán a nuestra voluntad, conscientes de nuestra irracionalidad y capacidad de venganza...” (Citado por Chomsky: 2002, 176).

Esta teoría habría sido más bien acuñada por el Partido Laborista de Israel en los años cincuenta, cuando sus dirigentes predicaban a favor de “actos de locura -según consigna en su diario el Primer Ministro Moshe Sharett-, quien advertía; “nos volveremos locos” (*nishtagea*) si nos hacen enojar” (Citado por Chomsky: 2002, 176).

Frente a estos comportamientos erráticos y claramente violatorios del derecho internacional, Irán ha sostenido (*a diferencia de Israel y los EE.UU.*) una política de “no atacar primero”, repetidamente enunciada por sus autoridades. Como lo reconoce la Agencia de Inteligencia de Defensa de los EE.UU. (DIA), el objetivo estratégico de los líderes de Irán es, ante todo, la sobrevivencia y la definición de una estrategia de seguridad que disuada cualquier ataque a su territorio (Defense Intelligence Agency, 2010). Irán ha mantenido un comportamiento prudente -especialmente en sus fronteras-, y ha optado por mantener el *status quo* en lo que se refiere a su integridad territorial, evitando provocaciones militares. Irán no es un peligro serio para nadie, ni siquiera para sus vecinos próximos. De hecho, no ha lanzado una guerra convencional de agresión contra otro Estado en toda su historia moderna.

Irán está lejos de ubicarse entre las naciones más militarizadas del mundo. Ocupa el lugar 34 en el *Global Militarization Index 2012* elaborado por el Bonn International Centre for Conversion (BICC), en el que Israel ocupa el primer lugar y los EE-UU. el 30 (Bonn International Centre for Conversion, BICC,

2011). Irán apenas recibe el 3% de las importaciones de armas a la región, frente a un 23% de Arabia Saudita, un 22% de Israel y un 16% de Turquía (Wezeman, 2011: 5). Irán gasta apenas el 1.92% de su Producto Nacional Bruto en armas, frente a 9.58% de los Emiratos Árabes Unidos o el 10.41% de Arabia Saudita.

Contrariamente a la percepción de los “mullahs dementes” e irracionales, las decisiones del régimen no surgen de postulados ideológicos “irracionales”. Siguiendo la clasificación de Ofira Seliktar, hay cuatro razones para afirmar la racionalidad de Teherán:

-En **primer lugar**, expertos *-especialmente ubicados en el realismo y el neorrealismo-* señalan que Irán ha impulsado su programa nuclear con motivaciones distintas a las que impulsaron a otros Estados durante la *Guerra Fría*. Las preocupaciones de Irán han tenido más que ver con su seguridad nacional, la amarga experiencia de la Guerra Irán-Irak, la necesidad de competir con la amenaza nuclear de Israel, y asegurarse contra una posible intervención militar estadounidense (*ya sea directa o por delegación*).

-En **segundo lugar**, algunos analistas utilizan elementos de la teoría de la elección racional para argumentar que, adquirir armas nucleares tiene perfecto sentido para países pobres del Tercer Mundo que no pueden competir con los ejércitos occidentales o sus aliados regionales. En este sentido, el atractivo de la energía nuclear como el “gran igualador” es una respuesta eminentemente racional frente a la desigualdad de poder y una forma mucho más barata de armar el país.

-En **tercer lugar**, algunos observadores sugieren que la mera posesión de capacidades nucleares en realidad podría “moderar” el régimen, y señalan que cuando China adquirió capacidad nuclear en 1964, era considerado como un régimen “muy truhán”. Mao Zedong fue responsable de la muerte de millones de sus propios ciudadanos y había llevado a cabo una política exterior muy agresiva antes

del progreso nuclear del país, luchando contra los EE.UU. directamente en Corea e indirectamente en Vietnam. Sin embargo, unos años más tarde, China moderó su política exterior y abrió negociaciones que condujeron a relaciones plenas entre Washington y Beijing.

-En **cuarto lugar**, algunos analistas como Barbara G. Salmore y Stephen A. Salmore, toman prestados argumentos de la teoría de la elección racional para postular que los líderes políticos comparten el objetivo fundamental de permanecer en el poder, e incluso en el caso de Estados considerados como “truhanes”, puede esperarse que sus líderes valoren su propia supervivencia por encima de cualquier otro criterio. De hecho, tanto los líderes de Corea del Norte como los de Irán han demostrado preferencia por la supervivencia y, por tanto, no hay necesidad de preocuparse por su disuasión (Seliktar, 2011: 195).

Autores como Colin Dueck y Ray Takeyh señalan que los líderes iraníes son los más interesados en mantenerse en el poder, y reconocen que la transferencia de armas nucleares a terroristas podría llevar al tipo de represalias por parte de los EE.UU. o Israel que podrían eliminar su régimen por completo. Para Irán las armas nucleares serían armas de disuasión, proyección y potencia (Dueck, 2007: 195). Esta perspectiva es compartida también por Colin H. Kahl, Melissa G. Dalton y Matthew Irvine, analistas del *Center for a New American Security* y autores del estudio *Risk and Rivalry: Iran, Israel and the Bomb*, quienes consideran que existe una alta probabilidad que la disuasión nuclear entre Israel e Irán pueda actuar como lo hizo para las superpotencias durante la Guerra Fría (Kahl, 2012: 13). En el mismo sentido, Michael Eisenstadt de la Marine Corps University (MES), señala que, a pesar del frecuente recurso a las alusiones y las imágenes religiosas en sus discursos y entrevistas, los funcionarios iraníes a menudo emplean el lenguaje de la teoría de la disuasión tal y como se usa y emplea en Occidente (Eisenstadt, 2011: 3).

Si el liderazgo iraní es racional, una eventual adquisición de capacidad militares nucleares podría incluso inducir un elemento de estabilidad en la región. Así lo creen realistas como John J. Mearsheimer y Kenneth N. Waltz. El primero plantea que una de las explicaciones de la ausencia de un gran conflicto después de la II Guerra Mundial fue el hecho de que las grandes potencias poseían un arsenal nuclear, lo cual demostraría que lo más conveniente para evitar la guerra en la post Guerra Fría sería la disuasión nuclear (Mearsheimer, 1990: 54).

Por su parte, Waltz igualmente ha venido afirmando desde hace mucho tiempo que las armas nucleares han sido un factor que “ha promovido la paz en el mundo” después de la II Guerra Mundial, pues hacen que el costo de la guerra parezca alarmantemente alto, y disuaden a los Estados para que inicien guerras que puedan conducir a la utilización de esas armas. Las armas nucleares han ayudado a mantener la paz entre las grandes potencias y no han llevado a sus poseedores a entablar aventuras militares (Waltz, 1981). En el caso particular de Irán, Waltz ha dicho que, de hecho, el mejor escenario para restablecer la estabilidad en Medio Oriente es que “Irán adquiera armas nucleares”, y señala que el argumento que plantea que un Irán con armas nucleares “ofrece una perspectiva particularmente aterradora, e incluso representa una amenaza para su subsistencia”, es “típico de las grandes potencias que históricamente se han enfurecido cuando otro país ha logrado entrar en el club nuclear” (Waltz, 2013: 124). Waltz agrega:

“Si Irán se vuelve nuclear, Israel e Irán se disuadirán entre sí, como siempre lo han hecho las potencias nucleares. Nunca ha habido una guerra total entre dos Estados con armas nucleares. Una vez que Irán cruce el umbral nuclear, se aplicará la disuasión, incluso si el arsenal nuclear es relativamente pequeño. Ningún otro país de la región tendrá incentivos para adquirir su propia capacidad nuclear, y la crisis actual finalmente se disipará, lo que daría pie a un Medio Oriente más estable de lo que es hoy en día” (Waltz, 2013: 127).

Ahora bien, ¿por qué se insiste *-una y otra vez-* en recurrir al argumento de la “irracionalidad” de Irán si no se cuenta con fundamentos históricos que la demuestren? La respuesta a esta pregunta tiene que ver más con factores geopolíticos que históricos. Irán goza de una ubicación geoestratégica envidiable, atesora un legado cultural de cinco mil años y dispone de enormes riquezas energéticas en petróleo y gas natural. Sin embargo, tiene el gobierno “equivocado”, orientado por “políticas equivocadas” y que además, “no obedece órdenes”. Su oposición a las políticas de las potencias occidentales en Medio Oriente lo convierte en un actor al que no sólo hay que descalificar con el epíteto de “irracional”, es necesario también “demonizarlo”, identificarlo con las formas más abyectas de maldad y por supuesto, señalarlo como una “amenaza inminente a la paz y seguridad internacional”. Este libreto propagandístico resulta sospechosamente similar al planteado años atrás, para justificar la invasión a Irak. Los mismos personajes estridentes, las mismas imágenes de “hongos nucleares”, las mismas referencias a los “nuevos Hitler’s”, etc. En ambos casos, un Estado aislado con recursos militares limitados es presentado como un “peligro real para la región y para el Mundo Civilizado”. La demonización de Irán prepara el terreno para un ataque militar de los EE.UU. e Israel, y un cambio de régimen en Teherán.

Más allá de lo anterior, lo que la historia sí parece sustentar abundantemente es que los Estados poderosos necesitan recurrentemente mostrar que lo que hacen es “noble”, “justo”, “desinteresado”, “humanitario”, “racional” y “civilizado”, mientras que el accionar de los que se les oponen es “irracional”, “bárbaro” y “fanático”. Al respecto, resulta pertinente un relato de San Agustín de Hipona en *La Ciudad de Dios*, que cuenta la historia de un pirata capturado por Alejandro Magno, quien le preguntó: “¿Cómo osas molestar el mar?”, “¿Cómo osas tú molestar el mundo entero?” replicó el pirata. “Yo tengo un barco, por eso me llaman ladrón. Tú tienes una flota, por eso te llaman emperador” (San Agustín, 1992: 97). Para San Agustín, la respuesta del pirata fue “elegante y excelente”.

El factor cultural-religioso

La cultura -y especialmente la religión como forma de cultura- ganó popularidad en la segunda mitad del siglo XX como una explicación para entender la política exterior de los Estados. En sí misma, la cultura es un concepto controversial, y pocos han sido capaces de formular una definición de trabajo lo suficientemente precisa como para llegar a constituir una clara variable independiente. Para Geertz Clifford, la cultura es:

“el tejido de significado en términos a partir del cual los seres humanos interpretan su experiencia y guían su acción (...) el marco de creencias, símbolos expresivos y valores en función del cual los individuos definen su mundo, expresan sus sentimientos, y hacen su juicios” (Geertz, 1973: 144-145).

Aunque las principales corrientes académicas que promueven la importancia de la cultura en el campo de la política exterior se originan en diferentes campos de investigación, los principales proponentes del argumento culturalista provienen del constructivismo. Este enfoque analítico sostiene que toda actividad humana, incluyendo la política, se entiende a partir del significado que las personas dan a su entorno, y que ese significado es intersubjetivamente construido con los eventos e instituciones en el mundo. Por lo tanto, la cultura y los intereses materiales son vistos como un nexo que no se puede separar. Los constructivistas sostienen que la cultura da forma a las decisiones de política exterior, porque la política en general y los intereses de un Estado son conformados por significados compartidos y sostenidos por la población en un Estado (Shaffter, 2006: 13).

En el caso de Irán, la cultura y concretamente la religión se constituyen en factores relevantes, puesto que las doctrinas políticas y la ideología religiosa de la República Islámica, parecen desempeñar un papel importante en la configuración de las actitudes del país hacia muchos temas, incluido su programa nuclear.

Desde el punto de vista religioso, habría una aparente incompatibilidad entre el desarrollo y posesión de armas nucleares y el carácter islámico del régimen. En efecto, desde el triunfo de la Revolución, las armas de destrucción masiva (ADM) han sido reiteradamente consideradas como “anti-islámicas” por las más altas autoridades religiosas iraníes.

En octubre de 2003 el Líder Supremo iraní, el Ayatollah Alí Khamenei, emitió de forma oral una *fatwa* o decreto religioso, que estableció que el uso de armas nucleares y otros tipos de ADM era “*haram*” o “prohibido”, así como un “pecado, inútil, costoso, nocivo y peligroso, que plantea una grave amenaza para humanidad”. Desde ese momento Khamenei y otras autoridades han insistido en que Irán no busca armas nucleares pues “el Islam lo prohíbe”. El Líder Supremo decía en 2012:

“La nación iraní nunca ha buscado y nunca tratará de obtener armas nucleares. No hay duda de que los tomadores de decisiones de los países que se oponen a nosotros saben bien que Irán no busca tener armas nucleares, porque la República Islámica, lógica, religiosa y teóricamente, considera que la posesión de armas nucleares es un pecado grave y cree que la proliferación de tales armas es destructiva y peligrosa” (anónimo (2012) Iran will never seek nuclear weapons: Leader. PressTV, Irán).

Sin embargo, las autoridades iraníes diferencian su condena a las armas nucleares del derecho del país al uso pacífico de la energía nuclear. Al respecto, Khamenei ha dicho que el uso de la energía nuclear “es un derecho de todas las naciones” y agrega:

“Los campos de aplicación de la ciencia nuclear cubren una amplia gama de usos médicos, energéticos e industriales, cada uno de esencial importancia. Por esta razón, podemos decir correctamente que la tecnología nuclear ocupa un lugar destacado en nuestra vida económica y su importancia sólo aumentará a medida que avancemos.

Conforme a las necesidades de la industria, los sectores de salud y energía crecen, también lo hacen los esfuerzos para hacer un mayor uso de la energía nuclear” (anónimo 2012) Supreme Leader message to nuclear disarmament conference: Employment of nuclear weapons is illegal and “haram”. ISNA, Irán).

Aunque la *fatwa* nuclear de Khamenei es consistente con cierto *corpus* de sentencias de la tradición islámica que prohíbe las armas que son indiscriminadas en cuanto a sus efectos y por lo tanto, propensas, a matar a mujeres, niños y ancianos (Khalaji, 2011: ix), algunos analistas como Mehdi Khalaji relativizan los pronunciamientos de Khamenei y alegan que el Líder Supremo podría estar mintiendo de acuerdo con la *taqiyyah*, una doctrina chiíta que permite la disimulación de las creencias religiosas en caso de que la vida o el patrimonio estén comprometidos. Este criterio no es compartido por otros expertos, como el profesor Juan Cole, quien alega que la *taqiyyah* o permiso para mentir acerca de la religión, “no se aplica cuando hay un Estado chiíta capaz de proteger a los chiitas” (Cole, 2009).

Khalaji afirma también que las *fatwas* se emiten en respuesta a circunstancias específicas y pueden ser modificadas en respuesta a condiciones cambiantes y para esto, hace referencia a cómo el Ayatollah Khomeini modificó su posición sobre una serie de cuestiones a lo largo de su vida, por ejemplo, respecto a materias como los impuestos, el reclutamiento militar, el sufragio de las mujeres, y la monarquía como forma de gobierno. Así, -según Khalaji-, “nada impediría que Khamenei modifique su *fatwa* nuclear si las circunstancias exigen un cambio en la política” (Khalaji, 2011: 16-18).

La incompatibilidad entre la identidad religiosa del régimen y la adquisición de armas nucleares es entonces un argumento debatido por los analistas. Aunque páginas atrás se han señalado episodios en los que las cuestiones religiosas son relativizadas frente a razonamientos propios del realismo o el interés nacional, la historia de la República Islámica parece confirmar

dicha incompatibilidad, en tanto no existe ninguna evidencia histórica del uso por parte de Irán de ADM. Ni siquiera durante la Guerra Irán-Irak en la década de 1980, cuando Saddam Hussein autorizó el uso de armas químicas contra el país, *-lo cual implicó la muerte de 100.000 soldados y civiles-* los iraníes no tomaron represalias similares, *pues -como se ha dicho-* el Ayatollah Ruhollah Khomeini estaba en contra del uso de ADM. A partir de estas posiciones oficiales, el país ha firmado los principales tratados de repudio a la posesión de ADM, como la Convención sobre Armas Biológicas (BWC), la Convención sobre Armas Químicas (CWC), el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) y la Organización del Tratado de Prohibición Completa de Ensayos Nucleares (CTBT).

* * * * *

El escenario hipotético de un Irán con armas nucleares plantea consideraciones desde muchas perspectivas. La decisión de dar un componente militar al programa nuclear puede generarse *-tal y como se ha visto-* a partir de cierta percepción de amenazas a la seguridad iraní que según las elites en Teherán podrían ser atenuadas por medio de la disuasión nuclear. Muchos analistas coinciden en que la posesión de armas nucleares no alteraría el patrón de comportamiento prudente, racional y fundamentalmente centrado en la supervivencia de las élites iraníes. ¿Sería el carácter islámico del régimen, así como los distintos edictos religiosos de condena a las armas de destrucción masiva, un impedimento infranqueable para adquirir capacidades nucleares? No necesariamente. En otras ocasiones criterios de pragmatismo, interés nacional y realismo han primado sobre consideraciones religiosas.

4. *La vía diplomática*

Desde que la comunidad internacional se percató en 2002 que Irán no reportaban todas sus actividades nucleares, muchas

han sido las iniciativas diplomáticas que se han interpuesto para lograr un acomodo entre la voluntad del gobierno iraní de desarrollar un programa nuclear, y la necesidad de garantías reales de que no se desarrolla un programa de armamento que exige cierto sector de la comunidad internacional.

Pese a los traspiés, la desconfianza, la falta de voluntad política e incluso la manipulación de la información, se han logrado avances modestos. Esta situación es presentada por los sectores más propensos en Occidente al uso de la fuerza como prueba del “fracaso de la diplomacia” y de la necesidad de tomar “otras medidas”. Esta es la lógica de la frase “todas las opciones están sobre la mesa”, reiterada por las administraciones de George W. Bush y Barack Obama, que hace referencia a la posibilidad de una acción militar contra Irán. ¿Ha agotado sus posibilidades la diplomacia? No necesariamente. Lo que habría fallado sería *una* forma de diplomacia “coercitiva”, basada en el “palo y la zanahoria”, los continuos ultimátums y las amenazas de acciones militares contra Irán. Esta diplomacia ha fallado, en la medida en que no ha logrado sus objetivos declarados, que son modificar el comportamiento de Irán en temas como el enriquecimiento de uranio, el apoyo a las organizaciones que Occidente considera como “terroristas”, la oposición a los “procesos de paz” patrocinados por los EE.UU. en Medio Oriente, y la violación de derechos humanos.

Una de las razones del fracaso de esta diplomacia coercitiva es que simplemente ignora la historia de Irán. Para Irán, el pasado siempre está presente. Una combinación paradójica de orgullo por la civilización persa-iraní y un sentido de victimización, han creado un feroz sentido de independencia y una cultura de la resistencia al dictado y dominación de las potencias extranjeras, entre el pueblo iraní. Desde hace más de 150 años los iraníes están acostumbrados a esas actitudes de parte de los imperios, y los políticos que han cedido a los ultimátums han sido considerados por el pueblo como traidores, mientras que los que los han rechazado, han sido vistos como héroes.

Otra de las evidencias claras del fracaso de la diplomacia coercitiva son las sanciones. Diversas experiencias recientes

alrededor del mundo demuestran que las sanciones casi nunca funcionan cuando constituyen la totalidad de una estrategia de presión ejercida contra un país. En el caso de Irán, las sanciones no han logrado modificar la política nuclear del régimen y se han convertido más bien en una forma de castigo colectivo destinado a incitar a la población iraní contra sus líderes. Como lo demuestra un estudio reciente del National Iranian American Council (NIAC):

“El programa parece en gran medida no afectado en absoluto por las sanciones o en todo caso, impulsado en parte por estas, en el sentido de que la escalada de sanciones como moneda de cambio también da a Irán el incentivo para avanzar en su programa...” (Khajepour, 2013: 4).

Pero no solamente las sanciones no han logrado sus objetivos, sino que han sido hábilmente aprovechadas por los sectores de “línea dura” en Teherán, que a menudo se refieren a ellas como un “chiste”, y de hecho, las “agradecen” y consideran como un “regalo de Dios para la nación iraní”. Así por ejemplo, Ahmadinejad consideraba que las sanciones “fortalecían la autarquía de la economía iraní, la auto-suficiencia y servían así al interés nacional”, mientras que, el jefe de las milicias Basij, el General Muhammad Reza Naqdi, llegó a decir: “Agradezco a Dios que nuestro país esté sometido a sanciones y rezo para que estas se incrementen día a día” (citado por Mousavian, 2012a: 20).

Las posibilidades de la diplomacia están lejos de agotarse, especialmente porque no ha habido negociaciones directas entre Irán y los EE.UU. La potencia ha rechazado en varias ocasiones llamados al diálogo (*directo o indirecto*) planteados por autoridades iraníes, como el propuesto, a través de la embajada de Suiza por el ex presidente Khatami en marzo de 2003, y que según Craig Unger de la revista *Vanity Fair*, tenía un carácter comprensivo, que abarcaba desde el programa nuclear hasta el apoyo iraní a Hezbollah y Hamas. La Administración Bush ni siquiera contestó esta propuesta iraní. Los EE.UU. también

han menospreciado la colaboración iraní demostrada en distintas coyunturas, como la suscitada después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, cuando Irán respaldó plenamente la guerra de EE.UU. contra el terrorismo. Irán combatió también a Al-Qaeda y arrestó y extraditó a más de 500 de sus miembros (Mousavian, 2012a: 435). En el caso de Afganistán, Teherán sirvió como enlace diplomático clave en la Conferencia de Bonn de 2001, que buscaba racionalizar los esfuerzos estadounidenses y de la ONU para la gestionar la crisis afgana. El papel de Irán fue fundamental en el fortalecimiento de la legitimidad internacional para el gobierno de Kabul, al insistir en que la palabra “democracia” se introdujera en el acuerdo. Estos episodios demostraron el lado pragmático de la política exterior iraní y la voluntad de contribuir a un Afganistán estable. Pero a cambio de esas propuestas de “apertura”, el presidente George W. Bush terminó etiquetando a Irán como parte del “Eje del Mal”.

Por otro lado, las supuestas “aperturas diplomáticas” de parte de los EE.UU. no han sido consistentes. El célebre mensaje de Nowruz (*año nuevo persa*) de 2009 que el presidente Obama envió al pueblo iraní afirmando su “compromiso con la diplomacia”, nunca fue acompañado con hechos, al contrario, fue seguido de intimidaciones, renovadas amenazas de acciones militares ilegales, sanciones agobiantes, sabotajes y asesinatos extrajudiciales de científicos iraníes. Como lo afirma Stephen Walt, el liderazgo iraní “tiene buenas razones para ver a Obama como inherentemente poco fiable” (Walt, 2013).

Una nueva aproximación política entre Irán y Occidente requeriría una renovada actitud diplomática. Aunque los EE.UU. admiten los derechos que el TNP le otorga a Irán, es necesario ir más lejos: reconocer diplomáticamente a la República Islámica, propiciar estabilidad de las relaciones y un marco de confianza, admitir que Irán tiene necesidades de seguridad legítimas y cesar los esfuerzos enfocados a un cambio de régimen, pues ningún avance será posible si Teherán continúa percibiendo que el principal interés de los EE.UU. y sus aliados es derrocar la República Islámica. Este es en definitiva el obstáculo más importante para una normalización de las relaciones.

Cada vez más voces llaman la atención sobre la necesidad de cambiar de actitud hacia Irán. Recientemente, un grupo de ex funcionarios estadounidenses de alto nivel y expertos entre los que figuran Zbigniew Brzezinski, asesor de seguridad nacional del ex presidente Jimmy Carter; Ryan Crocker, ex embajador de los EE.UU. en Afganistán e Irak; Lee Hamilton, ex congresista y vicepresidente de la Comisión que investigó los hechos del 11 de septiembre; el ex jefe de la CIA Michael Hayden; y académicos como Joseph Nye, elaboraron un reporte en el que señalan que la política de sanciones, en lugar de reforzar la diplomacia, puede hacerla fracasar. Estos expertos llegan a la conclusión de que las sanciones han “contribuido a un aumento de la represión y la corrupción dentro de Irán,” y “pueden estar sembrando las semillas de la alienación a largo plazo entre el pueblo iraní y los EE.UU.” (anónimo (2013) Report Urges White House to Rethink Iran Penalties. *The New York Times*, Nueva York). Aunque sugieren mantener la credibilidad de un ataque militar, apelan a preparar el terreno para dialogar con Irán, convenciendo a sus autoridades que los EE.UU. “no quieren derrocar a su gobierno” (Brzezinski, 2013: 11).

Los EE.UU. e Irán no están fatalmente destinados a la confrontación. Analistas como Flynt Leverett y Hillary Mann Leverett, han planteado la necesidad de parte de los EE.UU. de superar los enfoques políticos fallidos del pasado con un esquema inspirado en el “Modelo Chino”. Estos autores encuentran paralelismos entre la percepción que existe en Washington respecto a la República Islámica y la percepción que en su momento se tenía sobre la República Popular de China (*antes del gobierno de Richard Nixon*), y proponen una apertura político-diplomática similar a la que este presidente impulsó con el gigante asiático en los años setenta. Otros como Robert Baer y Seyed Hossein Mousavian, incluso apuestan a un acuerdo amplio con Irán, afirmando que existen intereses en común entre los EE.UU. y la República Islámica. Dicho acuerdo haría necesario trascender los conceptos erróneos, prejuicios y estereotipos que impiden un entendimiento entre Irán y Occidente (Baer, 2008: 260), de cara a iniciar un proceso de negociación directa entre ambos países,

que implique *-entre otras cosas-* reconocer el carácter de Irán como potencia emergente y plantear esquemas de cooperación militar que reconozcan el papel y la responsabilidad de Irán en el mantenimiento de la seguridad en el Golfo Pérsico, Irak y Afganistán. Para Baer y Mousavian, Irán podría ser un aliado mucho más razonable que los regímenes suníes árabes, pues tanto Irán y los EE.UU. comparten un enemigo común: el fundamentalismo suní de organizaciones como los talibanes y Al-Qaeda, que fueron creados con apoyo de Arabia Saudita y Pakistán (Mousavian, 2013).

Conclusiones

El programa nuclear iraní, que en sus orígenes se remonta a la época del Shah, ha devenido en uno de los temas más polémicos de las relaciones internacionales contemporáneas. Para los iraníes, acceder a la energía nuclear no solo representa la posibilidad de solventar necesidades energéticas objetivas, sino también, el ejercicio de un derecho inalienable que el país posee en el marco del TNP y una cuestión de estatus y prestigio como potencia regional emergente. Sin embargo, ese ascenso de Irán como potencia regional es percibido como una amenaza al equilibrio de poder construido por los EE.UU. y sus Estados-cliente en Medio Oriente, generando resistencias ante la posibilidad de que Irán se una al limitado círculo de países con capacidades militares nucleares. Lo anterior ha generado un largo y tortuoso conflicto diplomático en el seno de entidades como la AIEA, así como sucesivas rondas de sanciones contra Irán y distintos esfuerzos encaminados a aislar al país.

Pese a que Irán no ha violado el TNP y ninguna evidencia contundente ha demostrado que su programa nuclear tenga un perfil militar, un impresionante aparato propagandístico de desinformación y mentiras *-aupado por la industria de la guerra-* ha venido señalando que la naturaleza del programa nuclear iraní tiene una naturaleza militar oculta. Este esfuerzo político y mediático encabezado por los EE.UU. e Israel, parece más bien ser la mampara de lo que sería el verdadero objetivo político: un

ataque militar “preventivo” que destruya la infraestructura nuclear iraní y provoque un cambio de régimen en Teherán. Si el programa nuclear iraní difícilmente puede concebirse como una amenaza a la seguridad internacional, un ataque militar contra Irán, orientado a destruir su infraestructura nuclear, indudablemente constituiría una catástrofe para la estabilidad regional, tendría alcances militares limitados, difícilmente acabarían con el programa nuclear, y terminaría más bien por abrir la *Caja de Pandora* en Medio Oriente, sometiendo a la región en un caos sumamente difícil de contener. Los costos humanos serían además altísimos. Decenas de miles de inocentes podrían morir en muchos países, no solo en Irán sino en toda la región.

Aunque Irán no ha tomado *-hasta el momento-* la decisión de dar un carácter militar al programa nuclear, no puede descartarse que este país decida a mediano o largo plazo, dotarse de armas nucleares. Preocupaciones objetivas de seguridad y el deseo de crear un marco de disuasión que inhiba alguna agresión contra el país (*especialmente de parte de los EE.UU. o Israel*), podrían impulsar a Teherán a buscar capacidades nucleares en el futuro. Sin embargo, un Irán constituido en potencia militar nuclear no significaría necesariamente una amenaza directa a la paz y la seguridad internacional, pues, a partir de la evidencia histórica, cabría esperar que la República Islámica mantendría su perfil de política exterior prudente, racional y primordialmente centrada en la defensa y la preservación del régimen. Las armas nucleares difícilmente van a cambiar los intereses y estrategias de Irán.

El escenario, hipotético pero factible de un Irán con armas nucleares, tendría diversas implicaciones. Supondría un nuevo equilibrio de poder en Medio Oriente que, por un lado, limitaría la primacía militar de los EE.UU. e Israel y su monopolio de la violencia nuclear. Por otro lado, no estaría exento de fricciones e incluso la posibilidad de una carrera militar nuclear en la zona, en la que eventualmente llegarían a participar las petro-monarquías suníes de la región, e incluso Egipto, lo cual podría generar inestabilidad. En todo caso, implementar un marco de disuasión sería factible.

Finalmente, parece evidente que el programa nuclear iraní y todas sus implicaciones —*especialmente de seguridad*— deben de ser abordados a partir de un nuevo marco diplomático que trascienda los esquemas fracasados de “palo y zanahoria”, amenazas y sanciones, reconozca que Irán tiene derecho a los beneficios de la energía nuclear, y que este país tiene intereses legítimos de seguridad nacional que no se pueden deslegitimar.

Notas

(1) El Estrecho de Ormuz es el principal cuello de botella del comercio mundial de crudo. En 2011, cerca del 35% del petróleo transportado por rutas marítimas pasó por Ormuz, lo que constituye aproximadamente el 20% del comercio mundial de crudo. El cierre del estrecho tendría un efecto muy negativo en la economía mundial, tal y como lo ha señalado Michael Singh, ver *Will Iran dare close the Strait of Hormuz?* <http://iranprimer.usip.org/blog/2012/jan/05/will-iran-dare-close-strait-hormuz> consultado el 3 de mayo de 2013.

(2) Esta posibilidad se ha barajado recurrentemente en círculos políticos iraníes. En abril de 2013 un miembro del Majlis decía: “No es aceptable que Irán respete el TNP y las regulaciones de la Agencia y los Estados Unidos y Occidente ignoran el TNP, incluyendo el artículo VI (*desarme nuclear*) y el artículo IV (*derechos nucleares inalienables de Irán*). Por lo tanto, no hay ninguna razón para que Irán sea miembro del TNP y el Majlis puede opinar sobre este tema” (Alaeddin Boroujerdi). *Iran may consider withdrawing from NPT: MP. Tehran Times*, 8 de abril de 2013.

(3) Fundada en 2002 por Michael Ledeen y Morris Amitay que fue Director Ejecutivo del American Israel Public Affairs Committee, AIPAC. Entre sus miembros está Rob Sobnahi quien tiene una fuerte vinculación personal con los hijos del depuesto Shah de Irán.

(4) Fundada después del 11 de septiembre de 2011, la FDD es una organización islamófoba que ha estado a la vanguardia promoviendo la guerra contra Irán.

(5) Esta entidad sirve como “lobby” de la organización terrorista Mujahedines del Pueblo de Irán, MEK.

(6) Por ejemplo, la revista *Time*, informó que –*de acuerdo a funcionarios de inteligencia occidentales*- Israel estaría detrás de la explosión de una instalación de misiles iraní en la que murieron 17 personas, incluyendo a Moqqadam Hassan, comandante de la Guardia Revolucionaria y figura clave en el programa de misiles de Irán. *Time* cita a un “funcionario de inteligencia occidental” como diciendo que Israel estaba detrás del ataque. Was Israel Behind a Deadly Explosion at an Iranian Missile Base?

(7) Según Thanassis Cambanis autor de *A privilege to die*, la ayuda iraní a Hezbollah se estima en unos 100 millones de dólares al año.

(8) Como lo han demostrado varios expertos, el presidente Mahmoud Ahmadinejad citó al Ayatollah Khomeini quien dijo que “este régimen de Ocupación sobre Jerusalén debería desaparecer de la página del tiempo” (*en rezhim-e eshghalgar-i Qods Bayad como safheh-e shavad ruzgar mahv*). Esto evidentemente no es una amenaza de agrazón militar sino una esperanza de que ese régimen se derrumbe, al igual que la Unión Soviética lo hizo. No es una amenaza de matar a nadie.

(9) La conducta agresiva del Estado de Israel –*ampliamente documentada*- ha puesto en duda muchas veces la racionalidad de sus líderes. Israel Shahak decía en *Open Secrets: Israeli Nuclear and Foreign Policies* (Pluto Press, 1997, p. 2) “Israel se prepara claramente a buscar la hegemonía sobre todo el Medio Oriente... sin dudar en utilizar para tal propósito todos los medios disponibles, incluyendo las nucleares”. En 2003 el periodista David Hirst señalaba en un artículo en el diario londinense *The Guardian*: “La amenaza de salvaje violencia irracional en respuesta a la presión política, ha sido un impulso israelí desde los primeros días” y llama a Israel a ser un candidato para “el papel del Estado-nuclear-loco”. En el caso de la denominada “Opción Sansón” (*nombre que denomina la estrategia de represalia nuclear masiva de Israel contra las naciones “enemigas*) Noam Chomsky afirma: “La locura del Estado no se debe a que la gente esté loca. Una vez que se escoge una política de expansión por

encima de la seguridad, eso es lo que se obtiene” (*Transcript of Noam Chomsky talk: “Assessing the Role of US Foreign Policy, Israeli Security, & Human Rights in the Occupied Palestinian Territories,” April 7, 2009 Madison, WI*)

Bibliografía

- Adib-Moghaddam, A. (2008). *Iran in World Politics: the question of the Islamic Republic*. Columbia: Columbia University Press.
- Afrasiabi, K. (2006). *Iran’s nuclear program: debating facts versus fiction*. Book Surge Publishing.
- Arkin, W. (2002, 9 de marzo). Secret Plan Outlines the Unthinkable. *Los Angeles Times*.
- Avneri, U. In Israel. (2012). In Israel a putsch against war. *The Washington Report on Middle East Affairs*. Vol. 31, (No. 4).
- Baer, R. (2008). *The Devil We Know: Dealing with the New Iranian Superpower*. New York: Three River Press.
- Bar, S. (2011). Can Cold war deterrence apply to a Nuclear Iran? *Strategic Perspectives*, No. 7, Jerusalem: Jerusalem Center for Public Affairs.
- Bonn International Centre for Conversion. (2012). Global Militarization Index. Bonn.
- Brzezinski, Z. et al. (2013). *Strategic Options for Iran: Balancing Pressure with Diplomacy*. New York: The Iran Project.
- Byman, D. et al. (2001). *Iran’s security policy in the post-Revolution Era*. Santa Monica: National Defense Research Institute.
- Chomsky, N. Et al. (2005). *Targeting Iran*. New York: City Lights Books.
- (2002). *El Nuevo humanismo militar*. México: Siglo XXI Editores.
- Chubin, S. (2010). The Iranian Nuclear Riddle after June 12. *The Washington Quarterly*, Vol. 33 (No. 1). Washington D.C.: Center for Strategic and International Studies.

- (2003). Debating Iran's Nuclear Aspirations. *The Washington Quarterly*, Vol. 26 (No. 4). Washington D.C.: Center for Strategic and International Studies.
- Clark, W. (2004). *Winning Modern Wars: Iraq, Terrorism, and the American Empire*. New York: Public Affairs.
- Cole, J. (2009, 1 de octubre). Top Things you Think You Know about Iran that are not true. *Informed Comment*. Recuperado de <http://www.juancole.com/2009/10/top-things-you-think-you-know-about.html>
- Defense Intelligence Agency. (2010). Statement: *Iran's Military Power*.
- Dueck, C. (2007). Iran's Nuclear Challenge. *Political Science Quarterly*, Vol. 122 (No. 2).
- Escobar, P. (2011, 10 de noviembre). A bad case of nuclear Iranophobia. *Asia Times Online*. Recuperado de http://www.atimes.com/atimes/Middle_East/MK10Ak02.html
- Eisenstadt, M. (2011a). The Strategic Culture of the Islamic Republic of Iran: Operational and Policy Implications. *MES Monographs*, No. 1. Middle East Studies at the Marine Corps University.
- et al. (2011a). *Nuclear Fatwa: Religion and Politics in Iran's proliferation Strategy*. Policy Focus No. 15. The Washington Institute for Near East Policy.
- Euben, R. et al. (2009). *Princeton Readings in Islamic Thought. Texts and contexts from al-Banna to Bin Laden*. Princeton: Princeton University Press.
- Evans, G. (1990). *The Dictionary of World Politics: Reference Guide to Concepts, Ideas and Institutions*. New York: Simon & Schuster.
- Feldman, S. et. al. (2012). What to Do about Nuclearizing Iran? The Israeli Debate. *Middle East Brief*, No. 59, Crown Center for Middle East Studies. Brandeis University.
- Finaud, M. (2012). *A Nuclear Iran: Avoiding a Self-Fulfilling Prophecy*. Geneva: The Geneva Centre for Security Policy (GCSP).
- Geertz, C. (1973). *The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books.

- Gilpin, R. (1981). *War and Change in World Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Giraldi, P. (2005). Attack on Iran: Pre-emptive Nuclear War. *The American Conservative*.
- Goldberg, J. (2009). Netanyahu to Obama: Stop Iran—Or I Will. *The Atlantic*.
- Henderson, S. et al. (2012). Nuclear Iran: A Glossary of Terms. *Policy Focus*, No. 121. Washington D.C.: The Washington Institute for Near East Policy.
- Hersh, S. (2008). US Training Jundullah and MEK for Bombing Preparation. Recuperado de <http://irancoverage.com/2008/07/08/seymour-hersh-us-training-jundullah-and-mek-for-bombing-preparation/>
- Jones, P. (2012). Learning to live with a Nuclear Iran. *The Nonproliferation Review*. Vol. 19, (No. 2).
- Kahl, C. et al. (2012). *Risk and Rivalry: Iran, Israel and the Bomb*. Washington D.C.: Center for a New American Security.
- (2012). Not time to attack Iran. *Foreign Affairs*, Vol. 91 (No. 2).
- Kedar, M. (2005, 14 de diciembre). Nucleotheism: Understanding the Iranians. *The Jerusalem Post*.
- Khalaji, M. et al. (2011). *Nuclear Fatwa: Religion and Politics in Iran's proliferation Strategy*. Michael Eisenstadt et al. Policy Focus No. 115. Washington D.C.: The Washington Institute for Near East Policy.
- Khan, S. (2010). *Iran and Nuclear Weapons Protracted conflict and proliferation*. New York: Routledge.
- Kile, S. (Ed.) (2005). *Europe and Iran Perspectives on Non-proliferation*. SIPRI Research Report No. 21. Oxford: Oxford University Press.
- Kemp, G. Et al. (2004) *Iran's Bomb American and Iranian Perspectives*. Washington D.C.: The Nixon Center.
- Khajepour, B. et al. (2013). "Never give in and never give up" *The Impact of Sanctions on Tehran's Nuclear Calculations*. Washington D.C.: National Iranian American Council (NIAC).

- Kibaroglu, M. (2006). Good for the Shah, Banned for the Mullahs: The West and Iran's Quest for Nuclear Power. *Middle East Journal*, Vol. 60, (No. 2).
- (2007). Iran's Nuclear Ambitions from a Historical Perspective and the Attitude of the West. *Middle Eastern Studies*, Vol. 43, (No. 2).
- Kroening, M. (2012). Time to attack Iran. *Foreign Affairs*, Vol. 91, (No. 1).
- Leverett, F. et al. (2013). *Going to Tehran: Why the United States Must Come to Terms with the Islamic Republic of Iran*. New York: Metropolitan Books.
- Lindsay, J. et al. (2010). After Iran Gets the Bomb. *Foreign Affairs*. Vol. 89, (No. 2).
- Marshall, R. (2012). A short-term victory with long-term consequences. *The Washington Report on Middle East Affairs*. Vol. 31, (No. 3).
- Mearsheimer, J. (1990). Back to the future: instability in Europe after the Cold War. *International Security*. Vol. 15, (No. 1).
- Mokhtari, F. (2005). No One Will Scratch My Back: Iranian Security Perceptions in Historical Context. *Middle East Journal*, Vol. 59, (No. 2).
- Mousavian, S. H. (2012a). *The Iranian Nuclear Crisis: A Memoir*. Washington D.C.: Carnegie Endowment for International Peace.
- (2012b, 4 de diciembre). Ten Reasons Iran Doesn't Want the Bomb. *The National Interest*. Recuperado de <http://nationalinterest.org/commentary/ten-reasons-iran-doesnt-want-the-bomb-7802>.
- (2013a, 30 de mayo) Engage with Iran in Afghanistan. *The National Interest*. Recuperado de <http://nationalinterest.org/commentary/engage-iran-afghanistan-8528>
- (2013b, 13 de diciembre). *Rules for Successful Engagement with Iran*. Atlantic Council. Recuperado de http://www.acus.org/new_atlanticist/rules-successful-engagement-iran
- Nader, A. (2013). *Iran After the Bomb: How Would a Nuclear-Armed Tehran Behave?* Santa Monica, C.A.: The RAND Corporation.

- National Intelligence Estimate (2207). *Iran: Nuclear Intentions and Capabilities*.
- Oppenheim, F. (2002). Foreign Policy, Rationality and Morality. *Ratio Juris*. Vol. 15, (No. 1).
- Oxford Research Group (2007). *Time to talk: the case for diplomatic solutions on Iran*. London.
- Patrikarakos, D. (2012). *Nuclear Iran: The Birth of an Atomic State*. London: I.B. Tauris.
- Perry, M. (2012). False Flag. *Foreign Policy*. Recuperado de http://www.foreignpolicy.com/articles/2012/01/13/false_flag?page=full
- Ram, H. (2009). *Iranophobia: the logic of an Israeli obsession*. Stanford: Stanford University Press.
- Ramazani, R.K. (2004). Ideology and Pragmatism in Iran's Foreign Policy. *Middle East Journal*. Vol. 58, (No. 4).
- (1966). *The foreign policy of Iran: A developing nation in world affairs, 1500-1941*. Virginia: University Press of Virginia.
- Renard, T. (2008). PJAK in Northern Iraq: Tangled Interests and Proxy Wars. *Terrorism Monitor* Vol. 6, (No. 10).
- Riedel, B. (2011). *Iran-U.S.: After the Iranian Bomb*. Washington D.C.: Center for Strategic Research, National Defense University.
- Ritter, S. (2007). *Target Iran: The Truth about the White House's Plans for Regime Change*. New York: Nation Books.
- Sadeghi-Boroujerdi, E. (2012). *Sanctioning Iran: Implications and Consequences*. London: Oxford Research Group, London.
- San Agustín. (2002). *La Ciudad de Dios*. México D.F. : Porrúa.
- Seliktar, O. (2011) Assessing Iran's Nuclear Rationality: The "Eye of the Beholder" Problem. *Journal of the Middle East and Africa*, Vol. 2, (No. 2).
- Semnani, K. (2012). *The Ayatollah's Nuclear Gamble: the human cost of military strikes against Iran's nuclear facilities*. Salt Lake City: The Hinckley Institute of Politics.
- Shaffter, B. (2006). *The limits of culture: Islam and foreign policy*. Cambridge: The MIT Press.

- Shahak, I. (1997). *Open Secrets: Israeli Nuclear and Foreign Policies*. London: Pluto Press.
- Shlaim, A. (2001). *The Iron Wall: Israel and the Arab World*. New York: Norton.
- Sick, G. (2012). Un imposible boomerang. Bogotá: *Le Monde Diplomatique*.
- Smart, I. (1975). The Great Engines: The Rise and Decline of a Nuclear Age. *International Affairs*. Royal Institute of International Affairs. Vol. 51, (No. 4).
- Sokolski, H. D. et al. (2005). *Getting Ready for a Nuclear-Ready Iran*. Washington D.C. Strategic Studies Institute.
- Takeyh, R. (2012) Iran's Conservatives Push for a Deal. *The National Interest*. Recuperado de <http://nationalinterest.org/commentary/will-khamenei-compromise-7894>
- Üstün, K. (2010) Turkey's Iran Policy: Between Diplomacy and Sanctions. *Insight Turkey*, Vol. 12, (No. 3).
- Walt, S. (2013) Breaking the golden rule. Recuperado de http://walt.foreignpolicy.com/posts/2012/06/01/breaking_the_golden_rule_0
- Waltz, K. (1981). The Spread of Nuclear Weapons: More May Be Better. *Adelphi Papers*, No. 171, London: International Institute for Strategic Studies.
- (2013) ¿Por qué Irán debe tener la bomba? *Foreign Affaris Latinoamérica*. Vol. 13, (No. 1).
- Wezeman, P. (2011). *Conventional strategic military capabilities in the Middle East*. EU Non-Proliferation Consortium.
- Zahedi, A. (2004, 25 de junio). Iran's Nuclear Ambitions. *The Wall Street Journal*.



REFLEXIONES FINALES

Los textos compilados en este libro constituyen una contribución al debate sobre uno de los temas más relevantes de las relaciones internacionales contemporáneas. La descripción de las dimensiones y posibilidades civiles y militares de un programa nuclear, la contextualización de las iniciativas nucleares iraníes a través del tiempo y las relaciones de conflicto que esto ha generado con potencias como los Estado Unidos, muestra de manera irrefutable, la trascendencia del programa nuclear iraní como uno de los temas más polémicos del escenario político internacional.

Lo que los iraníes, entienden como un derecho inalienable en el marco del Tratado de No Proliferación (TNP) y la posibilidad de solventar necesidades energéticas objetivas, es percibido por países como los Estados Unidos con desconfianza y como un desafío al equilibrio de poder apoyado por esta potencia y sus aliados en la región. Se trata sin duda de un conflicto por el poder y la influencia que, desde una óptica como la del realismo estructural, muestra, de un lado, al poderoso, satisfecho con el *statu quo* mundial y ejerciendo presión e intentos de control sobre aquellas unidades con capacidades amenazantes y del otro lado, el “débil” que visualiza como mecanismo de preservación la adquisición de mayores márgenes de maniobra, lo cual implica un dilema de “elegir entre la vida y la muerte”, donde la destreza política debe ser absoluta.

Aunque Irán no ha tomado *-hasta el momento-* la decisión de dar un carácter militar al programa nuclear, no puede descartarse que este país decida a mediano o largo plazo, dotarse de armas nucleares.

El escenario, hipotético pero factible de un Irán con armas nucleares, tendría diversas implicaciones. Supondría un nuevo equilibrio de poder en Medio Oriente que, por un lado, limitaría la primacía militar de los Estados Unidos e Israel y su monopolio de la violencia nuclear. Por otro lado, no estaría exento de fricciones e incluso la posibilidad de una carrera militar nuclear en la zona, en la que eventualmente llegarían a participar las petromonarquías suníes de la región, e incluso Egipto, lo cual podría generar inestabilidad. En todo caso, implementar un marco de disuasión sería factible.

Aunque la evidencia histórica muestra que, en el manejo de los asuntos internacionales Irán ha mostrado un comportamiento racional y prudente, la obtención de capacidades nucleares crea una posibilidad de conflicto militar cuyas implicaciones para la paz y la seguridad internacionales serían desastrosas. Rival de Teherán como los Estados Unidos e Israel han amenazado recurrentemente con el uso de la fuerza militar para “detener” la militarización del programa nuclear iraní. ¿Sería esta *-que algunos llaman la Tercera Guerra Mundial-* una confrontación inevitable? Pese a la presión que siguen ejerciendo los sectores que favorecen una opción militar y a que Teherán prosigue con la instalación de centrífugas y la conclusión de las obras en Bushehr I insistiendo en el carácter pacífico y soberano de sus emprendimientos nucleares, la ventana de la diplomacia no se ha cerrado. La nueva conducción de la “diplomacia nuclear” a cargo del pragmático presidente Hassan Rouhani *-un veterano en las negociaciones nucleares del país-* ofrece esperanza en torno a la posibilidad de un acuerdo político-diplomático. No es una tarea sencilla pues la desconfianza mutua es intensa. De ahí que un arreglo, lo más amplio y sólido posible constituya uno de los desafíos más grandes de la comunidad internacional a inicios del siglo XXI.

